





## EL COLOR DE LA VIDA

Por qué la vida es bella incluso en la prueba



# EL COLOR DE LA VIDA

Por qué la vida es bella incluso en la prueba

**MARTIN STEFFENS**

 EDICIONES  
CRISTIANDAD

© Hachette Livre (Marabout), 2014  
© Martin Steffens

Título original:  
La vie en Bleu

Traducción:  
Lázaro Sanz

Diseño de portada:  
Macarena Kindelán

© Derechos para todos los países de lengua  
española en EDICIONES CRISTIANDAD S.A.  
Madrid 2015

[www.edicionescristiandad.es](http://www.edicionescristiandad.es)  
[info@edicionescristiandad.es](mailto:info@edicionescristiandad.es)

ISBN: 978-84-7057-615-7  
Depósito legal: M. 31.051-2015

Printed in Spain

---

Impreso en Anzos, S. L. - Fuenlabrada (Madrid)

## ÍNDICE GENERAL

|   |     |
|---|-----|
| APERTURA .....                          | 9   |
| 1. LA VIDA COMO UN ARTE .....           | 21  |
| 2. LAS LÁGRIMAS .....                   | 57  |
| 3. TIEMPO AL TIEMPO .....               | 83  |
| 4. EL TIEMPO DEL DISCERNIMIENTO .....   | 109 |
| 5. ACEPTAR LA PRUEBA .....              | 139 |
| CONCLUSIÓN — EL AZUL DE LA MIRADA ..... | 171 |





# Apertura



## LA LECCIÓN DE PIANO

*Tenemos miedo de la prueba.  
¿Cómo podría ser de otra manera?*

El valor, en cualquier caso, no es no tener miedo (eso es temeridad): el valor es *afrentar* el propio miedo, superarlo quizá. El problema no es tanto tener miedo de la prueba, sino, debido a tal miedo, no dejar que toda la vida se nos venga encima: temblar por la felicidad conseguida, asfixiarla con miles de precauciones, cerrándonos así a lo que pueda venir.

Imaginad que asistís al concierto de un gran pianista. Toda la ciudad se ha desplazado, los hombres van de punta en blanco, las mujeres compiten en coquetería. El pianista ejecuta maravillosamente varios *Nocturnos* de Chopin. La sala parece venirse abajo a medida que las melodías se hacen más candentes... Pero de repente un niño, de unos cuatro o cinco años, irrumpe en escena. El niño quiere hacer «como el señor», se encamina dando pequeños pasos hacia el piano y se pone a golpear alegremente el teclado. El público se queda un poco estupefacto. ¿Qué puede hacer el pianista? ¿Qué haríamos en su lugar? Lo más normal es apartar al niño de un empujón para devolvérselo a sus padres: no aceptamos que algo, que se llama prueba, venga a desentonar en nuestra

---

*Hay que hacer  
frente a la prueba,  
no hay que dejarse  
confundir por ella.*

---

existencia. ¿Pero seríamos más prudentes si dejáramos al niño pasear sus dedos poco diestros por el piano? ¿Seríamos más audaces si, por miedo a su capricho, nos contentásemos con observar lo que hace? En abso-

luto: hay que hacer frente a la prueba, simbolizada en este caso por el niño, no hay que dejarse confundir por ella.

Ahora bien, nos encontramos con que el pianista encuentra el gesto preciso: pasa su brazo por detrás del niño y, a partir de las disonancias introducidas por este, se pone a improvisar una nueva melodía. Melodía que será mucho más difícil porque su tarea será armonizar más disonancias, reunir armónicamente notas discordantes. Melodía que exige al pianista más genio y talento que la ejecución perfecta de la partitura.

Nosotros somos este pianista: siempre obstaculizados en nuestros planes, incordiados por los caprichos del destino, presos de extrañas emboscadas que, naturalmente, no llegan nunca en el mejor momento... Pero invitados por ello de este modo a desvelar nuestro mejor rostro, a ofrecer a la vida y a los que nos rodean el mejor de nuestros recursos.

Yo quisiera mostrar en este libro que siempre somos recompensados por la aceptación de la prueba: esta aceptación nos hace artistas de la vida. Los grandes obstáculos y las pequeñas contrariedades no son una objeción a la vida: son, por el contrario, otras tantas ocasiones de mostrarle nuestra fidelidad. La aceptación de la prueba es un testimonio de amor.

## Hablar de la prueba...

Surge sin embargo una pregunta: ¿estoy acaso autorizado a hablar de la prueba? ¿La conozco mejor que vosotros? No tengo siquiera cuarenta años, hago un trabajo que me gusta, mis allegados me colman de amor: ¿cómo voy a dar lecciones?

Pero no son lecciones lo que quiero dar aquí: quiero indicar simplemente caminos para comprender lo que es la prueba, y por qué la encontraremos siempre en la vida de los hombres. Quisiera mostrar cómo construir, *a partir de* las pruebas, una vida feliz. Lo reconozco: para hablar de esto hay que utilizar el tono que conviene a las cosas delicadas e inciertas. No el del profesor, que enseña desde lo alto de su cátedra, sin sufrir en su carne... Quizá sea mejor el de orientador (*enseignant*): literalmente, el orientador es el que «dice con palabras» (*met-en-signé*)<sup>1</sup>. El orientador, sea filósofo, novelista o terapeuta, pone a disposición de la experiencia humana, alegre o dolorosa, las palabras para hablar de ella.

Hablar es rasgar la opacidad del mundo: es abrir una vía al diálogo en la dura realidad. Decir lo que ocurre con la prueba y con los sufrimientos que genera es una forma de romper el silencio en que estos nos encierran. El orientador no juzga, no abrumba con buenos consejos: parte a la búsqueda de palabras que, como destellos surgidos de la oscuridad,

---

*Cómo construir,  
a partir  
de la prueba,  
una vida feliz.*

---

<sup>1</sup> Hay que señalar que la palabra francesa «en-seignant» deja ver con más claridad su relación estrecha con «mettre-en-signé». Apartándonos un poco del sentido literal y atendiendo a una traducción más inteligible hemos preferido traducir «mettre-en-signé» por «decir con palabras». (N.d.T.).

---

*A la búsqueda  
de palabras que,  
como destellos  
surgidos de la  
oscuridad, dicen  
a nuestra noche  
que no es eterna.*

---

digán a nuestra noche que no es eterna.

Es verdad que yo no estoy en mejor posición que otro para transmitir una enseñanza sobre la prueba. Pero tampoco en peor posición: ¿quién de nosotros ignora que la realidad, como una fuerza contraria, resiste a nuestros deseos, difi-

culta nuestros proyectos, decepciona nuestras esperanzas? ¿Quién no tiene algo que decir a propósito del sufrimiento? Cada uno de nosotros se parece a esos mercenarios de los tiempos antiguos que, para vender sus servicios al mejor precio, mostraban sus cicatrices en los brazos, en el cuello o en la cadera: este *curriculum vitae*, escrito en la misma carne, era la prueba de su valor en el combate. ¿Quién no tiene semejantes cicatrices?

Como veremos, no hay vida sin prueba: todos somos hombres con una piel que salvar, un corazón que late y una cabeza que no logra comprender el misterio del mal. Por tanto, todo el mundo puede hablar de la prueba.

### **...poner las palabras a prueba**

A pesar de todo hay un problema: el hecho mismo de hablar de la prueba supone no estar bajo su dominio. Tener un discurso sobre algo, es mantenerse a distancia: si no, lo único que hay son quejas, gemidos, gritos de cólera. Si reflexionar sobre el sufrimiento exige haber tomado ante él una cierta distancia, no es extraño que el discurso razonado parezca llegar siempre

demasiado pronto o demasiado tarde: ¿es verdaderamente posible oír la voz comedida que da buenos consejos cuando la tempestad nos sacude, nos arroja aquí y allá? Los que hablan de la prueba tienen también a me-

nudo las palabras que necesitaríamos si la prueba nos concediese desinteresadamente una pausa, un entreacto, de la misma manera que se da al auditorio un momento de respiro antes de invitar a cada uno a que vuelva a su sitio. Ahora bien, no hay que soñar: el sufrimiento no tiene tantos miramientos.

Sin embargo, puede ocurrir que en el momento de un duelo, por ejemplo, podamos sentirnos de repente menos tristes, más sensibles a la claridad del día, al buen humor de los transeúntes o al canto de los pájaros. Como si hubiera periodos de tregua en todos los combates de la vida: sufrir también cansa, hay que recuperar las fuerzas para volver mejor al duelo y honrar, con las lágrimas derramadas, la memoria de los que hemos amado. En estos momentos de respiro, se nos invita a recapitular: ¿cuál es el sentido de todo esto, que parece tan absurdo? Durante este periodo de calma, puede ser bueno escuchar a quien, desde la otra orilla, afirma que es posible superar la pena y cómo hacerlo. El hombre de la otra orilla, al que ninguna prueba impresiona tanto como que uno mismo esté trastornado, tiene palabras adecuadas y consignas claras. Lo único que se le pedirá, cuando uno forcejea para no ahogarse, es no hacer como si fuese fácil, como si bastase con decir: «¡Adelante! ¡Un poco de voluntad!», para alejarse a continuación de la orilla, satisfecho.

Por una parte, pues, hay que escribir este libro sobre la prueba: en el difícil arte de vivir, indicará un camino u otro a

---

*¿Quién no tiene  
nada que decir  
a propósito  
del sufrimiento?*

---

---

*¿Es verdaderamente  
posible oír en medio  
de la tempestad  
la voz que da  
buenos consejos?*

---

seguir. Por otra, no haría falta: pienso a menudo en la figura de Raquel, de la que la Biblia nos dice que, habiendo perdido a sus hijos, se negaba a ser consolada. «*Noluit consolari*», dice el texto latino; que le ahorraren esas buenas palabras que solo dan seguridad a los que las pronuncian! ¡Que se alejen de ella los consoladores profesionales, filósofos o teólogos, psicólogos o terapeutas, que la exhortarán a la paciencia o a la resiliencia! Cuando se pasa por una prueba... mejor, cuando uno es traspasado por ella, como una flecha en pleno corazón, las palabras suenan a menudo a hueco.

¿A hueco? No es exactamente eso. Al contrario, estas palabras, cuya función es consolar, están demasiado llenas: demasiado llenas de sentido, de buenos sentimientos, de intención de aliviar. No lo bastante huecas, precisamente: incapaces de vaciarse para acoger un sufrimiento que las desafía a poder expresarlo. El sufrimiento interrumpe la palabra: solo sabemos gritar, gruñir o balbucear. La escucha es lo único conveniente ante el que sufre. La escucha, es decir, el silencio.

Habría que escribir, pues, un libro que callase. O más bien un libro que escuchase, que solo tomase la palabra para mejor devolverla a los que sufren.

## El silencio de los libros

¿Es posible «un libro que escuche»? Sí, porque escuchar no es callar: si nos mantenemos en silencio al lado de quien



sufre una prueba, es precisamente porque nos negamos a dar al silencio la última palabra. Hay dos tipos de silencio: el silencio que escucha es totalmente distinto del silencio en el que nos encerramos. El oído que prestamos a los males del amigo recrea la palabra que fue interrumpida un tiempo. La escucha que calla no es lo contrario de la palabra: *pertenece* a la palabra puesto que a partir de ella el hombre que sufre va a recuperarla poco a poco, como se recupera el aliento.

No está pues prohibido hablar de la prueba: si es verdad que existe el riesgo de hablar demasiado, o demasiado mal, hay quien, peor aún, no arriesga en absoluto y deja que el sufrimiento se convierta en un tabú. Hay que nombrar el mal para superarlo: es mejor una palabra que se atreva a hablar del mal, con el riesgo de hacerlo incorrectamente, aunque cause, por su torpeza, irritación, que la conspiración del silencio que hace del hombre que pasa por una prueba una especie de apestado.

Por ejemplo, en este libro sostendremos que es posible la alegría en el fondo de la prueba: el hombre que sufre no solo no trae mala suerte, sino que a veces se desprende de él esa fuerza que todos necesitamos, que él saca de lo más profundo de la vida, con el fin de levantar el peso de su pena.

Porque si es verdad que el hombre herido tiene necesidad de apoyo, es verdad también que este apoyo sostiene al mismo que lo ofrece: ¡ved la disposición con la que la enfermera se acerca a su paciente! Creemos que hay que tener un

---

*Cuando se pasa  
por una prueba...  
mejor, cuando uno  
es traspasado por  
ella, como una flecha  
en pleno corazón,  
las palabras suenan  
a menudo a hueco.*

---

---

*El silencio  
que escucha es  
totalmente distinto  
del silencio en el que  
nos encerramos.*

---

aspecto lastimoso para mantenernos dignamente al lado del ser que sufre. Pero es rechazar de antemano lo que sucede a menudo: parece que el poder que se desprende de él irradia sobre nosotros.

¿Cuántas veces he creído aliviar heroicamente un poco la pena de mi abuela hemipléjica dedicándole algunas horas de mi tiempo? Ahora bien, era ella la que me daba, sin saberlo quizá, una lección de vida. ¿No había necesitado tres cuartos de hora para ponerse ese vestido anticuado y elegante, elegido por ella para dar solemnidad a mi visita? Ella no me decía nada, naturalmente, pero yo imagino los pequeños botones de ese vestido en los dedos poco diestros de su única mano válida. Y me siento un poco torpe al quejarme tan a menudo de las pequeñas miserias de treintañero con buena salud. Confortado por ello abandono su modesto domicilio, fortificado por esta vida de la que mi abuela es, por su valor, la lección y el símbolo. Sí, la vida es fuerza y alegría: pero esta fuerza y esta alegría no están siempre donde se las espera.

La alegría en la prueba: si esto es lo que voy a defender en las páginas que siguen, mi tarea parece en efecto peligrosa. «Hablaré incorrectamente», sin duda (como cuando se «desafina»). Pero entonces os daré la palabra, la que mejor diga lo que yo no he podido concebir con suficiente claridad. Lo propio de un libro es que podemos cerrarlo, dejarlo, retomararlo más tarde: dócil a su lector, un libro no acapara la palabra. La cede, por el contrario: permanece silencioso en vuestras manos, entregado a la meditación que intenta suscitar. Una vez terminado el libro, educadamente, lo vol-

veremos a cerrar como diciendo: «después de vosotros». Es decir: «Y ahora os toca hablar a vosotros».

-----

---

*La vida es potencia y alegría: pero esta potencia y esta alegría no están siempre donde se las espera.*

---

Vamos a intentar, pues, definir *un arte de vivir la prueba*.

Dando, sin embargo, por descontado que este arte de vivir debe ser un arte de *vivir*: no una resignación mórbida a los males, sino la apertura a la vida, a toda la vida, en sus altibajos. No hablaríamos, por otra parte, de «arte de vivir», en general, sin las pruebas que tenemos que superar: debido a que en toda vida se da algún día una disonancia, tenemos que aprender a improvisar a partir de ella la melodía de nuestra felicidad.

Una vez presentada y explorada esta idea en un primer capítulo, veremos que lo extraño y apasionante de este arte de vivir es que su primer gesto es reconocerse vencido: contra todos los consoladores profesionales, afirmaremos que pasar la prueba es, en primer lugar, no poder hacerlo. Es gritar, llorar, rebelarse. Y no comprender de entrada o «rechazarla», como se dice.

En la prueba no podemos apelar en primer lugar a la razón o a la voluntad, sino a la paciencia, que definiremos, en el capítulo tres, como el abandono confiado a la vida y al tiempo que pasa. En efecto, solo después de haber gritado, llorado, soportado la propia prueba viene el tiempo del discernimiento: trataremos, en un cuarto capítulo, de ejercer el discernimiento, de saber así lo que podemos esperar legítimamente de la vida, con el fin de no ser heridos inútilmente.

Se nos revelará entonces, en un quinto capítulo, la lógica de la prueba: por qué es necesaria a la vida. Si esto es así, comprenderemos que el primero de todos los combates no es contra la prueba sino contra las falsas paces que nos prometen una vida sin pruebas.

Resumamos: gritar, esperar, discernir y pelearse. Esto es lo que sería *ver la vida de color azul*. Este gran programa estaría incompleto, no obstante, si faltase precisamente el acto de «ver»: ¿qué es «ver» la vida de color azul? Nuestra conclusión se preguntará qué mirada, lúcida pero alegre, que acoge la prueba sin complacerse en ella, puede aprender el hombre a proyectar sobre su vida para que aparezcan sus tonos más vivos y sus colores más fuertes.

# 1

LA VIDA COMO UN ARTE



A PESAR DE, CON,  
A PARTIR DE

*En la improvisación teatral solo  
hay una regla: no rechazar la escena  
que se nos ha pedido representar*

Después de esto, si se nos ocurre hacer el pino, subirnos por las paredes, hablar en chino, por qué no. Pero siempre *a partir de* una posición de salida que nosotros no elegimos. «Os cruzáis con un hombre en la calle, que os pide 300 euros. Os sorprendéis pero reconocéis en este hombre mal vestido a vuestro propio hermano que, por su parte, no os reconoce». Y ya está: les toca a los actores sacar lo mejor de esta extraña situación. ¿No es exactamente así como ocurre en la vida? Se nos vienen encima mil cosas que no podemos esquivar: nos enamoramos, quedamos embarazadas, nos encontramos con un viejo amigo, caemos de nuestro pedestal. Perdemos el hilo, el norte, la fe, al abuelo o las llaves. Tenemos que actuar a partir de ahí y salir del apuro.

No podemos huir. Ahora bien, cada uno de nosotros asocia espontáneamente la felicidad con la evasión, con la huida o con el sueño. Como si se tratase de escapar sin cesar del Gran Lobo Seductor de la realidad. Ver la vida de color azul,

---

*Improvisar  
o amaestrar la vida  
es admitir que no  
comprendemos  
de golpe por qué  
las cosas suceden así,  
y no de otra manera.*

---

sería, por el contrario, intentar adivinar la felicidad en esta misma vida: no ser feliz *a pesar de* la vida, esforzándonos por huir de ella; ni tampoco ser feliz *con* la vida, *contentándonos con ella*, como se dice: porque la resignación, que baja los brazos en lugar de abrirlos enérgicamente, no es acogedora. No,

lo que hace falta es ser feliz *a partir de* la vida, a partir de lo que ella es, a veces banal, a veces terrorífica, a menudo alegre... pero nunca confortable. Como el pianista que evocábamos al principio de este libro, que recompone con arte lo que el niño deshace por capricho, como ese actor que improvisa sobre un relato que él no ha elegido, siempre hay que *partir de lo dado*, por muy incómodo que sea. Ni crisparse abrumando al niño, ni tampoco dejarle todo el espacio, sino hacer de esta parada imprevista un punto de partida.

Improvisar, pues, la propia vida. O amaestrarla, porque hay en ella algo salvaje, infantil, que escapa a nuestro dominio. Solo cabe la opción de defendernos: o cerrarnos a la vida, porque tiene la mala idea de sorprendernos muy a menudo; o seguir el juego a fondo. Improvisar o amaestrar la vida es admitir que no comprendemos de golpe por qué las cosas suceden así, y no de otra manera. Es hacer callar las amenazas que se profieren contra la vida: «¡Perra vida mía, mejor es que te mantengas tranquila!», porque las amenazas son demasiado directas, de aristas duras. ¿Nos gustaría una vida sensata como la imagen que nos hemos hecho de ella?



## La vida y sus tres colores

«¡No pasa nada!», dice el hombre resuelto a afrontar la adversidad. Solo depende de nosotros, en efecto, ceder el dominio inquieto que tenemos sobre nuestra vida. El puño que se contrae sobre la vida acaba abarcando solo vacío y un poco de sudor. Hay que abrir el puño para «vivir el momento». La frase es bien conocida: vive el momento, *carpe diem*. Como escribía Nietzsche:

---

*No hay que ver la vida de color rosa. Porque, entonces, cuando se nos niega esta felicidad, fácil y empalagosa, sin abismo ni prueba, nos ponemos a verlo todo negro.*

---

«Hoy acogeré todo con bondad  
—¡incluso lo que me cae mal!—  
Tengo también mis antídotos para el ciego destino».

«Solo son palabras bonitas, replicaré con razón el hombre que sufre la prueba. Cómo podré yo “vivir el momento”: ¡es muy complicado!» Sí, pero mirad esas espinas. Seguid la curva de ese tallo a lo largo del cual se erizan. Levantad finalmente la cabeza: ¿no adivináis una rosa en la cima de esta prueba?

Es una rosa azul. La rosa llamativa de los bombones, la rosa empalagosa de las canciones románticas, la rosa indigesta de San Valentín, se corresponden mal con las rosas verdaderas, cuyas espinas, si no sabemos qué hacer con ellas, hacen por el contrario correr el púrpura de nuestra sangre. Se habla en efecto de «ver la vida de color rosa», pero el rosa no es más que un rojo descolorido, «in-saturado» dicen los ex-

---

*La vida es,  
en efecto, como  
el mono de trabajo  
que tenemos que  
ponernos cada  
mañana, para  
hacer del día que  
amanece la ocasión  
de cosas bellas.*

---

pertos. Este rosa no es la vida, sino su pálida copia. Añadid, si queréis, tonos más claros: obtendréis, en el mejor de los casos, el color antiálgico de esas píldoras *Pink* que, en los años 1930, prometían una felicidad fácil e inmediata.

No hay que ver la vida de color rosa. Porque, entonces, cuando se nos niegue esta felicidad, fácil y empalagosa, sin

abismo ni prueba, nos pondremos a verlo todo negro. «La vida —escribía Alfred de Musset—, es como una rosa: cada pétalo es un sueño y cada espina es una realidad». Es como si dijéramos: solo caemos desde lo alto de nuestras ilusiones. El paso del rosa al negro se hace enseguida. ¿Qué es un cínico sino un hombre que, decepcionado por la vida, lanza sobre ella miradas negras? Lleva el luto de las felicidades demasiado fáciles. Viste de ese negro hasta su humor: «Quien no ve la muerte de color rosa —escribe con mordacidad el filósofo Emil Cioran—, padece daltonismo del corazón».

Yo respondería a esto que nadie está obligado a vestir su vida del color de las huchas en forma de cerdo, ni a perfumarla con agua de rosa. Si, al contrario que Cioran, yo no veo «la muerte de color rosa», como un alivio después de una obscuridad demasiado larga, es sin duda porque yo no he visto nunca la vida de color rosa... Sino de color azul. La vida es, en efecto, como el mono de trabajo que tenemos que ponernos cada mañana para hacer del día que amanece la ocasión de cosas bellas: tener conciencia de que el mundo no es de una perfección acabada no es un argumento contra él. Es,

por el contrario, una llamada a la acción. Sí, la vida es de color azul: los golpes que da alcanzan solo a los que se arriesgan.

Como el niño que vuelve de la escuela, podemos estar orgullosos de los rasguños: «tener un cardenal» es demostrar el compromiso que tenemos con la vida, y recordar de qué carne, sensible y totalmente viva, estamos hechos. Ver la vida de

color azul, como el color azul de los *blues*, como un himno que se arranca a los amores decepcionados: si la vida comienza con un grito, este grito puede convertirse en cántico. Ver la vida de color azul, en fin, por ganas de vivir, por deseo de amplitud: el azul es el color del cielo y del mar, el de los ojos de Cristóbal Colón cuando se reflejaba en ellos el gran riesgo que hay que asumir para llegar a ser el que se es.

Así pues, al aspecto azucarado de las chiquillas demasiado amables, preferimos el de los chicos que no se dejan embaucar: la vida nos quiere peleones antes que soñadores. Seamos chica o chico, hombre o mujer, la virilidad es nuestra virtud común, si se entiende por «virilidad» no solamente la fuerza de los hombres sino el gusto por la vida tal cual es, la valentía de darla y de elegir en favor de ella en toda circunstancia.

### Por una lucidez luminosa

Así pues, estaría de acuerdo con el pesimista a la hora de decir que la vida es dura. Pero, en contra de él, afirmo

---

*El pesimista,  
para excusarse  
por no amar la vida,  
alega que es más  
lúcido que las  
personas felices.  
Lo que ignora es  
que la lucidez  
puede ser luminosa.*

---

que la resistencia que ella nos opone es un bello desafío. El pesimista, para excusarse por no amar la vida, alega que es más lúcido que las personas felices. Lo que ignora es que la lucidez puede ser luminosa. En mi opinión es un error llamar «realistas» a los que solo ven los peores aspectos de la vida: egoísmo, violencia, decepciones... Porque si ser realista es jurar fidelidad a la realidad, tenemos que confesar que la vida es *a la vez* cruel y llena de irresistibles promesas. La vida es la soledad, pero es a veces el amigo que viene a vernos. Es la premiosidad de los días, pero es también la risa cristalina de los niños. Es el jaleo de los embotellamientos y la música saltarina de Mozart... Sí, tenemos que ser lúcidos: pero la lucidez es más que esta luz directa que proyectamos sobre los seres para ver sus defectos y desesperarnos de ser hombres. La lucidez se aplica a toda la realidad, incluso a lo que nos seduce en pro de la vida. Mientras que un cínico decide a priori contra la vida, el verdadero realista reconoce humildemente que hay momentos en que se deja cautivar por los encantos de la existencia, por su invencible belleza.

En resumen, pesimistas, cínicos, «realistas», todos exageran. En *Del inconveniente de haber nacido*, Emil Cioran dice, por ejemplo, que lamenta esa paz de la que nuestro nacimiento nos habría privado un día al lanzarnos sin miramiento a este valle de lágrimas. «¡No haber nacido —escribe—, de solo pensarlo, ¡qué felicidad, qué libertad, qué espacio!» ¿Por qué, entonces, Cioran no se suicida? Respuesta: porque se suicida uno siempre demasiado tarde. Hubiera sido preciso, según Cioran, comenzar suicidándose. Por otra parte, la vida no vale el suicidio: ¿para qué darse ese mal suplementario?

Personalmente, pienso que hay algo animoso en el excesivo Cioran, tierno incluso en este hombre del siglo XX que no ha sabido encontrar nunca su sitio en su época. Y

además el filósofo de origen rumano maneja tan bien nuestra lengua: «Una bella página, incluso dirigida contra la vida, nos seduce siempre en pro de la vida», escribía Nietzsche.

---

*Dar la vida  
es dar la vida  
a un ser mortal.*

---

En fin, repito, Cioran tiene efectivamente razón al arremeter contra el optimismo ingenuo. No, la vida no es de color rosa. ¿Pero, una vez más, estamos obligados a pasar del rosa al negro?

Así, cuando Cioran escribe: «Haber cometido todos los crímenes, salvo el de ser padre», yo lo apruebo en un sentido, en otro no hay idea que me sea más extraña. Contra todos los idealistas de pacotilla, estoy de acuerdo en recordar que ser padre es un crimen: dar la vida es dar la muerte. Porque es dar la vida a un ser mortal. Es traer a un niño a un mundo que le será a menudo contrario. Es entregarlo al esfuerzo, a la lucha, a los combates de la vida. Como escribía Marco Aurelio en sus *Pensamientos*: «El arte de vivir se asemeja más a la lucha que a la danza, en lo que se refiere a estar firmemente dispuesto a hacer frente a los accidentes incluso imprevistos». Un padre debe ser consciente de todo esto: la vida es de color azul —de hematoma o de mono de trabajo— o no es.

¿Pero por esta razón hay que dejar de darla? En este punto, mi acuerdo con Cioran no solo desaparece, sino que se invierte. Mientras que Cioran escribe: «Haber cometido todos los crímenes, salvo el de ser padre», yo diría, por el contrario: «No haber cometido ningún crimen, salvo el de ser padre». ¡«No haber cometido ningún crimen», en efecto! Es precisamente porque habrá que luchar por lo que la vida, tanto la propia como la ajena, debe ser querida, protegida, mimada. Añadir crímenes, «todos los crímenes», a los golpes, que ten-

---

*Queremos que  
el mundo sea una  
tierra de acogida  
porque tenemos  
hijos, mientras  
los tenemos.*

---

dremos que encajar necesariamente, no es lucidez, sino sadismo y masoquismo mezclados. Por otra parte, Gioran mismo, por lo que parece decir, no ha hecho nunca mal ni a una mosca: cuando se da por programa «cometer todos los crímenes» se está haciendo el esteta.

Esta sería la postura realista que yo defiendo: no haber cometido ningún crimen, salvo el de ser padre, dar la vida en todo lo que tiene de arriesgado, en sus altibajos. Ofrecer al niño esta vida bella y terrible, fuerte como un buen café, ardiente como el alcohol que calienta. Tal es, creo, la más valiente de las lucideces. Porque, en el fondo, negarse a dar la vida, como se oye decir a menudo, «porque este mundo no es bastante perfecto», es amar la vida a medias: es no amarla más que con ciertas condiciones.

Por regla general, si esperamos a que se den las condiciones para emprender algo, no haremos nunca nada. Lo que ocurre es justamente lo contrario: porque decido hacer algo, reúno las condiciones de su posibilidad. En lo que a nosotros se refiere, queremos que el mundo sea un lugar de acogida para nuestros hijos y para los que vengan después. Cuando el mundo sea solo para los que viven en él, sin que estos tengan la perspectiva de transmitir la vida a otros, habremos perdido una de las razones más fuertes para cuidar de él. Sí, el niño molesta, y no solo a los pianistas: nos exige mirar más lejos, amar la vida en primer lugar, absolutamente, sin ponerle condiciones. Si su nacimiento es un crimen, lo que mata son nuestros amores a medias, el miedo de abrazar la vida sin condición.

## Las aventuras de Rocky Valentine

---

*No hay nada más  
infernol que una  
vida sin adversidad.*

---

Avancemos un poco más: cada uno de nosotros sueña con una vida sin pruebas. Es un hecho. Pero si este sueño llegara a hacerse realidad se convertiría en una pesadilla. Paradójicamente, no hay nada más infernal que una vida sin adversidad. De ello os convencerá quizá uno de los episodios, en blanco y negro, de la serie americana *Twilight Zone* (traducida en Francia con el título: *La Quatrième Dimension*<sup>1</sup>). El episodio, titulado *A Nice Place to Visit*, pone en escena un atraco en el que está implicado Henry Francis Valentine, alias Rocky: se llena los bolsillos de joyas, mientras que un hombre, un guardia sin duda, yace a su lado. La alarma se pone a sonar de repente. Rocky huye, atrapado bien pronto por la policía: intercambio de disparos. Cae... para levantarse unos minutos más tarde, ayudado por un hombre vestido de blanco, barba blanca, de aspecto divertido y un poco travieso, que conoce el nombre de Rocky. «¿Eres un policía?», le pregunta inquieto este último. «No, soy tu guía en este mundo», le responde, con un tono jovial, el hombre de blanco.

Rocky tarda en comprender y en recordar. Se da cuenta efectivamente de que en este mundo, en el que tiene como guía al hombre de blanco, todo le va bien: gana a la lotería, se

---

<sup>1</sup> Doy las gracias al padre Amaury por esta referencia. Se encontrará un análisis de este episodio, sobre un tema un poco diferente, en Fabrice Hadjadj, *Le Paradis à la porte. Essai sur une joie qui déränge* Seuil, Paris 2011). (Trad. esp., Fabrice Hadjadj, *El Paraíso en la puerta. Ensayo sobre una alegría que perturba* (Nuevo Inicio, Granada 2012).

acuesta con todas las mujeres que quiere, tiene el placer de romper la crisma a policías sin penacho. Entonces recuerda: los disparos, las balas en la espalda... Cree comprender: está muerto y se encuentra en el paraíso. Se lo pasa en grande: todavía más alcohol, más mujeres de formas más atractivas, y muchas más ganancias. No se le resiste nada. Como en un eterno parque de atracciones del que sería a la vez el gerente y el cliente, todo está hecho para agradarle.

Pero es un mundo sin otro: sin alteridad verdadera. Las mujeres, porque dispone de ellas cumplidamente, no tienen consistencia, existencia fuera del deseo que tiene de ellas. Son perfectamente manipulables. Como esas máquinas tragaperras que sueltan el dinero como un grifo el agua.

«¿Y qué? ¿Es esto lo que quiero?», se pregunta inquieto Rocky. Atento, el hombre de blanco lo tranquiliza: si Rocky lo desea, puede añadir perfectamente una parte de aleatoriedad, la cantidad concreta que quiera, con el fin de no ganar siempre y de añadir algún picante a la vida. Se pueden crear también señoritas un poco más esquivas. Lo que Rocky quiera, el hombre de blanco lo puede.

¿Lo que vive Rocky, no es el deseo más fuerte de todo hombre realizado aquí? ¿Por qué perdemos la vida en ganar dinero, sino para aniquilar toda adversidad y tener un poder absoluto sobre todas las cosas y sobre todos los seres? El dinero es el medio de todos los fines: gracias a él, podemos obtener hoy todo, o casi todo. El dinero es el medio de estar solo en el mundo, solo con los propios deseos. ¿De qué se queja, por tanto, Rocky? Es que parece faltarle algo. ¿No es la carencia misma? ¿Ese vacío que deja un lugar en mí para otro distinto de mí? Ese deseo que se llama «amor», la necesidad de un ser que sea otro, que sea más que el fantasma que yo soy.



Rocky confiesa, molesto, al hombre de blanco: «Sabes, creo que el paraíso no me conviene. ¿No habría otro lugar?»  
Respuesta del hombre de blanco, acompañada de una risa diabólica: «¿Pero quién te ha dicho que estabas en el paraíso? ¿Este es el otro lugar!»

### El paraíso de las pruebas

Eliminad la prueba: tendréis un mundo a vuestra medida, ajustado a vosotros. «A medida»... ¿Pero qué pequeñas son estas medidas! Sí, este mundo es un infierno: limitado a nuestro deseo, es decir, en última instancia, a nuestro capricho, a nuestro angustioso miedo de no tener, de no poseer bastante. Como Rocky Valentine, acabaremos prefiriendo en lugar de ese mundo, deseado sobre el papel, el mundo tal como es, en el que las mujeres se resisten, en el que ellas tienen el encanto de sus defectos, en el que la suerte nos deja de vez en cuando, sino la mayor parte del tiempo, perder a los juegos de azar. Es interesante señalar que trabajamos toda nuestra vida para adaptar nuestro medio a nuestros deseos, aunque si esta adaptación se llevara a cabo, en el mejor de los mundos, sería de un tedio inexorable.

Al resistirme, el mundo me recuerda que es más grande que yo: ¡qué alivio! ¡Si el mundo estuviera centrado en mí, sería mezquino como lo soy yo a veces, enroscado en mi pequeño yo, enredado en mis nudos! Pero como tiene la amplitud de una región salvaje, como el corazón de la que amo, es y será para mí un misterio, este mundo me lleva al descentramiento, es decir, a la posibilidad de un auténtico compartir.

La prueba, sea esa mujer que dice no o esa máquina que no quiere escupir sus dineros, es ante todo una inyección de

---

*La prueba es ante  
todo una inyección  
de recuerdo:  
yo no soy el centro  
del mundo.*

---

recuerdo: yo no soy el centro del mundo.

Esta historia de Rocky Valentine nos lleva a otra. Finales del siglo XIII, en el camino que lleva a Avignon. Un monje reza el rosario al borde del camino, encorvado delante de una cruz

de piedra. Pasa un mercenario, en un robusto caballo, botín de su último pillaje. Este pillaje es el que, por su violencia, inquieta hoy la conciencia del mercenario: había en una granja dos familias, cuyos padres habían sido asesinados. No había más que servirse: cosa que hizo, generosamente.

Al surgir los remordimientos, el mercenario hace un ligero desvío, detiene su caballo a la altura del monje en oración y lo interpela: «¡Eh tú, hombre de Dios. Quiero hablar contigo!» El monje desgrana su rosario, sin moverse. «¿Eres sordo o qué, viejo?» El monje sigue inmóvil. Vestido con un simple sayal, se le confundiría con un montón de basura si no subiese de ese cuerpo en oración un dulce canto a María: el rosario toca a su fin. Un pequeño rostro emerge de golpe de este montículo oscuro como la cara de un zorro fuera de la tierra. «¿Me llama alguien?», dice simplemente el monje. «¡Claro que te llamo!», fulmina el mercenario. Con un solo movimiento el monje se pone de pie, con una amplia sonrisa en los labios: «¡Te escucho, hermano!» «¡Guarda tus beaterías, monje —replica el mercenario—. ¡No tengo más hermanos que los de sangre, que lo sepas! Si me he tomado un tiempo precioso para molestar tu meditación, es para que me hables del infierno y del paraíso». El monje mira a los ojos a este hombre al que el miedo del castigo eterno ha parado en su loca carrera hacia el enriquecimiento. Le dice con calma:

«¡Cómo, tú quieres que te hable del infierno y del cielo, tú cuyo aliento apesta, que tienes una nariz tan rara que cualquier señorita de buen gusto preferiría casarse con tu montura! ¡Tú el maloliente y cantamañanas, tu quieres que yo te enseñe!» El mercenario no aguanta más: saca la espada de su vaina, se apresta a dejarla caer sobre la cabeza tonsurada de nuestro monje cuando de repente oye, clara y tranquilamente pronunciadas, estas palabras: «Ves, esto es el infierno». El hombre se sorprende: ese pequeño ser había arriesgado su vida por enseñarle lo que es el infierno. Lágrimas de gratitud asoman a sus ojos: «Y esto, añade el monje, es el paraíso».

### Muy cerca

Habría que invertir, pues, la afirmación sartreana bien conocida: el infierno no son los otros, es el cerrarse. Es creer, como este mercenario, que todo nos es debido. Es considerar, como en la pesadilla de Rocky Valentine, a cada ser como un instrumento. El infierno es considerarnos el centro de todas las atenciones e indignarnos sin cesar porque el mundo no gire en torno a nosotros. El paraíso, al contrario, es la alegría del otro en la gratitud. Un hombre se siente satisfecho si siente el gusto de lo que debe a sus padres, a sus hijos, a los desconocidos que hacen que los trenes lleguen a la hora... De lo que debe incluso a aquellos a los que él no debe nada: puede darles las gracias por no estar ligados a él por ninguna deuda. Puede también alegrarse de su simple existencia: nadie es más feliz que el que encuentra un poco de alegría en el paso, bajo su ventana, de un hombre que no conoce pero que tiene el aspecto feliz.

El arte de vivir comienza aquí, en el mismo prójimo. No hay que buscar la prueba demasiado lejos: está ciertamente,

como veremos, en el duelo, el tedio, los golpes de la suerte... Pero está también a nuestra puerta. Más en concreto: en la figura de nuestro vecino. Por eso G. K. Chesterton ha hecho el elogio más bello de este personaje, en general tan poco simpático. ¿Qué? ¿Merece mi vecino que se haga el elogio de él? ¡Fúnebre, quizá! Porque tendría al menos la seguridad de que se había cambiado desde el piso de arriba al cementerio...

Lo que hace Chesterton es verdaderamente la alabanza del vecino como tal, sin ningún cinismo. Este escritor de comienzos del siglo XX, que tenía el humor y la elegancia de su país, Inglaterra, cantó los méritos de las pequeñas comunidades (familia, pueblo, tribu, monasterio), precisamente porque ellas nos someten alegremente a la prueba del otro. Cuanto más grande es la ciudad, nos dice, más placer nos da elegir nuestra compañía: acabaremos casi por no frecuentar más que a aquellas y aquellos congéneres nuestros que son «como nosotros». Es así como, en las grandes ciudades, se forman camarillas, que no hay que confundir, según Chesterton, con un clan. Al contrario: «Los hombres del clan viven juntos porque llevan el mismo tartán, o porque descienden de la misma vaca sagrada; pero en sus almas, gracias al divino azar de las cosas, habrá siempre más colores que en cualquier tartán».

El «divino azar» es la Providencia, sin duda alguna, pero que no excluye la prueba de lo imprevisto. Hablar del «divino azar» es hablar de esa paradoja que dice que es providencial que solo exista la Providencia, el pre-visor o lo pre-visible (ateniéndonos a la etimología de la palabra pro-videncia). Si Dios ha creado el mundo, habría previsto pues no prever todo. El azar no niega la idea de un orden del mundo: solo la hace más apasionante. El azar no es una objeción al ca-

rácter divino de la aventura humana, sino su confirmación: porque sin azar no hay verdaderos encuentros. Pensemos un instante en las primeras palabras de *Jacques, el fatalista* de Diderot: «¿Cómo se conocieron? Por casualidad, como todo el mundo».

Ahora bien, son nuestros encuentros los que hacen de nuestra vida una historia, una novela llena de suspense y de sorpresas.

Excluid el azar de vuestra vida, solo os encontraréis a vosotros mismos. ¡Qué deprimente es de antemano este encuentro en el que todo fue arreglado por una familia previsora o una agencia pagada para seleccionar las compatibilidades entre la pareja! «He conocido muchos matrimonios felices —dice Chesterton—, pero jamás uno compatible». Al ser la diferencia sexual la primera incompatibilidad: ¿qué más extraño a una mujer que un hombre? ¡Y recíprocamente! Les hará falta pues, a este hombre y a esta mujer, para que uno encuentre verdaderamente al otro, estar a la altura del azar.

## La altura del azar

«A la altura del azar»: es lo imprevisto, mediante su prueba, el que nos provoca. La prueba que este divino azar nos envía se llama «prójimo». «¿Pero quién es mi prójimo?», pregunta un jurista celoso a Jesús. La respuesta es muy sencilla: es mi mujer en el desayuno, es ese tío-abuelo que vive en el piso de arriba, es esa vecina polonesa que habla demasiado de sus gatos. Como lo dice bastante bien la palabra, no hay que ir a buscar al prójimo más lejos. Desde luego que no, si no se convertirá en ese ser humano un poco abstracto, que es tanto más fácil amar cuanto más lejos habita. Socorrer a

---

*Socorrer a  
la humanidad  
de la otra punta  
del mundo es fácil...  
amar al vecino  
lo es mucho menos.*

---

la humanidad de la otra punta del mundo es fácil... amar al vecino, de lecho, de mesa o de rellano, lo es mucho menos.

Nuestro prójimo, por tanto, es mejor que la Humanidad con una gran «H», porque es el hombre tal como existe verdaderamente, con sus humores,

su aliento, sus anécdotas que no acaban nunca. Por eso Jesús nos pide amarlo «como a nosotros mismos»: cuando no amamos al tío o a la vecina, es que, en el fondo, no nos soportamos a nosotros mismos en nuestras faltas, en nuestras torpezas, en la pesadez del propio ser. Recíprocamente, si no aprendo a amarme a mí mismo, tal como soy, no soportaré tampoco al otro, tal como es. De la misma manera que yo invento un yo ideal a la luz del cual despreciarme, así se inventó un día la humanidad abstracta. Jean Jacques Rousseau, que constataba como Chesterton que «cuanto más se amplía el vínculo social, más se relaja», denunciaba así a esos «cosmopolitas» que, «al justificar el amor a su país por su amor a la especie humana, se jactan de amar a todo el mundo para poder disfrutar el privilegio de no amar a nadie».

### La aventura verdadera

Ver la totalidad de la vida que nos toca en suerte es el reto de un corazón que no se deshilacha ante la prueba. El valor es comenzar a ser un hombre hoy y aquí. Si en nuestros días no nos preocupamos más que por los viajes y por los lugares exóticos, es a menudo para encontrar allí la humanidad soñada.

da y para huir de la humanidad vivida, la que tenemos delante de nuestros ojos. Todo viaje abre necesariamente al Otro: en el otro extremo del planeta, el indígena es bueno como la tarjeta postal que nos hemos hecho de él.

---

*Solo hay aventura  
cuando no  
hay elección.*

---

La extrañeza, de todas maneras, no debe sobrepasar el párrafo introductorio de una *Guía del Viajero*. Y si es muy grande, el guía turístico nos asegura: los irlandeses son cada vez más modernos y cada vez menos católicos, la India mejora rápidamente sus transportes urbanos y Rusia acabará siendo «como nosotros», un modelo de virtud, una democracia liberal, feliz y tranquila. ¿Qué es, al final, un país turístico sino aquel cuyos habitantes están llamados a parecerse al cliché que llevamos de ellos? Y cuando el autóctono es verdaderamente un indígena que nos permite, debido al choque de las culturas, hacer experiencia del gran Otro, este, al hacerse vecino nuestro, al convertirse en prójimo nuestro, perderá el encanto de su país; porque en lugar de soñarlo tendremos que aprender a amarlo.

El verdadero salvaje, la bella prueba del otro, la gran aventura humana, será pues más directamente el tío Marcos o la señora Adamowitz y sus seis gatos. La aventura tiene por región salvaje mi manzana de casas o el círculo, tan denodadamente trazado, de mi familia. Su suspense no es nunca más fuerte que cuando descuelgo el teléfono para llamar a mi padre Charles, que no oye muy bien. Porque esta es la aventura de un amor que debe de *habérselas con* aquellas y aquellos que le son dados, siempre *a partir* de ellos.

¡Aventura! ¿Exagero? No. Tened en cuenta que solo hay aventura cuando no hay elección: no elegimos ni el vecino,

---

*Si yo no sé ser  
grande en las  
pequeñas cosas, no lo  
seré en las grandes.*

---

ni el padre. No hay más aventurero que el que se precipita en una historia de cuyo destino se apropia victoriosamente, de la misma manera que el bebé acabó, un día, en una familia, la suya, que él no había elegido.

Lo acogieron seres extraños con grandes sonrisas y con un entusiasmo que rozaba la histeria. «Habrás que hacerte a ello», se dijo el bebé: la tarea de amar será larga, peligrosa y bella. Si los bebés duermen mucho, es porque cogen fuerzas para amar. Pues sí, la familia es algo pesado: pesado como lo es la humanidad real, y no la soñada. Y, en general, los que no aman a la familia son raramente, digan lo que digan, humanistas.

### **Ninguna prueba es despreciable**

Así pues, si hay, como pensamos, unas pruebas más terribles que otras, no hay sin embargo pruebas despreciables. ¿He perdido mis llaves? En este momento es cuando debo mostrar mi arte de ser paciente, de ser clemente conmigo mismo. Porque en esta prueba de nada puedo perder ya una buena parte de mi dignidad de hombre al enfadarme, por ejemplo, con mi hijo que no ha hecho nada y no podía adivinar que al cambiar de chaqueta yo había dejado en ella mi manojito de llaves. Como escribía el conde Chamfort: «En las cosas grandes los hombres se muestran como les conviene; en las pequeñas se muestran tal como son». Un tal defiende delante de las cámaras los derechos del hombre pero solo siente indiferencia por su chofer. Sin embargo si yo no sé ser grande en las pequeñas cosas, no lo seré en las grandes: ha-



cer un esfuerzo por no cargar mi frustración sobre mi hijo me hará capaz, un día, de defender a un inocente. Cada uno siente así que su progresión espiritual comienza por lo más cercano:

---

*La progresión  
espiritual comienza  
por el más cercano.*

---

por la alegría con la que nos ocupamos de lavar la vajilla, por ese pastel que nos hemos preocupado de hacer con esmero.

Hay pruebas pequeñas, pero no las hay despreciables. Puede que las guerras vengan, más a menudo de lo que se dice, por abajo: por la lenta maceración de los pequeños odios que los vecinos se tienen unos a otros. El gran filósofo florentino Maquiavelo, padre de la ciencia política, distinguía, en la vida de una ciudad, dos «humores»: el de los grandes, que buscan la gloria y el poder; y el, más pacífico, de los pequeños, del pueblo, que no quieren más que una cosa: que no se los moleste.

Esta distinción, aun siendo clara, deja sin embargo creer que los belicosos son siempre los de arriba, y que las guerras, por consiguiente, caen sobre el pueblo llano sin que él pueda hacer nada. Pero si los pueblos supieran amarse, si el acento de mi vecino alemán no me molestase tanto, si yo tuviese suficiente humor para no despreciar su extraña manía de ponerse calcetines bajo sus sandalias, entonces los que Maquiavelo llama «grandes» no podrían imponer nada para saciar su sueño de gloria.

## Elogio de la materia

En todos los acontecimientos, pequeños o grandes, la vida quiere que seamos *artistas*: preparados para habér-

---

*En todas las cosas,  
pequeñas o grandes,  
la vida quiere  
que seamos artistas.*

---

noslas con un hijo caprichoso, con un vecino medio sordo... dispuestos a que todo esto componga una melodía. Pero si vivir es en este sentido un arte, el artista debe ser muy diferente de la imagen, un poco romántica, que tenemos de él a menudo: un dulce soñador con mal de inspiración. Ser artista comienza cuando, con las mangas remangadas, en mono de trabajo, ponemos un poco de armonía en el desorden. También la imaginación artística es estéril cuando no encuentra una materia que se le resista.

Es lo que defiende Alain. Este gran filósofo, que fue también un profesor respetado, se niega en su *Système des beaux-arts* a distinguir demasiado rápidamente al artista del artesano: para él, el «inspirado» (el artista) es en primer lugar un simple trabajador manual (un artesano). El artista, en efecto, comienza a percibir lo que quiere hacer al contacto con una materia prima. Paradójicamente, su impulso creativo solo se hace real o efectivo cuando encuentra a su contrario: puede ser mármol, pigmentos para los colores, una tela extendida entre cuatro palos de madera o, para un novelista, investigaciones históricas que le permitan construir un escenario fiable... Poco importa: el artista es artesano puesto que le hace falta, en un momento dado, entregarse a algo diferente de su inspiración totalmente pura. Como aconseja vivamente el maestro Porbus al joven pintor Nicolas Poussin en *La obra maestra desconocida* de Balzac: «¡Trabaje! Los pintores no deben meditar sino con los pinceles en la mano». Porque es trabajando como el artista descubre lo que quiere hacer. Más exactamente, nos dice Alain, al hacer encuentra algo mejor que lo que había imaginado en primer lugar. En efecto, hay

más en la realidad que en la idea que se hace uno de ella: así el acto concreto, el que mancha las manos, lleva consigo su lote de imprevisibilidad. Es, por ejemplo, este color que nace en la paleta, esta fisura en el mármol, este pequeño descubrimiento histórico en los recovecos de las investigaciones del novelista. Precisamente gracias a estas pequeñas cosas imprevistas se hablará de *creación*: algo nuevo ha venido al mundo gracias al encuentro lleno de destellos entre el impulso creador y la materia tortuosa.

Así, sin la resistencia de una materia dada, que permite al artista oponer su intención, totalmente pura, a las incertidumbres de la dura realidad, la obra quedaría en un deseo piadoso. El mármol se impone a Miguel Ángel al menos tanto como Miguel Ángel se impone al mármol, a golpes de buril. Si el escultor florentino encuentra una fisura, debe tenerla en cuenta, si no acabará rompiendo la piedra en dos, en lugar de esa silueta que se desprende poco a poco de la masa informe. Improvisación, una vez más: hacer no solo «con» lo que existe, sino «a partir de» ello, para llegar a una forma que no nos atrevíamos siquiera a desear. Esta es, repito, toda la historia de nuestra pequeña vida humana. Es lo que hace de todo viviente un artista y de toda vida una obra de arte.

El ejemplo que da Alain de este arte no es sin embargo el de un genio, un poco apabullante, como Miguel Ángel esculpiendo una espléndida *Pietà*. Para ilustrar su propósito elige más humildemente al escultor de bastones. Frente al nudo que descubre en la madera, el escultor de bastones tiene dos posibilidades: obtener, cueste lo que cueste, la forma que le quería dar. «Lo conseguiré, lo conseguiré...» Finalmente, corre el riesgo de romperse. Cuántas veces, al rechazar las pruebas, actuamos de esta manera, retirando de un empujón al niño que se acerca al piano... O bien, segunda vía, adivinar

---

*Si yo no sé ser  
grande en las  
pequeñas cosas, no lo  
seré en las grandes.*

---

en ese nudo de madera la forma de una cabeza de pato, que el escultor tratará hábilmente de ayudar a modelar mejor. Aceptar la contrariedad, acogerla incluso, como una buena nueva.

Porque ¿qué haríamos si quedáramos a merced de nuestro puro deseo de crear, sin obstáculo que franquear, sin trampa que sortear, sin nudo de madera ni fisura en el mármol? Se reconoce al aprendiz inmaduro, nos dice Alain, en que se vendería al diablo para obtener una materia tan plástica que adoptara la forma de sus aspiraciones, tan pronto como naciesen en su imaginación. Esta libertad, al no encontrar ninguna resistencia, sería vacía y estéril: la obra no dejaría de cambiar, en la medida de los caprichos, de las crisis de confianza, de los saltos de humor o de las emociones. No se fijaría nunca en un soporte estable. Y el artista no podría mostrar nunca por medio de esta obra lo que sabe. El nudo de madera es una bendición para el escultor de bastones experimentado. Mejor: es al transformar la contrariedad en una bendición cuando se ve que estamos ante un escultor experimentado.

¿Qué es un hombre de experiencia? Es alguien que ve la solución *en* el problema, que ve, en la prueba misma, y *no fuera de* ella, el camino por donde pasar.

## Tener el sentido de la vida

Ver la vida de color azul, en mono de trabajo, en el ajeteo de un taller en lugar de a través de la fotografía retocada de

un destino de viaje. He forjado, para hablar de la alegría lúcida a la que todo esto nos llama, una expresión: «tener el sentido de la vida». Como entre el rosa y el negro, se trata de encontrar la vía estrecha, colarse entre dos actitudes cuya vanidad denuncia la prueba.

Nosotros tratamos, en general, de *buscar el sentido de la vida*, como si esta pudiera darse sin misterio, sin sorpresa, como si su sentido estuviera al alcance de cualquier mano. Así nosotros abordamos la existencia con nuestros «porqués», para dar razón de esta vida. Al hacer esto, tachamos de locura o de inexistencia todo lo que escapa a la razón humana, todo lo que no responde a nuestros «porqués». Pero si es infinitamente loable buscar el sentido de la vida, es por el contrario peligroso restringir la vida a lo que nosotros podemos comprender de ella: lo propio de la prueba es hacer saltar el círculo perfectamente trazado en el que estaba fijado el sentido de la vida. También, cuando la prueba se hace presente, arranca de nuestra boca un «porqué» que es menos una pregunta que un grito: este «porqué» es la confesión de debilidad de todas las sabias razones que nos dábamos para vivir.

Por eso se prefiere generalmente a esta primera actitud (buscar el sentido de la vida) la que resume la expresión «dar sentido a la vida». Pensamos, por ejemplo, que las religiones tenían como función dar un sentido a la vida. Cada uno, se dice también, da a su vida el sentido que quiere... En esta perspectiva, la vida es a priori considerada como sin senti-

---

*Un hombre  
de experiencia es  
alguien que ve  
la solución en el  
problema, que ve,  
en la misma prueba,  
y no fuera de ella,  
el camino por  
donde pasar.*

---

---

*Este «porqué»  
es la confesión  
de debilidad de todas  
las sabias razones  
que nos dábamos  
para vivir.*

---

do: solo nosotros le damos su sentido libremente, tanto más libremente cuanto que la vida no nos impone nada.

Esta segunda postura es un tanto seductora, en teoría, porque parece más realista y voluntaria que contentarse con descubrir el sentido de la vida. Pero, a

menos de ser un mago atrapado en sus propios malabarismos, no veo bien cómo podría dar sentido a mi vida con una mano, y con la otra suponer que no lo tiene hasta que yo no se lo dé. No me puedo forzar a creer en Papá Noel una vez reconocidos al alba los zapatos mal encerados de mi viejo tío: de la misma manera, ¿cómo atribuir a mi vida un sentido que yo mismo, plenamente consciente, le he dado? El sentido que se da no se tiene, no es un sentido: es un subterfugio en el que intentaríamos creer vanamente. El sentido de la vida se descubre, o no es nada.

Esto nos devuelve a la primera actitud, poco acogedora sin embargo: ¿esperar la vida a la vuelta de nuestras cuestiones, restringirla a nuestros «porqués»? No, porque entre el sentido que se espera desesperadamente y el que se da a la vida absurdamente, creo que hay una tercera vía, concretamente la que descubre la prueba, y que yo expresaré así: *tener el sentido de la vida.*

«Tener el sentido de la vida», no de la misma manera que se posee su significado último, sino como cuando se dice de alguien que tiene el sentido del compartir, el sentido del ritmo o de la melodía. Tener el sentido de la vida es, en efecto, al menos dos cosas: *por una parte, es saber situarse en ella, es improvisar, a partir de ella, una melodía inesperada.* Tener el sentido de la vida es descubrir siempre, en la misma prue-

ba, lo que, a pesar de todo, va en la dirección de la vida. Es, en el momento de la prueba, no conformarse con las ventajas adquiridas, sino volver a poner en juego la mejor parte de uno mismo con objeto de escribir un final imprevisto. Tener el

---

*Descubrir siempre,  
en la misma prueba,  
lo que, a pesar  
de todo, va en la  
dirección de la vida.*

---

sentido de la vida es pues aceptar la curva, por muy sinuosa que sea: es entrar en el ritmo de la vida, aunque sea sincopado.

Pensemos de nuevo en nuestro pianista, en el brazo que él pasa por detrás del niño. Yo pienso por mi parte en ese joven del que me dicen que sus vértigos son el síntoma de un cáncer avanzado. Responde a la inquietud de sus parientes: «¿Grave? Sí, es grave. ¿Pero entre “grâce” (gracia) y «grave» no hay más que una letra, no?» Una letra... y un acento (circunflejo) que se pone en el don, en la «grâce» (gracia) recibida: para estar enfermos hay que estar vivos. El don es primero puesto que toda pérdida posterior lo supone. Al decir esto, el joven no pretendía callar, en el corazón de la prueba, qué sensación produce la presencia de aquellas y aquellos allegados suyos que se reúnen, se movilizan, comparten un poco de su pena. Había decidido no cerrarse a lo que, en la prueba, está al servicio de la vida o revela su sentido. Queriendo decir que, cuando no se tiene otra opción, queda siempre la de vivir plenamente lo que se debe vivir.

## El gusto por la vida

«Tener el sentido de la vida» es, por otra parte, tener gusto por ella: tener el sentido de una cosa no es solo acoger el im-

pulso por el que ella se da, es también saber gustarla, sentirla. Es ser la ocasión, para ella, de dar todo su sabor. Es, por tanto, no excluir a priori de la paleta de los sabores de la vida la acidez o la amargura: nuestra impaciencia desestima a menudo ese vino cuyo aroma, exigente, esconde en realidad, en el fondo de nuestro paladar, un gusto discreto de petunia. Esto es lo que podemos aprender a decirnos: «Si esta es mi prueba, si no puedo librarme de ella, no solo la acepto, sino que me voy a dedicar a vivirla hasta el final, a mostrarme en ella, a dejarme revelar cuál es su sentido y qué abismo de fuerza y de tristeza puede contener mi pequeño corazón de hombre».

En este sentido nuestra vida, que nos es dada sin haberla pedido, se parece a ese niño que va a nacer, tan esperado por unos padres a los que se acaba sin embargo de anunciar que es portador de una malformación. La noticia los deja atónitos. La madre, después de un tiempo de desconcierto, se duerme finalmente sobre el sofá del salón, robando, con su sueño, un poco de paz. El marido, trastornado también por esta noticia, vigila esta siesta agitada por algunos sobresaltos. Lentamente, acerca la cabeza al vientre redondeado de su mujer y murmura al niño, del otro lado de la fina envoltura de la carne: «Hola, pequeño ser que yo no había previsto así: más frágil de lo normal, portador de un futuro que se me escapa ya. No, no eres la imagen que me hacía de ti. No formas parte del catálogo imaginario del que yo habría recortado la foto de mi hijo o de mi hija. ¡Pero qué importa! Prometo cuidar tu pequeña existencia, larga o corta, unas veces fácil, otras difícil, como lo son finalmente todas las existencias: te prometo, con mis débiles fuerzas de hombre, hacerla tan feliz como sea posible».

Cuando no hay otra opción, solo queda la de amar. El *dato* —la prueba que viene sin avisar— requiere ser acogido como tal, para ser un día revelado como el más bello de los *dones*.



## Vejez y flexibilidad

Habéis observado que la vida no nos deja nunca tranquilos. Se divide, además, en diferentes edades: lo que llamamos las «edades de la vida» es una invitación a no dormirmos nunca demasiado sobre los frescos laureles. Una vez familiarizados con una de estas edades, tenemos que decirle adiós. «Para el tiempo de aprender a vivir —escribía Aragon—, ya es demasiado tarde»: cuando nos desarrollamos, cuando nos hemos habituado a este nuevo cuerpo con los brazos crecidos de repente, con formas más completas, con mil deseos contradictorios, estamos ya bastante maduros para el compromiso. Bastante grandes para «situarnos», como se dice, con el fin de no ser molestados más que por lo esencial: no por esa opción crucial entre tal o cual vestido para la velada, sino por ese niño cuya pesadilla, en plena noche, requiere una presencia tranquilizadora.

Apenas dominado este papel con el que los treintañeros cumplen muy bien, hay otra edad que provoca una nueva crisis. La «de los cuarenta» es una crisis de adolescencia invertida: cuando esta quiere apresurar la independencia futura, aquella echa de menos la despreocupación (supuesta) del pasado. Sacamos los viejos niquis, los eternos discos, asistimos a cursos de bajo o de danza africana con nuestra hija... Queremos «parecer jóvenes». Pero lo que entonces olvidamos es que solo la aceptación de la vejez nos permite ser siempre jóvenes.

¿Qué podemos decir? Esto: ser realmente joven es poseer ese sentido de la vida que saca lo mejor de las circunstancias. Ser joven es tener la flexibilidad de la caña que se

---

*«Para el tiempo  
de aprender a vivir,  
escribía Aragon, ya  
es demasiado tarde».*

---

---

*Ser joven es amar  
la vida en cada  
una de sus edades.*

---

pliega cuando el viejo roble se quiebra. Es precisamente el caso de aquellas o aquellos que aceptan la edad que tienen, por avanzada que sea. Lo mismo que hay parejas jóvenes con peleas de viejos (no se ponen de acuerdo en si ir al supermercado o al hipermercado), también hay personas de edad avanzada cuya juventud es eterna: habiendo aceptado el tiempo que pasa, viven reconciliados con su vejez, ajustados a sus pruebas. Al condenarnos a sus irreversibles cambios, el tiempo que pasa nos condena a la juventud: nos invita a aceptar cada nueva edad con la agilidad de los niños pequeños.

Se dice que la juventud no es una cuestión de edad. No es exacto puesto que ser joven es tener, para la edad que se tiene, una ternura de la que unos años antes no sabíamos todavía nada. Lo mismo que hay un arte de conquistar, hay un arte de perder: porque la vida no nos instala, nos traslada, por el contrario, de una edad a otra. Nos lanza así el reto de amarla, hasta allí.

## Hasta allí

Quien dice «vida» dice «envejecimiento». Ser joven no es esforzarse por seguir siéndolo: es amar la vida en cada una de sus edades, *fielmente*. Amarla *hasta allí*, acabamos de decir. ¿Hasta dónde? El límite no está puesto. «Hasta allí», es decir, dar con ella un paso más.

Yo tenía un amigo. No llegaba a los 25 años, tenía un cáncer. No había podido verlo durante un mes largo: fue para él un mes de lucha intensa contra la enfermedad. Cuando finalmente me fue posible acercarme a su cabecera, había muerto

hacía unos veinte minutos. Estaba allí, marchito, pálido, sin vida, en medio de las mantas deshechas. Un cadáver, como los que vemos amontonados en los campos de la muerte.

La escena era llamativa. La frase que, espontáneamente, me vino entonces fue: «En adelante, deberás amar la vida hasta allí». Hasta esa muerte que llevamos en nuestra carne y que se lleva a los mejores de nosotros. Sentí inmediatamente que ese «hasta allí» era sinónimo de amor: es la fidelidad a la vida, en sus altibajos, como es, en la pareja, la fidelidad a la persona amada, esté enferma o en lo mejor de sus fuerzas, sea joven o cargada de años.

Es quizá allí mismo, quiero decir en la prueba, donde el amor se manifiesta mejor: ¿amamos la vida cuando solo amamos de ella lo que nos agrada? ¿Amamos a una persona solo en las condiciones que hemos fijado (que esté de buen humor, sea guapa, tenga buena salud...)?

El amor pleno y verdadero firma al ser amado un cheque en blanco. Cuando decimos «Te amo» introducimos en nuestra vida el incondicional y el absoluto: mandamos a paseo todas las circunstancias, todas las condiciones, todos los be-moles que pensábamos poner a nuestro amor. No decimos: «Te amo los sábados por la mañana», o: «Te amo cuando he bebido un poco, cuando te pones ese vestido, etc.» Sino «Te amo» sin más, simplemente, absolutamente, es decir: abro totalmente los brazos a lo que eres. Te prometo maravillarme siempre de lo que no he previsto que serías, seguirte en tus rodeos y a pesar de todas tus caídas. En resumen, apasionarme por la aventura que tú eres. Te amaré *hasta allí*.

---

*La prueba que sufrimos pone al día las reservas que se hacían al amor de la vida.*

---

La prueba que sufrimos pone al día las reservas que se hacían al amor de la vida, las objeciones que se le planteaban. Ella revela las cláusulas ocultas de nuestro amor: amábamos la vida, aunque no en la enfermedad, en el conflicto, en el error, y sobre todo no en este mundo que va mal. Amábamos la vida, pero en la pantalla plana del dibujo animado que nos muestra los monstruos amables y los niños felices. Amábamos la vida de color rosa, no azul, que es su verdadero color. Nuestros brazos estaban abiertos, pero todavía demasiado poco. Solo abrazaban esto o aquello. Lo que hace falta es abrirlos plenamente hasta clavarlos en la madera de nuestra cruz, quiero decir, de nuestra prueba. Así cada contrariedad es *o bien* la ocasión de estrechar el ángulo que nuestros brazos circunscriben (hasta anularlo: los cruzamos, entonces, en signo de descontento); *o bien*, al contrario, la invitación a abrir todavía más el camino de acceso a nuestro corazón, a exponer más todavía este corazón a las dentelladas de la vida.

-----

La prueba es siempre un obstáculo, una inmensa contrariedad, una objeción a la vida. La prueba es siempre exigente, a veces aplastante. Lo que exige está en un sentido necesariamente por encima de nuestras fuerzas: porque lo que exige es la Fuerza misma, ese torrente de inteligencia y de bondad encerrada en el fondo del corazón humano que tiene necesidad, a veces, de que se abra una brecha para regar la llanura árida de nuestra suficiencia. Si hay un sentido de la prueba, es revelar lo que hay en la vida de fuerza, de aptitud para resurgir, de inventiva generosidad.

Sin embargo esta conversión de la prueba en algo más amplio y alegre no se da por supuesta. Hemos dicho que es

todo un arte, lo que supone un reto al que hay que responder, una materia a la que hay que dar forma. Además, para que la prueba pueda revelarse como un momento necesario de nuestro crecimiento tenemos que comenzar reconociendo la fuerza de su golpe, y admitiendo que nos ha hecho daño.



*El hombre pequeño y la montaña*  
FÁBULA EN CINCO CUADROS

1

El pequeño hombre mira  
la montaña. Pero es ella  
la que parece mirarlo, como  
diciéndole: *¡Ven a mí!*  
Cuando se sintió bastante fuerte,  
comenzó a subirla...





# 2

## LAS LÁGRIMAS



## NO POSITIVIZAR

*Pensar la prueba es, en primer lugar, reconocer su carácter escandaloso: todo iba bien... pero ahora nada va bien.*

Sí, sin duda alguna tenemos que consentir la prueba: forma parte de la vida de los hombres. ¡Pero, paradójicamente, aceptar la prueba es admitir que no conseguimos consentirla! Por eso somos a menudo tan poco receptivos a las voces tranquilizadoras cuya audición está tan llena de buenas palabras: somos, en primer lugar, sordos como una vasija rota en mil pedazos. Para conocer lo que hay de vida en la prueba tenemos que reconocer, en primer lugar, que nos hace daño y asumir que solo podemos comenzar aceptándola.

---

*La exhortación  
«hay que positivizar»  
tiene algo  
de infernal.*

---

Por eso la exhortación «hay que positivizar» tiene algo de infernal. Bajo su aspecto a la vez viril (es una exhortación) y distendido (anega lo negativo en lo positivo), es finalmente indolente. «¡Hay que positivizar!», esto significa la mayor parte del tiempo: «No me molestes con tus problemas» o

bien «Tus problemas son para mí demasiado dolorosos. No me siento capaz de vivirlos contigo. Por favor, no vuelvas más a mí en este estado».

Entonces el ser que sufre tiene el aspecto que conviene a los que no soportan verlo así, porque no lo aman o no lo aman suficientemente. Lleva la máscara de la felicidad, que ahoga su grito. Hasta el día en que, endurecido a fuerza de ser «positivo», acaba derrumbándose.

No, no hay que positivizar: hay cosas que son negativas. Cuando se nos quita un órgano o, peor, un ser querido, ¿cómo creer que esto se puede «positivizar»? ¡Cuidado con los amigos de Job!

¿Quiénes son los amigos de Job? La historia de Job está narrada en el Antiguo Testamento. Es una fábula que comienza así: Dios acoge en el seno de los muertos a los recién llegados, cuando percibe al diablo, que pasea sin rumbo. Dios lo provoca presentándole con orgullo el caso ejemplar de Job, un hombre justo y piadoso, buen padre de familia. «¡En la tierra —le dice Dios—, no hay otro como él! ¡Por fuerza —minimiza el diablo—, Job tiene todo para ser feliz: muchos hijos, grandes riquezas... ¿Un poco fácil, no? Haz lo que quieras con él... —exclama Dios— pero respéctale la vida».

Habiendo perdido en un día la totalidad de sus bienes, habiendo sabido que sus hijos habían sido llevados en un trágico accidente, Job prueba en efecto su justicia: rapándose la cabeza, dice sobriamente: «El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a él». No se puede uno imaginar más resistencia a la prueba, y mayor fidelidad a Dios. Ahora bien, la escena del comienzo se repite: Dios acoge a los recién llegados en el seno de los muertos, el diablo se pasea por allí. Dios le

hace ver la fidelidad de Job, a lo que el diablo replica: «Quizá, pero bueno, cuando se tiene salud...»

Dios consiente que Job pierda este último bien: unas llagas malignas llenan su cuerpo, y le hacen perder toda consideración social. Job se sienta en tierra entre basura, a la salida de una ciudad y se raspa con ayuda de una tejuela. Mantiene sin embargo silencio y no maldice a Dios. A su mujer, que le grita: «¿Por qué persistes en tu honradez? ¿Maldice a Dios y muérete!», él responde: «Hablas como una necia. Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?»

Vienen entonces sus amigos. Al verlo, se sienten aturridos. Ellos callan, con la palabra cortada, durante siete días y siete noches. De repente Job abre la boca. Maldice el día en que nació en un poema desgarrador que todo hombre que sufre puede hacer suyo. Confiesa que es preferible no haber nacido a estar en este mundo en el que el mal se abate con indiferencia sobre buenos y malos. ¿Qué van a responder sus amigos?

Uno lo exhorta a la confianza: Job los ha invitado tantas veces a volver a Dios, ¿por qué no lo va a hacer él? Pero Job replica que solo el que sufre conoce su miseria: que las palabras tranquilizadoras no pueden abarcarla, por lo vasta que es; ni aliviarla, por lo pesada. Otro de sus amigos intenta entonces justificar el mal que se abate sobre Job: hay una razón para ello, Dios no permitiría que un justo sufriera absurdamente. «¿Pues bien, sí! Soy inocente y Dios lo sabe», responde Job. Sus amigos dudan por miedo a dudar del mismo Dios. Sus discursos, sus llamadas a la voluntad y a la razón, son vinagre sobre la llaga de Job. Este, entonces, maldice a ese «Dios que se burla de la desgracia del inocente». Su boca se llena de blasfemias que el hombre lanza contra Dios. Evidentemente, sus amigos condenan esta rebelión que parece confirmar por sí misma que Job merece su mal.

Cosa llamativa: cuando Dios responde finalmente a los requerimientos que Job le hace de que se manifieste, de que muestre su justicia, su cólera no se dirige tanto contra este infeliz aplastado por la suerte sino contra estos tres sabios que, dice Dios, «no saben hablar de mí con simplicidad». ¡También pide a Job que rece por ellos! ¡A Job, que sin embargo no ha dejado de provocar a Dios! Como si se nos indicase con ello que el peor de los males no es gritar cuando sufrimos el mal, sino querer justificar el mal a cualquier precio. Y que por eso el hombre que sufre debe ser escuchado, acogido hasta en su desconcierto y, sobre todo, no saciado con buenas palabras.

### Llorar, detestar, reír

Se cita a menudo, como un compendio de la sabiduría filosófica, la sentencia de Spinoza: «No llorar, no reír, no detestar, sino comprender». ¿Al hacer esto, no somos nosotros como los amigos de Job? ¿Aquel a quien el mal aplasta, tendría que negarse a llorar, a gritar, a patear? Pronunciadas así, sin miramientos para los que las escuchan, las bellas palabras y los grandes consejos filosóficos podrían ser una verdadera tortura. No tienen compasión: son torpes (*maladroits*), si la «torpeza» («*mal-adresse*») es en primer lugar equivocarse de dirección (*adresse*), «dirigirse equivocadamente» («*s'adresser mal*») a una persona<sup>1</sup>. Como lo sugieren el o los autores del

---

<sup>1</sup> El autor juega aquí con el significado de las palabras francesas que no podemos traducir literalmente al español, «*maladroits*» (torpes), «*mal-adresse*» (dirección equivocada), «*s'adresser mal*» (dirigirse equivocadamente). Hemos mantenido en el texto, entre paréntesis y en cursiva, las palabras francesas. (N.d.T.).

libro de Job, el hombre que sufre tiene derecho a llorar, a gritar, incluso a blasfemar.

Los salmos bíblicos están, por otra parte, llenos de esta queja que el hombre dirige contra Dios: «¡A ti grito, Señor, respóndeme!», dice uno. Otro, al que la música clásica y popular ha hecho célebre, clama: «*De profundis, Domine, ad te clamavi*. Desde lo hondo a ti grito, Señor». Cosa llamativa: esa cólera no queda fuera de la relación con Dios. Gritar contra alguien es también una forma de llamarlo a voz en grito. Es, pues, darse alguna posibilidad de encontrarlo.

La falta no es quejarse sino cerrarse sobre uno mismo para no hacerlo. En general, las mujeres saben esto mejor que los hombres: preferirían a veces que su cónyuge fuera menos «valiente» o menos «viril» (si el valor y la virilidad consisten en no revelar sus fallos) y adoptase una postura más dialogante a partir de la confesión de su debilidad.

---

*Por tanto no hay que positivizar: para soportar una prueba hay que comenzar viviéndola.*

---

## Nombrar la prueba para superarla

Por tanto no hay que positivizar: para soportar una prueba hay que comenzar viviéndola. Un ejemplo que me han contado recientemente me ha parecido trágicamente significativo: una pareja se separa. Pero en lugar de llamar a esto «separación» o «divorcio», puesto que están casados, en lugar de confesarse vencidos y, mediante la confesión de esta debilidad, darse alguna oportunidad de poner las bases

---

*Les gustaría  
creer que se puede  
lograr perfectamente  
un fracaso.*

---

de la reconciliación futura con su dolorosa historia, llaman a esto: «nuestra nueva aventura», con dos o tres signos de exclamación. En un correo colectivo enviado a su familia y a sus amigos cercanos, su «separación» (entre comillas, como si estas comillas pudieran ofrecer una protección contra la realidad) se convierte en una gran ocasión para cada uno, incluso y sobre todo para sus hijos. Un poco más y acabarían yendo como familia desestructurada al paraninfo del divorcio.

Se entiende bien lo que les inspira tal desdramatización: contra toda lógica, les gustaría creer que se puede lograr perfectamente un fracaso. Vemos cuál es el mecanismo de defensa contra el sufrimiento puesto en marcha en este caso. Lo molesto es que la más pequeña pizca de realidad lo atajará: sus hijos se han convertido muy rápidamente en reproches vivos, denunciando con su malestar esta historia familiar rota aparentando buen humor.

Toda ruptura hace daño y los antiálgicos de la desdramatización, del rechazo de la prueba, solo alivian un tiempo. No es que hayamos de tener complacencia alguna con la prueba que se soporta, no es que debamos insistir en ella y ahogarnos en lágrimas de plañidera. Podemos y debemos resurgir de la prueba... Pero para esto tenemos que comenzar reconociéndola. Negando la realidad no se esquivará su golpe. Así, digan lo que digan los adultos, dos casas no son, en primer lugar, dos veces más de felicidad: los hijos lo saben y no quieren que se les mienta.

Nuestro corazón, lleno de lágrimas que pugnan por salir, lo sabe también. Lleno de gritos que habrá que dar, porque no



es posible vivir a la vez plenamente y como «un tonto feliz»: o bien nuestra felicidad se ancla en la realidad y acepta la prueba que, a veces, la sacude; o bien se vale de la ilusión y se inclina a ser forzada, es decir, precaria.

---

*La verdadera fuerza,  
lo sabemos después de  
Jean de la Fontaine,  
es la de la caña.*

---

### El roble y la caña... y además la espadaña

La prueba, al trastornarnos, distingue brutalmente lo que en nosotros es fuerza y lo que en nosotros es *forzado*. ¿Qué diferencia hay? Es esta: solo acaba «explotando» (en el sentido en que alguien confiesa, cuando está al borde de una crisis de nervios: «voy a explotar»), lo que es «forzado»: lo que solo se mantiene por nuestra fuerza. Lo que es «forzado» acabará por ceder, por falta de flexibilidad, tan pronto como la vida requiera de nosotros la aceptación de lo que no estaba previsto. La verdadera fuerza, lo sabemos después de Jean de la Fontaine, es la de la caña. Pero cuidado, no porque la caña se pliegue a todos los vientos, mientras que el roble resiste. Si se tratase, en esta fábula bien conocida, de hacer el elogio de los que se pliegan, el oportunismo sería una fuerza, y la flojera una virtud. Creo que es porque la caña sabe ser *a la vez* flexible y firme por lo que debe ser preferida al roble vigoroso, que se rompe a fuerza de ser fuerte. La caña no es floja: por su solidez, ofrece a los que la trabajan, lutieres, bateleros o artesanos de órganos, la materia que necesitan.

También haría falta completar la fábula, y no confundir la caña y la espadaña, esa otra planta de los bordes de los estan-

ques cuyas largas hojas no ofrecen al viento ninguna resistencia. No habría dos sino tres personajes en la fábula de nuestra vida: el roble, roto por las pruebas ante las que se contrae; la caña, firme y resistente, pero que también sabe plegarse humildemente y aceptar la prueba para vivir; y «la espadaña de larga hoja», que no sabe hacer más que esto: seguir el curso del viento, no ofrecer nunca la menor resistencia, y no encajar ningún golpe. El primero es forzado sin ser fuerte; la segunda es fuerte por no serlo todo el tiempo; la debilidad de la tercera es no ser siquiera fuerte.

«El hombre es una caña pensante», decía Pascal. Es, a veces, un roble aplastado por su propio peso. Pero muy a menudo es una espadaña: al no tener el heroísmo del roble, oponiendo al destino la fuerza de su voluntad, se declara «optimista», pero de un optimismo fácil, relativizando mediante un movimiento de hombros la gravedad de todo lo que podría alcanzarlo, limando las aristas de la realidad, haciendo el elogio fácil del derecho a la distensión y de la apertura a todo viento, de esta «*cool attitude*» que es el mejor medio, bajo encantos simpáticos, de no vivir la vida, de no ofrecerle nunca la seriedad que a veces requiere.

Esta es la vía estrecha que traza la prueba: entre la contracción y la flexibilidad; entre la madera dura que se quiebra y la pasta que se modela a medida del deseo. Pensar la prueba sería defender algo así como una alegría de caña, a la vez firme y acogedora.

## **Bienaventurados los afligidos**

Acoger favorablemente la prueba, tratar de encajarla, como se dice, es darse la oportunidad de abrir, en el corazón

de ella, y no a pesar de ella, un camino para la vida. Hace dos años fui invitado al *Collège des Bernardins*, en París, por Anne-Dauphine Julliand, cuyo bello testimonio sobre Taïs, su pequeña hija enferma, encontró un amplio eco. Ella esperaba que yo diese a su libro *Deux petits pas sur le sable mouillé* una dimensión más filosófica: su obra es un magnífico himno a la vida, aceptada tal como es, mientras que mi *Petit traité de la joie*, que acababa de aparecer entonces, describe el acto de aceptar la vida, toda la vida.

Enfrascado en el estudio de su libro, descubro una parábola escondida en la palabra sencilla de un niño: Anne-Dauphine había regalado a Gaspar, su hijo mayor, que tenía entonces ocho años, una cobaya con el fin de animar a este muchacho que veía, impotente, cómo se agravaba cada día el estado de salud de su pequeña hermana. Pero resulta que en vacaciones ella se entera por sus vecinos que el pequeño animal, que les había sido confiado, acaba de morir. La cosa cae verdaderamente mal: como un anticipo de otra separación, más dolorosa todavía. Anne-Dauphine, como buena madre, intenta consolar a su hijo: «Oye, Gaspar, tu cobaya, pues bien... ha partido. —¿Partido dónde? ¿Se ha escapado? —No exactamente. —¿Entonces qué pasa, mamá, ha muerto?» Momento de silencio. El joven replica: «Oye, mamá, tienes que decirme las cosas. Porque si yo no estoy triste, tú no puedes consolarme».

¿Se daba él cuenta de que citaba una de las Bienaventuranzas, ese legado espiritual de Cristo a sus discípulos? «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados», dice en efecto Jesús a sus discípulos en lo que se llama el Sermón de la Montaña. ¿Cómo entender esto: «bienaventurados los que lloran»? ¿No es ‘dolorismo’? No lo creo, como tampoco es ‘dolorismo’ la observación de Gaspar a su

---

*Solo existe un  
peligro: ahorrar el  
sufrimiento de vivir.*

---

mamá: «Si yo no estoy triste, tú no puedes consolarme».

Porque, se piense lo que se piense de ordinario, solo existe un peligro: ahorrar el sufrimiento de vivir, el sufrimiento

propio de toda vida. Es verdad que se sufre más cuanto más se vive, que se vibra más ante las bellezas de la vida. Amar la propia vida, a la hermana, a la cobaya, supone abrirse, ofrecerse, asumir el riesgo de sufrir. Pero este es el riesgo más bello que puede haber. Proteger al niño de los dolores de la pérdida, preservarlo de toda prueba, es protegerlo también de este bien superior y único que es ser consolado por su mamá. Querer que el niño no se caiga nunca ni se haga daño es, al contrario, negarle los brazos que lo estrecharon en los primeros días de la vida. Es vigilarlo continuamente cuando lo que hay que hacer es, debido a la prueba, cuidar de él. Es mantenerlo totalmente fuera de peligro, cuando el niño solo quiere que lo acompañemos en los caminos azarosos de la existencia.

Lo que impulsa a evitar, tanto a uno mismo como a los demás, el dolor de vivir es quizá *el miedo de amar*, el miedo de amar plenamente, de acompañar al otro allí donde está, incluso si está en los abismos de la tristeza. Nos falta confianza en este poder, simple y extraordinario, que tenemos de tomar al otro en nuestros brazos, para dejarlo depositar en ellos toda la pena que quiera. Esta clase de miedo es la causa de que nos esforcemos en negar la prueba. Así creemos que el mayor bien que podemos hacer al ser que amamos es evitarle todo sufrimiento. Ahora bien esto sería desearle que no hubiera nacido nunca, o bien que fuera una piedra, una ameba, un helecho, en fin, algo que no siente, que no ama, que

no vive plenamente. Porque vi-  
viendo, sintiendo, moviéndose  
en el espacio arriesgado de esta  
vida humana, el ser que ama-  
mos encontrará necesariamente  
la prueba. Y es precisamente  
por esta razón por la que ten-  
drá necesidad de nuestro amor.

Pongamos de nuevo las  
cosas en su sitio: no es porque  
nosotros amamos a alguien por  
lo que tenemos que evitarle la  
prueba; es porque la prueba forma parte de su vida por lo  
que tiene más necesidad de nuestro amor.

---

*No es porque nosotros  
amamos a alguien  
por lo que hay que  
evitarle la prueba;  
es porque la prueba  
forma parte de su  
vida por lo que tiene  
más necesidad  
de nuestro amor.*

---

### ¿Qué es el ser humano?

En cierto sentido, no hay quizá nada más humano que la  
sensibilidad al mal. Crecer en humanidad no es solo llegar a  
ser sensato, es también llegar a ser sensible: no solo razona-  
ble sino lo bastante profundo para ofrecer a sus sufrimientos  
o a los de otro, no sobre todo réplicas anodinas («hay que  
resistir», «¡todo irá bien!»...), sino el eco, o la escucha, que  
les conviene.

Porque ¿qué es, finalmente, el ser humano? El ser hu-  
mano es ese ser no limitado por ningún instinto: su medida  
es la desmesura que lo habita. Gracias a su alma, en efecto,  
el hombre puede franquear los siglos o los países, unirse en  
espíritu a la angustia de un extranjero y con el pensamiento  
al de un sabio chino del siglo V. El genio del novelista, por  
ejemplo, es sentir en otras personas distintas de él: *Una vida,*

---

*Crece en  
humanidad es  
llegar a ser sensible.*

---

de Maupassant, habla de la miseria de ser mujer en un medio burgués sin duda mejor que lo hubiera hecho una burguesa.

Por eso la pregunta «¿Qué es el ser humano?» es abismal:

no se la puede dar por contestada, solo se puede enriquecer la respuesta que se le da. La etimología de la palabra «humano» es interesante al respecto: la palabra «humano» viene del latín *humus* que significa «tierra». Ser humano es no ser ni ángel, ni bestia: tener siempre los pies sobre la tierra, pero para levantar la cabeza y mirar al cielo. El ser humano es la posición vertical. Así es la verdadera «humildad», otra palabra derivada de *humus*: es tener el sentido del cielo, sabiendo que venimos de la tierra. Ni ángel ni bestia porque, según la palabra de Blaise Pascal, quien quiere hacer el ángel, hace la bestia: rehusar ser un cuerpo, negar que somos también animal, que tiene necesidad de alimentos terrestres, es la mentira inspirada por un orgullo finalmente bien poco espiritual. Por el contrario, entregar el hombre a la tierra, limitarlo a su animalidad, no es humildad, es «humillación»: siempre este prefijo *humus* que remite a la tierra. ¿Qué es en efecto humillar, sino «bajar más bajo que la tierra»? Los grandes totalitarismos del siglo XX, nazi o comunista, tenían en común el acercamiento del hombre a la tierra, a los determinismos raciales para el uno, sociales para el otro. Es el *Blut und Boden* nazi: la exaltación poética «de la sangre y de la tierra». Es, igualmente, el materialismo histórico de Karl Marx. Esta primera humillación teórica, este abajamiento del hombre más bajo que su humanidad, preparaba la que los hombres sufrieron en los campos de concentración o los gulags, cuando fueron realmente reducidos a cenizas, a polvo.

El hombre es un entre-dos: entre el cielo y la tierra. Levantad a uno, perderéis al otro. Peor: levantad al uno, perderéis al hombre. Hacéis de él el ángel que no es o el animal de un régimen totalitario.

---

*El hombre es un entre-dos: entre el cielo y la tierra.*

---

### La humedad de vuestra alma

Ahora bien, hay otra variación de la palabra «humano» que nos interesa aquí particularmente en la medida en que une a la humanidad con la prueba. Es esta: de *humus* deriva también la palabra «humedad». ¿Qué tiene que ver con el hombre? ¿Qué vínculo significativo hay entre la humedad y la humanidad? Es este: crecer en humanidad es cambiar el corazón de piedra por un corazón de carne, es decir, un corazón que se deja tocar por el mundo. Es ganar en vulnerabilidad, si la vulnerabilidad es lo que hace del hombre un ser sensible. Mirad la piel de un hombre: no hay ninguna textura más frágil, más abandonada a la mordedura o a la ternura, a los golpes o a la caricia. Es a la vez lo que limita el espacio de nuestro cuerpo y abre a las maravillas del mundo. Bajo los dedos de una piel educada se revelan mil texturas: sedoso, dulce, áspero, raso, leñoso... Crecer en humanidad es ampliar la paleta de los sentidos, sentir mejor, sentir más que los demás seres vivos: ¿a quién le gustaría vivir como un cocodrilo cuando su piel se entrega a la caricia, a la floración, a las texturas y a sus matices?

Ser humano es, en efecto, ser siempre más profundo: pero esta profundidad comienza en la superficie, en la epidermis. Rousseau se inquietaba porque el hombre del estado

---

*Cambiar el corazón  
de piedra por un  
corazón de carne.*

---

de naturaleza, el hombre de los primeros tiempos, se llevara de calle al hombre con el que él se cruzaba en el siglo XVIII. En su elogio de la salud física que exige la vida natural, Rousseau olvida sin embargo que la vulnerabilidad es uno de los bellos frutos de la cultura: no hay apertura al mundo sin vulnerabilidad. El hombre ha salvado su piel, la ha librado de los golpes del reino animal, para permitirle desarrollar estas capas de sensibilidad todavía desconocidas. Somos, por tanto, más hombres cuanto más tocados estamos por el mundo, por su belleza o por sus miserias.

Esta capacidad de dejarse apretar por los acontecimientos de la vida puede llevar hasta las lágrimas. Este es el vínculo íntimo entre humanidad y humedad. Cuando afirmo que no es preciso sustraerse a la prueba, no digo que haya que soportarla como soldado endurecido, insensible. Acoger favorablemente la prueba es reconocer valerosamente lo que Jules Supervielle, en su espléndido poema *Tristesse de Dieu*, ha denominado «la humedad de nuestra alma». Es decir la posibilidad de las lágrimas.

Jules Supervielle era banquero de oficio y poeta de vocación. Él, que perdió a su padre y a su madre al nacer, educado por su tío en Uruguay, fue enseguida obligado, después de la larga movilización de la Primera Guerra Mundial que lo había separado de su mujer y de sus hijos, a comenzar de nuevo como consecuencia de la quiebra de su banco. En la colección de poemas *La Fable du monde*, en la que se encuentra *Tristesse de Dieu*, Jules Supervielle presta al Creador del cielo y de la tierra, quiero decir a Dios, la nostalgia que fue sin duda la suya en sus numerosos exilios. ¿Dios, nostál-



gico? A mí, que soy creyente, me interpela la pregunta: ¿qué nostalgia podría sufrir Dios que, en su perfección, lo tiene todo? ¿Cuál es esa «tristeza» divina de la que habla el poeta?

---

*«Tenéis que arreglaros vosotros solos como huérfanos en la nieve».*

---

Es la de tener que dejar ir lejos el mundo que él ha creado. Dios, nos dice Jules Supervielle, conoce el dolor de las madres y de los artistas, de aquellas y aquellos que *traen al mundo*. Crear es, en efecto, dar vida a otro distinto de uno mismo: es, pues, aceptar perder lo que se ha traído a la vida. Para Dios el drama es mucho más fuerte: al crear, al aceptar que fuera de él existe algo, Dios renuncia a ser Todo. Se hace impotente, para que no todo sea Él. Por eso, Él lleva a la existencia una parte de imperfección: si Dios hubiera hecho el mundo perfecto, este mundo hubiera sido Dios y Dios no hubiera creado nada. Pero como el mundo está fuera de Dios, existe también *sin él*: como escapado de sus divinas manos. Así Dios confiesa a los hombres su dolor paterno

«Os veo ir y venir sobre una tierra que tiembla  
como en los primeros días del mundo,  
pero la diferencia es grande.  
Mi obra ya no está en mí, os la he dado toda  
[...]  
Sé hablaros no más que un alfarero a su vasija  
de los dos uno es sordo, el otro mudo ante su obra  
y os veo avanzar hacia precipicios cegadores  
sin poder nombrároslos,  
y no puedo soplaros como habría que hacerlo  
tenéis que arreglaros vosotros solos como huérfanos en  
la nieve».

«Huérfanos en la nieve»: esto es lo que somos. La imagen es demasiado bella: ella hablará, creo, tanto al ateo como al creyente, al que cree en el cielo como al que no cree. Porque condensa esas impresiones de abandono que nos han sobrecogido a todos alguna vez, esa tristeza sin móvil que oprime a veces nuestro corazón. A mí me hace llorar.

Precisamente esta lágrima es, para Jules Supervielle, la prueba de la existencia de Dios. ¿De qué manera? ¿El mal de los hombres, su abandono a la suerte, no niegan a Dios? De la misma manera que, frente a la prueba, existe la tentación de decir que la vida no tiene sentido, que me toca trágicamente darle uno cualquiera, con tal de que me ayude a soportar el sin-sentido, de la misma manera la cuestión de la existencia del mal plantea enérgicamente la de la existencia de Dios. Si el mal existe, entonces Dios no existe: existe, se podría decir, *ya uno, ya otro*. Cuanta más fuerza tiene el mal, menos presencia tiene Dios.

A lo que los creyentes responderán que el mal no es una prueba de la inexistencia de Dios o de su impotencia, puesto que el mal da testimonio en favor de Dios que ha dejado al hombre libre para elegir lo que va en la dirección de la vida y lo que, al contrario, propaga la muerte. El argumento es fuerte, pero no abarca este mal que nadie hace, que cada uno puede sufrir, el que llega por azar, la mala suerte, la necedad de la realidad: el mundo no es perfecto, y la vida no es un regalo para aquel sobre el que se abate la ceguera de la enfermedad o de la miseria. «Huérfanos en la nieve», lo somos en tanto que nos parece haber sido puestos ahí, a las puertas de una iglesia o de un hospital de pobres, por una madre-naturaleza incapaz de prevenir todos los golpes de la suerte, incapaz de satisfacer nuestras necesidades elementales. ¿Qué responder a esto?

Nada. Escuchemos más bien la angustia de Dios mismo, tal como el poeta cree entenderla:

«Mis queridos hombres, no puedo nada contra  
vuestros males,  
solo he podido daros vuestro valor y vuestras lágrimas,  
es la prueba expresiva de la existencia de Dios.  
La humedad de vuestra alma es lo que os queda de mí».

«Lo que os queda de mí»: nos quedaría, pues, algo de Dios en el corazón de un mundo en el que brilla por su ausencia. Habría en nosotros una chispa robada al fuego divino mismo y que Jules Supervielle llama: «la humedad de vuestra alma». Así pues el Dios del poeta se probaría, o más bien se experimentaría, no a pesar de nuestro sentimiento de abandono, sino mediante él, en las lágrimas que él extrae de nuestros ojos de niños. Llorar es efectivamente probar a Dios por el absurdo: porque si, en el origen de nuestra era, no hubiera habido nada, ni siquiera el consentimiento de Dios para ausentarse, para hacerse pequeño para que nosotros pudiéramos ser, ¿lloraríamos? Si no hubiera habido, en el origen del mundo, este gesto creador que humildemente murmura: «después de vosotros», no habría nada que esperar, nada que desear... ¿El mal solamente haría daño? No, todo sería indiferente. Acogeríamos la pérdida de los seres queridos con frialdad. No tendríamos siquiera una palabra para nombrar el mal o para denunciarlo.

Si la injusticia nos rebela es porque tenemos en nosotros, primera y resplandeciente, la idea de justicia: pues bien, de la misma manera, si nosotros lloramos, es que llevamos en nosotros lo que el poeta llama «el recuerdo» de Dios. Sí, la ausencia de amor es un escándalo: pero no lo sabríamos si no hubiéramos sido hechos por el amor y para el amor. Sí,

---

*Son la vida  
y la alegría, y no  
el frío mutismo  
de la muerte,  
las que tienen  
la última palabra.*

---

la ausencia de Dios en los que Jules Supervielle llama los «pequeños lechos mal protegidos» de los niños, esa ausencia que entrega al inocente a la muerte súbita, es un escándalo: ¿pero por qué nos escandaliza? ¿No es porque estamos hechos para la vida y para la alegría? ¿No

son nuestras lágrimas la cara dolorosa de una bella promesa: no son la vida y la alegría, y no el frío mutismo de la muerte, las que tienen la última palabra?

«La humedad de vuestra alma es lo que os queda de mí»: Dios estaría, pues, paradójicamente presente en su ausencia, mientras que uno se inquieta por ella. Está doblemente presente, puesto que esta ausencia suscita en nosotros esos gestos de humanidad por los que al mismo tiempo nos hacemos pequeños para que el otro crezca. Esta ayuda dada repite el gesto creador mismo, cuya fuerza nos ha dado Dios: aceptar «atenuarse» uno mismo, según la palabra de Jules Supervielle, para traer al otro al mundo.

Por tanto, no hay que retener las lágrimas. Las lágrimas en nuestros ojos de creyentes o no-creyentes, en la medida en que unos y otros tienen bastante corazón para llorar el escándalo del mal, son un arma contra el mal que desfigura nuestro mundo compartido. En ellas se refleja el origen celeste de todo hombre: nuestras lágrimas denuncian lo que hay que cambiar en este mundo y muestran que este deseo reside en lo más hondo de nosotros. Como si los llantos de los hombres y de las mujeres regasen el suelo con el fin de que en esta tierra, en la que parece que Dios ha abandonado al hombre, crezca la ciudad celeste.

## Tener ojos para llorar

El escritor y periodista Henri Calet, colaborador de Albert Camus en la revista *Combat*, escribía en su agenda, dos días antes de morir: «Es en la piel de mi corazón donde encontraréis

las arrugas. Ya me encuentro más allí que aquí, como ausente. Haced como si no estuviera. Mi voz ya no vuela muy lejos. Morir sin saber lo que es la muerte. ¿Ya hay que marcharse? No me zarandéis. Estoy lleno de lágrimas». ¿Confesión de debilidad? Sí, pero esta debilidad es grande porque es la del hombre, de *todo* hombre. Todo lo demás, todo lo que no manifiesta las arrugas en el corazón y las lágrimas al borde de los ojos, es mala literatura.

Porque, paradójicamente, es muy valiente «no tener ojos más que para llorar», como dice la expresión. Es lo que me ha hecho comprender un amigo, a propósito de una película que yo había visto más de una vez, pero sin darme cuenta, aparentemente, de algo esencial. Se trata de *La isla*, de Pavel Lungin, película rusa de éxito inesperado que cuenta el suplicio moral de Anatoli: joven marino durante la Segunda Guerra, Anatoli da a conocer el escondite de su capitán durante un control de los nazis. Por miedo a morir, consiente ejecutar él mismo a su superior. Los nazis se ríen de su flaqueza y lo dejan por muerto, habiendo minado con explosivos el barco que ocupaba. Pero Anatoli escapa: herido, llega hasta una playa en la que es recogido por unos monjes. Estos lo curan y lo acogen como uno más.

Lo importante de la película pasa treinta años más tarde: encontramos a Anatoli, envejecido, el rostro demacra-

---

*Las lágrimas  
en nuestros ojos son  
un arma contra  
el mal que desfigura  
nuestro mundo.*

---

---

*«No me zarandeéis.  
Estoy lleno  
de lágrimas».  
Henri Calet.*

---

do. Tiene la sonrisa rara pero amplia y llena de ternura, que descubre una boca sin dientes. Está encargado de la caldera del monasterio, donde duerme, respirando el polvo del carbón, mal lavado, hablando sin cesar a Dios: es Anatoli el que se impone este hábitat malsano, porque no se perdona su crimen. También se aleja cada día a una isla (de ahí el título de la película) a la que va en barca: allí se echa rostro en tierra, reza con fervor, muerde el polvo, llora el crimen que ha cometido por cobardía.

Como si la culpabilidad hubiese abierto en él un espacio bastante grande, Anatoli, que pasa por el simplón del monasterio, es también el más santo de todos los monjes. El pueblo se desplaza en gran número al monasterio para recibir su bendición, su enseñanza, una profecía o simplemente la seguridad de su oración. Ante tal afluencia, nuestro antiguo marino tiene el cuidado de pasar por el servidor del padre Anatoli, del que habla a estas buenas gentes todo lo mal que puede, con el fin de que la gloria no recaiga en su persona.

Uno de los monjes, llamado el padre Job, está celoso de Anatoli. Esta envidia divierte a Anatoli, que se muestra por otra parte como gran bromista. Hace rabiar al padre Job preguntándole: «Dime, tú que sabes leer: ¿podrías decirme por qué Caín mató a Abel?» Esto saca al padre Job de sus casillas. ¿Cómo podría él ignorar esto? Sabe evidentemente que Caín mató a Abel por envidia, porque Dios había acogido el sacrificio de Abel y no el suyo. Después de lo cual Caín hizo a Dios esa pregunta que ha cambiado el curso del mundo: «¿Soy acaso el guardián de mi hermano?» Pero esto lo sabe todo el mundo, y el que lo ignore no tiene más que abrir una

Biblia: ¡encontraré la historia en las diez primeras páginas!

Escandalizado, el padre Job acude a Filareto, el padre superior, para obtener la desaprobación de los diversas conductas excéntricas de Anatoli y contar-

le su provocación: «¡Padre, Anatoli se ha atrevido a preguntarme, a mí, por qué Caín mató a Abel!» El padre superior sonríe, con los ojos en blanco, comprendiendo una vez más la gran sabiduría que habita el corazón de su monje. Responde al padre Job: «Sí, por cierto, ¿por qué mató Caín a Abel?»

El padre Job se queda perplejo: cree en una conspiración de la necedad contra él. Al contrario que Filareto, no comprende el sentido de la pregunta de Anatoli. Sí, la respuesta es evidente. *Mucho menos evidente es no responder.* Y sin embargo, es esta ausencia de respuesta la que convendría: frente al mal es inútil buscar causas, razones, argumentos, una lógica, excusas... ¿Por qué mató Caín a Abel? Explicar que fue por envidia es cometer una doble falta: en primer lugar es entrar en la lógica del mal, encontrándolo normal, casi justificable; después es mucho mejor entrar en él que, describiéndolo como si estuviéramos fuera, creernos libres de él. Decir: «Es un efecto conocido de la envidia» o bien «fue Caín el que, por envidia, hizo eso», es ya decir mucho. Frente al escándalo del mal, lo único que podemos hacer es levantar dolorosamente acta: «Sí, es verdad, ¿por qué mató a su hermano?» No tenemos palabras para hablar de ello: solo tenemos ojos para llorar. Por ello solo tenemos alguna posibilidad de mantener el mal a distancia.

El padre Job, como podemos imaginar, no lleva este nombre por azar: a la cuestión que le plantea Anatoli, el que

---

*Paradójicamente,  
es muy valiente  
«no tener ojos más  
que para llorar».*

---

---

*Extrañarse  
incansablemente  
del misterio del mal.*

---

cada día, solo en su isla, llora el mal que ha hecho, el padre Job se aprestaba a responder como de paso, para mostrar su saber, en lugar de extrañarse incansablemente del misterio del mal como lo hace el Job del Antiguo Testamento. Solo esta extrañeza autentifica que el espíritu de la niñez no nos ha dejado. Si un día nos acostumbramos a dar cuenta del mal, es que ha desaparecido totalmente algo de nuestra preciosa inocencia. Con el mal solo cabe tener la «sorpresa dolorosa» de la que habla Georges Bernanos, la que experimentaría una mirada perfectamente inocente si se posase sobre nuestro mundo de violencia. Todo lo que no pertenece a esta sorpresa y a este dolor es superfluo.

-----

La prueba no exige en primer lugar una solución. Exige que seamos sensibles a ella, disponibles: ¿cómo salir adelante si comenzamos negando que hemos tocado fondo? Al intentar consolar a cualquier precio, encontrar soluciones a los problemas que sufren los que amamos, corremos el riesgo de privarlos de este tiempo del que la vida tiene necesidad para recrearse y rehacerse. Hay que «dar tiempo al tiempo», decimos a veces. En el capítulo siguiente veremos la sabiduría que hay en esta expresión, ya que no la entendemos como una resignación al mal, porque el arte de esperar es la confianza puesta en la vida.



*El pequeño hombre y la montaña*  
FABULA EN CINCO CUADROS

2

...He aquí al pequeño hombre lanzado  
a la conquista de la montaña.  
El primer puerto no fue el más  
difícil: no era abrupto. Pero  
pronto hubo que aventurarse sobre  
terrenos más pendientes...



# 3

TIEMPO AL TIEMPO



## ¿DEJARSE HACER?

*En primer lugar, hemos decidido  
dejar salir el grito y correr las lágrimas*

No pedir paciencia al que sufre. Las lágrimas producen un cierto cansancio: llorar es cansado, gritar es extenuante. Sería demasiado agotador estar incesantemente a la altura de nuestros sufrimientos. En-

tonces la vida, poco a poco, retoma una parte de su curso. ¡Horror! ¡Mi estómago siente hambre cuando este duelo me ha quitado hasta las ganas de vivir! ¡Este trabajo debe proseguir cuando me repongo de una violenta disputa! Preferiríamos a veces estar en el ojo del huracán: ¿llorar al ser querido no es honrar su memoria?

Sí, pero aceptar la prueba no es solo recibir el golpe sino aguantar también el hecho de que haya que continuar, a pesar de ella: seguir levantándonos, lavándonos, viviendo y comiendo. La prueba es negra en un primer momento. Un día será blanqueada, lavada con las lágrimas que se han derramado sobre ella. Mientras tanto, es gris: por una parte

---

*Sería demasiado  
agotador estar  
incesantemente a la  
altura de nuestros  
sufrimientos.*

---

---

*Hay que aceptar  
dejarse esculpir por  
los golpes de la vida.*

---

nosotros estamos todavía ahí, puesto que no nos ha exterminado, puesto que no hemos muerto de pena; por otro, no hemos salido todavía de ella; hay que resistir con esta pérdida. Sí, es esto: la prueba es gris como la grisalla de los días que la siguen.

Ahora bien, ¿cómo seguir en este entre-dos desagradable? La primera de las leyes es esta: cuando no se puede vencer, hay que resistir. Cuando no se puede crecer, por lo menos no hay que disminuir mucho. Para esto hace falta resistencia, pero no solo: la esperanza es aquí primordial. Trabajar la paciencia de la prueba es, en efecto, entender de antemano qué desenlace aporta, tan lejano por el momento que lo creemos imposible. Trabajar la paciencia de la prueba no es soportar heroicamente sin tropezar: es dejarse trabajar humildemente por la prueba. «Dejarse hacer», en el sentido fuerte de la palabra «hacer»: hay que aceptar dejarse esculpir por los golpes de la vida, cuando ya no podemos oponerle ninguna resistencia.

«Dejarse hacer», la expresión me parece buena y por eso no me gusta esa otra expresión: «hacer su duelo». Esta expresión indica desasosiego. Un duelo se vive y, al contrario de los frutos del trabajo humano, no llega a ningún producto acabado: cuando el duelo se hace poco a poco es que la relación con el ser amado se prolonga, sigue escribiéndose, pero el tono menor del desgarramiento se sustituye poco a poco por el tono mayor de los buenos recuerdos. Nada ha acabado: todo sigue. Ahora bien, en esta historia de nuestro duelo, no somos nosotros los que lo hacemos, sino que es él el que nos hace. Lo único que hay que hacer, en los momentos

dolorosos de la pérdida, es no añadir mal al mal: no echar, por ejemplo, alcohol sobre el sufrimiento de la pérdida. Porque entonces las heridas se confundirán y no se sabrá ya lo que está patológicamente unido al alcohol y lo que está trágicamente ligado a la pena. No añadir mal al mal sino dejar hacer.

---

*El duelo, no somos nosotros los que lo hacemos, sino que es él el que nos hace.*

---

### ¿Qué es el tiempo?

Esperar es dejar hacer al tiempo. ¿No es la peor de las dimisiones? No. Porque el tiempo que pasa es la vida que busca un camino para colarse y correr de nuevo. La evolución biológica lo muestra claramente: el tiempo es solo este inmenso esfuerzo de la vida por abrirse un camino entre los miles de muertes posibles: ahí está la vida, alentando la materia, obteniendo de ella aletas, una piel, alas o pétalos; ahí está irguiéndose en la flor, volando en el pájaro, palpitando en el corazón y en el pensamiento del hombre. El tiempo es el arte de la vida para encontrar continuamente soluciones a los obstáculos que se presentan, con el fin de obtener, del medio o de la materia de la que están hechos los cuerpos, lo que la hará crecer. «Dar tiempo al tiempo» no es una vana tautología (como cuando se dice: «un gato es un gato»). Dar tiempo al tiempo es dar a la vida el tiempo de resurgir.

Lo mismo que cuando dormimos: nuestro cerebro trabaja en ordenar la experiencia del día. La mayor parte del tiempo nos gustaría dominar la prueba y no dormirnos: sin embargo es el sueño el que repara. Es la noche la que trae el

---

*El tiempo que pasa  
es la vida que busca  
un camino para  
colarse y correr  
de nuevo.*

---

consejo. Hay que dejarla hacer y dormirse. Hay que dejarla que nos rehaga.

### El arte de concluir el día

Las manos del niño dormido están abiertas. Sus brazos están relajados. Los rasgos de su cara, tan expresiva unos minutos antes, están perfectamente distendidos. Todo su ser está abandonado. «En los brazos de Morfeo», se dice: para dormir, hay que aceptar que el mundo no descansa sobre la propia persona. Hay que dejar este mundo en manos de otros hombres, en aquellos para los que el sol, todavía rojo, hace surgir un nuevo día. Puesto que el sol aparece al otro extremo del mundo, cuando se pone aquí estoy autorizado a creermelo libre de mis deberes y de mis penas. La alegría surge actualmente en otros días, el sudor del trabajo perla otras frentes. El despertador suena para los papás, los estudiantes, los policías, las amas de casa y los jardineros de otro hemisferio. A mí, que he tenido hoy mi lote de pruebas, no me queda más que dormir. Para reposar, hay que deponerse, como se «depone» a un rey: dimitir, un tiempo, de nuestras funciones, del dominio que tenemos, o que creemos tener, sobre las cosas.

«A cada día le basta su afán», recuerda Jesús a sus discípulos. Para no trasladar la pena de este día al siguiente, tenemos que aprender de nuevo a concluir la jornada. Esto es mucho más difícil en un mundo que, como el nuestro, no evoluciona ya según un tiempo simbólico. Ya no sabemos perder nuestro tiempo, abandonar el día, porque hemos perdido su dimensión cósmica: al día no sigue ya la noche, pues-



to que las tiendas están abiertas las 24 horas; la noche no puede acabar este día del que mi pantalla de ordenador, con su conexión ilimitada, imita la luz arrojándola sobre mi rostro.

---

*Para reposar, hay que deponerse, como se «depone» a un rey.*

---

Hasta que yo caiga de sueño. Pero caer de sueño, no es concluir una jornada: es no poder hacerla durar más.

Concluir una jornada es, seamos creyentes o no, remitir al más fuerte que nosotros mismos (a Dios, a la vida, a la esperanza que habita en todo hombre) las preocupaciones que hemos tenido durante la jornada. Es tomar un tiempo que no sea más que presencia, para decir «adiós» a este día. «Adiós», sí, puesto que nos desprendemos de estos problemas de los que solo el futuro podría decirnos si eran tan serios como nos gusta creer. «Adiós» también porque este día no volverá: si la prueba está ahí todavía mañana, yo la veré a la luz de otro día, la afrontaré, más reposado ya, un día más viejo, es decir, más cerca de la sabiduría que corresponde a los hombres experimentados.

### ¿Dejarse ir?

La paciencia en la prueba es, pues, la confianza puesta en la vida. Así, decir que hay que «hacer su duelo» es poner como modelo de paciencia a esos niños que juegan con su herida, la manosean con sus dedos impacientes para que se cierre más rápidamente, con el riesgo de infectarse. Por eso cuando nos cortamos, hay que desinfectar, después *dejar hacer*. La cicatrización es la prueba de que la vida que nos anima es más inteligente que nosotros: la cicatrización se

---

*Un día más viejo,  
es decir, más cerca  
de la sabiduría  
que corresponde  
a los hombres  
experimentados.*

---

parece en esto al duelo que se hace en nosotros, lentamente. Tener confianza en la vida, es no mantener la mano sobre el mal, no querer precipitar su fin.

Dicho de otra manera, dejarse hacer no es aquí dejarse ir: abandonarse con confianza en esta vida que nos anima desde

nuestra concepción, que hasta el momento ha sabido indicarnos tan bien lo que es bueno para nosotros, es incluso lo contrario de dejarse ir. Todos los padres, los orientadores, los confidentes saben que hay que luchar contra el dejarse ir: «¡No te abandones! ¡Vales más que eso! ¡Esas horas pasadas sin hacer nada más que odiarte indolentemente, herirte, hundirte en tu sofá, no son dignas de ti! ¡La posición horizontal es para los muertos!» Pero esta lucha legítima contra el dejarse ir debe saber también que hay un tiempo para todo: que cuando nos recuperamos demasiado deprisa, nos desinflamamos enseguida. Que hay un tiempo de convalecencia durante el cual dejamos que la vida se rehaga. Y que, para esto, hay que dejarla hacer.

El filósofo alemán de la alta Edad Media, maestro Eckart, recogió la disponibilidad al trabajo discreto de la vida que yo llamo «paciencia», la decisión que tomamos de no ponerle trabas, en una palabra: *Gelassenheit*. Este término designa la actitud con la que me desprendo de mí mismo para dejarme decir la frase que realmente necesito, cuyas palabras serán para mí verdadero alimento. La *Gelassenheit* es la escucha paciente de la vida, con el fin de que su discreto susurro, ahogado por el dolor, se haga poco a poco más presente para anunciar finalmente el torrente que, horadando la tierra, me lleve de nuevo al mundo. Por el momento, sin duda, una espesa capa de hielo recu-

bre esta vida. Su agua no deja de estar viva en lo profundo. ¿De qué sirve apresurar la primavera en pleno invierno? Porque si se mira bien, el día se alarga; poco a poco se hace más largo. El canto de los pájaros la acoge más frecuentemente. El hielo comienza a fundirse. Basta con dejar ser.

---

*Cuando nos recuperamos demasiado deprisa, nos desinflamos enseguida.*

---

### La prueba que no pasa

Basta... ¡Pero es lo más difícil! Porque sucede también que a veces la espera no es signo de nada: que el minuto que sigue al precedente, lejos de separarnos poco a poco del epicentro de nuestra prueba, nos mantiene en él con fuerza. El golpe recibido, en lugar de hacerse sentir menos, parece entonces como redoblado por el martilleo de los segundos. Comenzamos de nuevo sin cesar, resbalando de una ladera a otra, sin fin. Y el túnel no tiene final.

Como en el poema del surrealista Henri Michaux, algo parece «remar» contra nuestra vida, algo que se dedica metódicamente a anular el mínimo esfuerzo que hacemos. En *Je rame*, Henri Michaux tuvo el genio de personificar esa fuerza enemiga de toda fuerza, da la palabra a esa potencia que reduce toda potencia a nada. Si supiese hablar, esta anti-vida que cada mañana nos impide despegar, diría esto:

«Puse un charco en tu ojo que ya no ve  
un insecto en tu oreja que ya no oye  
una esponja en tu cerebro que ya no comprende

[...]No puedes huir  
 no tienes ningún hormiguelo en la punta del pie  
 tu cansancio pone raíces de plomo en tu cuerpo  
 tu cansancio es una larga caravana  
 tu cansancio llega hasta el país de Nan  
 tu cansancio es inexpresable  
 [...] El mundo se aleja de ti  
 Yo remo  
 yo remo  
 yo remo contra tu vida  
 yo remo  
 Yo me multiplico en remeros innumerables  
 para remar con mayor fuerza contra ti  
 Caes en lo impreciso  
 estás sin aliento  
 te cansas aun antes de hacer el menor esfuerzo  
 Yo remo  
 yo remo  
 yo remo»

---

*El golpe recibido  
 parece entonces  
 como redoblado  
 por el martilleo  
 de los segundos.*

---

El talento del poeta consiste en poder captar en palabras lo que excede a toda palabra. Charles Baudelaire habló de tedio, que describió como «el más temible» de los vicios: «haría con placer de la tierra una ruina / y en medio de un

bostezo se tragaría al mundo», escribe en el poema *Al lector* de las *Flores del Mal*. Georges Bernanos asocia este abismo, que bosteza bajo nuestros pasos con el fin de tragarlos uno a uno, al polvo que, recubriendo todo, acaba pesando más

que lo que nosotros podemos levantar. La imagen está bien traída: un polvo, como la languidez de los días cuando ya no tenemos el valor de hacer la limpieza; un polvo, como el que tendremos que ser un día de nuevo («Todos vienen del polvo y todos vuelven al polvo», dice el *Eclesiastés*), de tal suerte que todo sería finalmente vano:

«Vamos y venimos sin verlo, lo respiramos, lo comemos, lo bebemos, y es tan fino, tan tenue, que ni siquiera cruje entre los dientes. Pero si nos detuviésemos un instante, recubriría nuestra cara y manos. Debemos movernos constantemente para sacudir esta lluvia de cenizas. Así pues, el mundo se agita mucho».

Sí, el mundo se agita para engañar al tedio, para *engañar al enemigo*, porque una vez caído entre sus garras flexibles y viscosas, ¿cómo salir de ellas? La psicología que ha dado a este mal inmemorial el nombre de «depresión», confiesa su impotencia: una vez entrado en este pasillo de múltiples puertas cuya semejanza os quita de antemano las ganas de abrirlas, ¿qué se puede hacer, en concreto, sino sentarse y esperar la muerte?

Los monjes del desierto llamaban «acedía» a esta cruel ausencia de perspectiva. La acedía, en la espiritualidad de los primeros Padres de la Iglesia, era la peor de las trampas en la que el monje podía caer. La palabra griega de la que procede «acedía» puede traducirse por «indiferencia»: es una ausencia de gusto que daña todo. No es una casualidad que el viejo nombre de la depresión designe un mal monástico: porque si el monje se ha retirado del mundo para purificar sus deseos, corre entonces el riesgo terrible de *purificarse del deseo*, es decir, de no desear nada. La disciplina del cuerpo y del espí-

---

*¿Cómo luchar  
contra la muerte  
del deseo cuando  
tal lucha supone  
ya el deseo?*

---

ritu, al hacerlo indiferente a los deseos vanos, podría hacerlo indiferente a todo deseo: el desierto, en lugar de ser el decorado propicio para sus oraciones y combates espirituales, se interioriza. Nada, ni siquiera Dios o el amor que nos empuja hacia

nuestro prójimo, tendrá entonces dominio sobre su alma.

La cuestión, compleja y abismal, es la siguiente: ¿cómo luchar contra la muerte del deseo cuando tal lucha supone ya el deseo? ¿Cómo entrar en rebelión contra la indiferencia en la que todo se ahoga cuando esta rebelión sería ya el signo de haber salido de ella? Está claro: la depresión, la acedia, la indiferencia al mundo, el tedio, o sea cual sea el nombre que se le dé, no es un enemigo como los demás. Nos gustaría devolverle el golpe que asesta a nuestra vida, pero nuestro puño, si no muere por ser demasiado pesado de levantar, solo encuentra una pasta flexible en la que se hunde más.

La particularidad de la prueba de la depresión es que su dureza proviene de la blandura que recubre todo. Es una almohada blanda, en los cuatro ángulos de la habitación en que estoy encerrado. Es la invitación insistente a dejar dormir mis promesas de hombre. Esta prueba es en efecto invisible como el polvo, silenciosa como su lento depósito, muda como un enemigo interior, pero perversa como esa mala voz que, segura de sí misma, anuncia de antemano el fracaso de todo lo que emprendo. Una prueba, en suma, sin brillo, sin campo de batalla: pero esto es precisamente lo que la hace tan terrible.

¿Cómo podemos salir de ella? Lo propio de la depresión es precisamente hacer creer que no saldremos de ella. Nos encontramos con personas que dicen: «He pasado por ello». Sí,

pero yo no paso: yo estoy pero me quedo, eternamente. Yo estoy y recaigo. La mejor solución ya pasó, como una ocasión malograda: hubiera sido la de no haber entrado nunca. Es preciso sin duda que yo me pregunte:

¿cómo he llegado a esto? ¿Cómo he podido dejar que mi vida se vacíe hasta este punto de las palabras que la hacen vivir? ¿Cómo volver de nuevo a la evidencia de vivir? ¿Por qué se han agotado las fuentes de mi alegría? ¿Dónde está el hilo que, en otro tiempo, me unía al hombre? Pero estas preguntas también revelan mi debilidad: cuanto más pertinentes son, más me hunden. ¿Qué hacer entonces?

Nada, justamente, y en esto consiste la paciencia: es la acción de no hacer, de acompañar la imposibilidad de hacer. Contentarse con hacer día tras día, si es posible, cuando lo sea, los gestos cotidianos. Sobre todo no esperar la curación inmediata. No mirar más allá del final de ese gesto que hay que realizar para seguir limpio, y que la casa esté limpia. Entrar así en una perfecta obediencia: no sé exactamente por qué hago esto, y después lo otro, pero lo hago. Cada camisa planchada, cada una de las sonrisas que vamos a buscar en el fondo de no sé qué abismo para agradecer las de la panadera, cada tarde pasada sin haber descendido demasiado bajo en los infiernos íntimos: cada una de estas pequeñas cosas es ya una victoria.

## Kairos

«¿Una victoria? ¡Pero si todavía no es nada!», nos dice esa voz que rema contra nosotros. «Pero ya es eso —debo

---

*Pero estas preguntas también revelan mi debilidad: cuanto más pertinentes son, más me hunden.*

---

---

*Ese rodeo es  
también un camino.*

---

replicarle—. No, no es nada: una pequeña nada, y la vida se gana con las pequeñas nadas», podríamos añadir incluso, para cerrar el pico a esta voz:

«Lo que ignoras, tú que remas contra mi vida, es que la vida, en mí, busca discretamente pero con seguridad un paso hacia la luz: puesto que no estoy todavía muerto, estoy en vida. “*En vida*”, es decir, como lo sugiere la expresión, en su corazón que late. Sí, es verdad, este corazón se ha hecho discreto, te lo admito. Ya no late tan fuerte. Pues bien, solo nos queda decir que está de vacaciones, o en barbecho, como los campos que se dejan sin cultivar para mejor confiarles, a continuación, las nuevas siembras.

—De acuerdo, tú te curas quizá dejando hacer a la vida, admite la mala voz. ¿Pero para qué? ¡Mira todo ese tiempo gastado en perderte! ¿Tu vida no ha perdido demasiada energía y tiempo en cuidarte?

Hacer el recuento de los años pasados en un túnel es, en efecto, desesperante. Por esto se responderá todavía, y con aplomo:

«Hace dos, cinco, diez años que se ha hecho de noche: ¿es tiempo perdido? Lo sería si el tiempo no fuera más que un descuento de años. Pero es, sobre todo, la página en que se escribe la historia de nuestras vidas. Así ese gran rodeo que he hecho, exiliado, lejos de todo, solo para sobrevivir, el aliento y la palabra cortados, ese rodeo es también un camino. Él también, a su extraña manera, me ha llevado a Roma, adonde llevan todos los caminos. Es posible incluso que yo haya llegado con unas piernas más entrenadas porque han caminado más».

Por decirlo de otra manera: toda vida comienza hoy. Quizá conozcáis la expresión inglesa: «Today is the first day of



the rest of your life» («Hoy es el primer día del resto de tu vida»). Para salir del pantano del tedio tenemos que declarar un día, aunque estemos todavía

enredados en él, que lo más duro ha pasado y no sirve de nada volvernos para verificarlo: ¡adelante!

El libro del *Génesis* nos dice que la mujer de Lot fue transformada en una estatua de sal por haberse vuelto hacia la ciudad que abandonaba. Encontramos la misma historia en la mitología griega: Orfeo pierde a su amada, Eurídice, al volverse hacia el camino de los infiernos por el que ha ido a buscarla. No es quizá más que un consejo en este mundo infernal de la depresión: ¡en cuanto hay un claro, en marcha! La noche en que estamos metidos deja a veces entrever un hilo de luz: un buen rato pasado con un amigo, una música que, sin esperarla, se ha colado en nuestro corazón. La aurora no está lejos, hay que ponerse en camino.

Está también lo que los griegos llamaban con un nombre que no tiene equivalente en nuestra lengua: el *kairos*. El *kairos* es el momento oportuno: antes de él, es todavía demasiado pronto; después de él, es demasiado tarde. El concepto fue ideado sin duda por Aristóteles, pero la palabra se utilizaba en el ámbito de la medicina para determinar el momento propicio para la prescripción de un remedio, o de la estrategia militar, para designar la decisión que se toma de lanzar la ofensiva en el buen momento. En cocina, es el momento oportuno para añadir determinado ingrediente, para poner a fuego lento, etc. Por lo que respecta a nosotros, es la llamada del instante a la que hay que responder: el claro en el que hay que entrar.

---

*¡En cuanto hay  
un claro, en marcha!*

---

---

*Lo mismo que no  
existe escala objetiva  
del dolor, una misma  
prueba no nos afecta  
a todos con  
la misma fuerza.*

---

### No volver a tragar

La prueba del tedio, de la depresión, de la acedía es, como hemos dicho, una de las peores que hay. Sin embargo puede surgir una objeción: ¿cómo saber cuál es la peor de las pruebas? ¿Hay una escala

de súplicas? Es cierto que no: el duelo de uno no tendrá la amplitud ni la longitud del de otro. Lo mismo que no existe escala objetiva del dolor, una misma prueba no nos afecta a todos con la misma fuerza.

Sin embargo, hay que confesar que, si no hay pruebas despreciables, hay unas más pequeñas que otras: negar esto es hacer como si todo fuese lo mismo. También tengo una segunda objeción contra la expresión «hacer duelo». Como hemos visto, no solo vivimos el duelo, lo padecemos, no lo hacemos. Pero también porque esta expresión se emplea hoy de manera indiscriminada: se habla de hacer el duelo por el apartamento, por el trabajo, por ese jersey que no hemos podido comprar...

Es cierto que hay pérdidas que se parecen a las de los seres que amamos: en el culmen de una pena de amor, nada parece más improbable que sobrevivir a ella. Pero incluso el caso más doloroso de la desesperación amorosa difiere del duelo propiamente dicho: porque es precisamente el hecho de que el otro siga viviendo lo que hace en este caso tanto daño. Si vive en el momento presente, lo hace sin nosotros, con otro, sin pensar siquiera en nosotros: esta es la tortura que sufren los amantes en pena.

Cuidémonos, por lo demás, de igualar todo: poner en un mismo plano el apartamento que dejamos y el amigo muer-

to. «Pero, se replicará, ¿hablar de duelo a propósito de un trabajo o de una oportunidad cualquiera, no es hacer, en el corazón de la vida, un lugar a la muerte?» Es por el contrario haber olvidado, en una vida sorda a todo lo que no es ella, lo que es la muerte: una sociedad que olvida la muerte, la relega a los hospitales, entre el cuarto de la basura y el parking, acaba olvidando que un duelo es una experiencia tan dolorosa que no admite ninguna comparación.

---

*Una sociedad que olvida la muerte, la relega, acaba olvidando que un duelo es una experiencia tan dolorosa que no admite ninguna comparación.*

---

Para defender la extensión del vocabulario del duelo a todas las pérdidas diremos que «partir es morir un poco»: dejar el pueblo natal o el empleo, es morir a ellos. Pero añadimos nosotros que *morir es partir demasiado...* y no volver. Cuando toda partida implica la espera de reencuentros, la experiencia del duelo requiere que esta espera se convierta en esperanza, es decir, en algo más insensato, más fuerte, algo que el latín de los teólogos expresaba con una fórmula profunda: *«contra spem in spe»*. «Esperar contra toda esperanza»: esto es la esperanza.

Presentimos que en este caso se trata de franquear un umbral: los reencuentros esperados implican nuestra fe en un orden de realidad que sobrevive a la relación vivida, que va más allá de ella. Se asientan en la frágil esperanza de que el otro que amamos y que ha muerto esté todavía ahí, pero de otra manera. Para llegar a ello hay que entender la ausencia como una modalidad misteriosa de la presencia. Hay que dejarse dominar por esta idea reconfortante: aquella o aquel

---

*Entender la ausencia  
como una modalidad  
misteriosa de  
la presencia.*

---

que amamos hasta su partida fue en nuestra vida una promesa tan bella de felicidad que algo en nosotros sabe que se mantendrá. Amar, decía el filósofo francés Gabriel Marcel, es decir: «No morirás». El amor, el verdadero amor, el que dice «Te amo», no tiene edad: presta al ser amado tal densidad de existencia que se la siente capaz de sobrepasar la nada. El recuerdo que lo hace volver a nosotros es una memoria viva, que recoge una historia enriquecida por lo que fue vivido y que se enriquece todavía, a medida que este recuerdo crece con nosotros.

Vemos que el jersey que no nos hemos podido comprar no moviliza los mismos impulsos, con la misma fuerza. Por decirlo con un juego de palabras: no hay que volver a tragarse la cólera o la pena, no hay que tragarse tampoco la prueba del duelo al nivel de experiencias menos dolorosas. Acoger la prueba es aceptar de antemano que hay pruebas que no son comparables con ninguna otra.

«Sea»

Entre las huellas que el duelo ha dejado en la literatura, hay una carta que se puede leer en el *Journal* de Léon Bloy. Léon Bloy era un católico ferviente, convertido tarde después de una historia de amor apasionada con Verónica Roulé, una prostituta. Se lo clasifica generalmente entre los escritores «fin de siglo», tal como se los denomina a estos hombres de la segunda mitad del siglo XIX que las revoluciones francesa e industrial habían vuelto escépticos, incluso claramente

desconfiados: ¿estaba tan claro, preguntaban cada uno a su manera, que el siglo XX sería el de la concordia de los pueblos, reunidos en torno al «milagro» del gas en todos los pisos? Entre ellos están, naturalmente, Charles Baudelaire, pero también bellas plumas aceradas: Barbey d'Aurevilly, Villiers de

---

*Con el fin de desplegar  
en el corazón de la  
prueba la fuerza  
que ella exige, es  
preciso, en un  
momento cualquiera,  
decirle «sí».*

---

l'Isle-Adams, Joris-Karl Huysmans... Léon Bloy no fue el menor de estos enrabiados de corazón tierno, de estas almas a la vez combativas y llenas de lágrimas, tan fácilmente zozobranes por la emoción estética.

El fervor de Léon Bloy estuvo sin duda a la altura de sus sufrimientos: víctima, por parte de los críticos literarios de su tiempo, de lo que él llamará «conspiración del silencio», lo fue, también, de la miseria. A esta debe la muerte de sus dos hijos. A la edad de 49 años debe soportar un golpe de su terrible suerte. El 12 de noviembre de 1895, escribe a su amigo Henry de Grou: «¡Henry, estoy borracho perdido de pena, de cansancio y espanto! ¡Hace más de sesenta horas que estoy más o menos solo para cuidar de mis dos pequeños hijos y de su madre, sin comer, sin dormir, acribillado por el dolor y sin dinero!» ¿Va a perder no solo dos hijos sino también a la que ama? «¡Soy el yunque en el fondo del abismo... El yunque de Dios, en el fondo del abismo!», añade, como para concluir la carta... Pero entonces parece que se da un vuelco: «Sea —escribe—. Es una situación para clamar ante Él».

Este «sea» es un «amén», un «así sea», un «de acuerdo». De acuerdo... ¿pero cómo estar de acuerdo con una situación tan horrible y bendecirla? Sin embargo, tiene que estar-

lo para poder seguir prestando los cuidados necesarios a sus hijos y a su mujer, por no poder pagar un médico. Con el fin de desplegar en el corazón de la prueba la fuerza que ella exige, es preciso, en un momento cualquiera, decirle «sí». Hay que destacar esta carta, que es una queja desgarradora, por la resolución de volver, con las mangas remangadas.

Este «Sea.», con su punto final, recuerda otra aceptación, de otra alma profunda: en la esquina de la partitura de *El cuarteto de cuerda n.º 16 en fa mayor*, se encuentra esta frase garabateada por Beethoven «Muss es sein? Es muss sein». «¿Tiene que ser esto? ¡Pues bien, que sea!» No sabemos qué prueba aceptaba Beethoven con ello. Podemos reapropiarnos mucho mejor de la pirueta interior que describe, este súbito paso de la resistencia desesperada que oponemos al curso de las cosas al consentimiento para dejarnos guiar por él, con el fin de abrirnos paso en el corazón de la prueba.

Este «Sea.» de Léon Bloy tiene pues su sabiduría. Nos permite entender la continuación: «Es una buena situación para clamar ante Él». Lo hemos visto, en efecto: ¿cuántos salmos han sido escritos desde esta situación en la que nada parece posible? La magia del salmo es reconciliar el ser que lo profiere, que lo canta o que lo grita, con su propio desgarramiento: la queja, al subir de lo profundo del corazón, es arrancada al silencio en que se encierra. Al convertirse en canto o poema, al «clamar», dice Léon Bloy, deja de envenenarse a sí misma, de volver sobre sí misma, de lanzar sobre ella su propio veneno. «Es una buena situación para clamar ante Él»: es incluso en lo más profundo de este abismo donde hay que aprender a clamar, a falta de poder recuperarse inmediatamente.

## Todo cuanto sucede es adorable

Pero Léon Bloy añade antes de firmar su carta una línea que, por la sumisión a la suerte que expresa, tiene algo de inquietante: «Todo cuanto sucede es adorable —escribe—, perfectamente adorable, y yo estoy ahogado en lágrimas...» ¿Cómo es posible decir: «Todo cuanto sucede es adorable»? ¿Sería Léon Bloy masoquista?

Es lo que he pensado personalmente, en un primer momento, al leer estas líneas. Hay en esta fórmula algo altamente mórbido: su adhesión al propio sufrimiento y al de los suyos parece al menos tan inhumano como la prueba que él debe soportar. Mórbido también, porque da la impresión aquí de que Léon Bloy hace de su fe un medio de esquivar el golpe: Dios lo ha querido, por tanto, es adorable. Dan ganas de exclamar: «¡Es demasiado fácil!» O más exactamente: «¡Es demasiado fácil que no sea demasiado duro!»

La fe, en mi opinión, no tiene que librarnos de los golpes de la fortuna. Al contrario, san Pablo dice: «Llorad con los que lloran». El entierro cristiano no prohíbe las lágrimas: si es bello, las suscita incluso. Si la fe fuera una especie de *airbag* existencial, que me permitiera ignorar lo que todo hombre sufre, personalmente no la querría: ¿cómo me daría ella el amor por el prójimo si yo no pudiera acercarme a él por su culpa? En la perspectiva cristiana, que es la de Bloy, ¿no hay que señalar que el mismo Jesús lloró la muerte de su amigo Lázaro?

Observad, el mismo Léon Bloy no se lo prohíbe: «...y estoy ahogado en lágrimas», confiesa. La fe en su Dios es quizá algo distinto de esta «manta-desdicha» que lo pone por encima de

---

*La fe, en mi opinión,  
no tiene que librarnos  
de los golpes de  
la fortuna.*

---

---

*Una solución  
de la que no sabemos  
todavía nada, pero  
que vendrá quizá.*

---

nuestra condición. Para convenirse de ello, hay que estar atento al sentido de la frase «Todo cuanto sucede es adorable». Y tener en cuenta en primer lugar que no dice «Todo está bien en el mejor de los mundos».

La fuerza de esta frase, su amplitud, es tener en ella espacio y tiempo. Tiempo, en primer lugar: Léon Bloy no dice que todo debe ser aquí y ahora adorado, tenido por bueno y perfecto. El prefijo «-able» en «adorable» se puede entender en el mismo sentido que «es factible», en el sentido de una solución de la que no sabemos todavía nada, pero que vendrá quizá. La frase de Léon Bloy es una llamada a la paciencia, tal como hemos definido la paciencia, a la confianza: tiempo al tiempo.

Y además, ¿qué significa «adorar»? ¿Es adherir, aquí y ahora? No exactamente. Yo he conservado del catecismo aprendido durante la infancia pocas cosas: demasiados mandatos de ser sencillamente amable, cuando el niño que yo era soñaba con la caballería. Me acuerdo sin embargo de esa tierna prevención a la que mi madre nos invitaba: cuando una de mis hermanas o yo mismo declarábamos «adorar las hamburguesas», mi madre corregía: «Te gustan mucho las hamburguesas», sobreentendido: «Solo se adora a Dios». Lo recuerdo. Mi hijo mayor, con sus siete años, menos dócil de lo que yo era a su edad, protesta: «¿Si yo adoro las hamburguesas, por qué no decirlo?» Intentar responderle me ha obligado a preguntarme lo que quiere decir «adorar», a comprender que no es «amar mucho».

Afortunadamente Léon Bloy no dice que él «ama mucho» lo que le sucede. Adorar es más bien contemplar. Es encontrar plena y entera satisfacción en la existencia del ser que se mira: su presencia nos basta. Así los católicos ado-



ran la hostia consagrada, en lo que llaman «adoración eucarística»: en la custodia hay un trozo de pan, Dios en la tierra. El abajamiento de Dios a una simple presencia requiere la mía, discreta, reverencial, recogida. «Imagina —digo a mi hijo pequeño—, lo que sería la cola en los *fast-food* si se “adorasen las hamburguesas”. Imagina: “Una hamburguesa de cebollas, por favor”. Y allí, en lugar

de un sirviente en patines, aparecen dos sacerdotes, uno agitando el incensario, el otro cuidando religiosamente cada uno de los gestos. “¿Es para llevar o para contemplar aquí?”, preguntaría el monje-cajero con devoción. Porque habría en este *fast-food*, rebautizado *slow-food*, hombres que habrían velado toda la noche delante de la hamburguesería en adoración...»

¿Qué es pues, finalmente, adorar? Hay en este acto una dimensión espacial: contemplamos sin tocar, sin poner la mano, sin hacerlo propio y sin comprender necesariamente. Cuando Léon Bloy dice: «Todo cuanto sucede es adorable», no olvida quizá que el sentido requerido por la adoración es la vista, no el gusto ni el tacto, que esta supone una cierta distancia. En un primer momento hay pues una sabiduría en esta fórmula brutal. Teniendo en ella espacio y tiempo, parece decirnos: «Un día, tú estarás a la justa distancia de tu prueba: ni demasiado cerca, como el día en que ella te arranca un grito; ni demasiado lejos, como si pudieses ser indiferente a ella: un día, su sentido será revelado. Y por el momento: paciencia».

---

*Un día, tú estarás  
a la justa distancia  
de tu prueba: ni  
demasiado cerca,  
como el día en que  
ella te arranca un  
grito; ni demasiado  
lejos, como si  
pudieses ser  
indiferente a ella.*

---

-----

Cuando llegue finalmente el día en el que se saque la cabeza del agua, sea porque un aumento de energía se apodere de nosotros de golpe, sea porque el nivel del agua en el que nos estábamos ahogando descienda de golpe, podremos ponernos a pensar la prueba. El fruto de la paciencia es este: habernos mantenido de pie, no haber añadido mal al mal; tan pronto como el agua desciende, la cabeza sale más deprisa. Se pueden discernir entonces las voces que nos llaman: unas al desánimo, otras a resurgir. El capítulo que sigue traza pues una tercera etapa en la historia de nuestras pruebas; después del grito, después de la espera, viene el discernimiento.

*El pequeño hombre y la montaña*  
FÁBULA EN CINCO CUADROS

3

...Valientemente, el pequeño  
hombre llega a una buena  
altura. Casi ha caído  
por dos veces ya. Pequeñas  
piedras han despellejado sus rodillas.  
Cuando no puede más,  
mira los pájaros del cielo...



# 4

## EL TIEMPO DEL DISCERNIMIENTO



## ESPERAR TODO DE LA VIDA

*Como se ha dicho, no es posible discernir en un primer momento: el sufrimiento anula a menudo hasta la capacidad de ver con claridad.*

Pero el discernimiento acaba por llegar: sin él cometeremos siempre los mismos errores, alimentaremos siempre las mismas ilusiones, daremos la espalda a la prueba más de lo necesario. Tenemos que saber esperar *en medio de* la prueba. Pero *para salir de ella* tenemos que aprender a no esperar de la vida lo que ella no puede, o no ha podido darnos nunca. El papel de la filosofía es precisamente invitarnos a reflexionar sobre nuestra experiencia del mundo, con el fin de articular mejor lo que nos es posible esperar. El genio del estoicismo fue concretamente enseñarnos a desear solo lo que está al alcance de nuestras manos.

Allí donde la sabiduría estoica es más concluyente es, sin duda, en el *Manual* de Epicteto. Epicteto era un esclavo que vivió en el siglo II después de Cristo. Este esclavo-filósofo confeccionó un día, con la ayuda de sus discípulos, un manual de sabiduría. El manual es lo que se tiene «en mano», lo que se tiene siempre «al alcance de la mano»: es originalmente un pequeño cuchillo de supervivencia, como el cuchillo

---

*No depende de mí  
morir un día,  
pero depende de mí  
vivir con sabiduría,  
mientras dure  
esta vida.*

---

suizo u Opinel. El manual estoico tiene, en efecto, como vocación ser útil y eficaz en toda situación: es lo que tenemos que llevar encima si queremos ser hombres en lugar de bestias. Contiene pues preceptos simples, y «descortez» la realidad de tal forma que podemos

verla con más claridad: así Epicteto distingue lo que depende de mí y lo que no depende. No depende de mí morir un día, pero depende de mí vivir con sabiduría, mientras dure esta vida. Lo que no depende de mí, debo aceptarlo: ¿para qué gritar toda la vida por el hecho de que esta se acabará un día? Por lo demás, en cuanto a lo que depende de mí, debo actuar lo mejor posible.

Ahora bien, la primera de las cosas que dependen de mí es lo que los estoicos llaman mi «juicio», o mi «representación», es decir, la forma en que yo capto las cosas. Si lo que me sucede, en tanto que me sucede, no depende completamente de mí, depende la forma en que yo *capto* lo que me sucede. La avería del coche, que nada dejaba prever, no depende de mí. Pero en esta pequeña prueba fastidiosa, depende de mí mostrar mi rostro más bello: tomar el asunto, en cuanto sea posible, con distancia, hasta con humor. Es llamativo ver cómo un acontecimiento toma una dirección u otra según se acepte o, por el contrario, se gaste la mejor energía en maldecirse a uno mismo: la avería del coche dará lugar en uno a una úlcera, a otro le permitirá simpatizar con el mecánico. Por otra parte, esto es una bonita prueba de la libertad humana: si nuestro poder sobre las cosas es limitado, el que tenemos sobre nosotros, en nuestra forma de tomar las cosas, es infinitamente mayor.



El método estoico es propiamente filosófico en cuanto parte de la esencia de las cosas, de su «naturaleza», e invita a nuestro deseo a no esperar de las cosas que sean distintas de lo que son por naturaleza. Fijaos en ese hombre que va a la piscina. Salpicado por los niños, se enfurece, los maldice y, al hacer esto, marca un gol contra su equipo, contra el campo de la humanidad. «Estar fuera de sí» es, en efecto, salir de los límites de nuestra humanidad: no se responde de uno, es decir, de ese grano de sabiduría que fue puesto en nosotros y cuya maduración depende de nuestro cuidado. ¿Pero cómo evitar que este hombre se ponga así? El *Manual* se dirige a él en estos términos: si depende de ti ir a la piscina, o quedarte en casa, no depende de ti hacer que la piscina no sea la piscina. Porque la piscina es, por esencia, por definición, un «baño público». Por tanto quien dice «baño» dice «agua». Y quien dice «público» dice «otro»: otras personas, otras generaciones, otros comportamientos. Ir a la piscina es pues, por naturaleza, correr el riesgo de ser salpicado: no hay escándalo en las gotas que recibes y, si lo pensamos, es absurdo enfadarse contra lo que hemos elegido.

En la vida, no se trata de *esperar todo*: sería irracional ir a la piscina con una armadura porque a veces un loco se baña con cuchillos en las manos. Pero se trata siempre de *esperar el todo*: el todo de la cosa que deseo. Contar con el otro y con el agua. Cuando nos vamos de vacaciones, hay que contar con los atascos, las caravanas y la recurrente pregunta de los niños,

---

*Si nuestro poder sobre las cosas es limitado, el que tenemos sobre nosotros, en nuestra forma de tomar las cosas, es infinitamente mayor.*

---

después de veinte minutos de camino: «¿Llegaremos pronto?» De la misma manera, si vivo, envejezco: vivir es madurar para ser un día recolectado. Puedo esforzarme por guardar la forma, pero debo saber siempre que los contornos de esta acabarán por plegarse. Como el manual de Epicteto, multipliquemos los ejemplos: si un día tengo niños, en plural, tendré entonces disputas, cotidianas. Sí, deberé levantar la voz para que la envidia no pudra todo, pero no debo indignarme porque un padre y una madre con tres o cuatro niños tengan necesariamente conflictos. Puedo ponerme furioso, pero no armarla: hay una lógica de la realidad y mi capricho no cambiará nada.

### ¿Qué es lo que esperabas?

Podemos preguntarnos a nosotros mismos en la prueba: «¿Qué te esperabas?» En general, esta pregunta es una observación sutil que hacemos a otro para señalar su decepción y redoblar su amargura. Sale a menudo de la boca de los cínicos, es decir, de los que, para no ser heridos por la vida, se agarran a ser decepcionados a priori: los hombres cínicos no son siquiera malos jugadores, puesto que la cosa, según ellos, no merece la pena. Observan cómo los demás se toman las cosas de la vida: cómo aman, vibran, ensayan. Y cuando uno cae, ellos se ríen: “¡lo sabíamos! «Pfff... ¿qué esperabas?»” Victoriosos, más maliciosos que los demás, salvan su apariencia: ellos no se han dejado engañar.

Personalmente prefiero no salvar esta apariencia: cuando caigo por haberme acalorado demasiado, me digo que el ridículo no mata, mientras que negarse a vivir verdaderamente, negarse a intentar el todo por el todo, ¡sí! Quien no arriesga nada no *es* nada.

Ahora bien, la expresión «¿Qué te esperabas?», pronunciada con otras intenciones, tiene su parte de verdad; se trata simplemente de no dejarla a los cínicos, de darle un giro más estoico. Centra la atención en el hecho de que se *esperan* ciertas cosas de la vida. Pero, pregunta ella, ¿qué podemos esperar de la vida?

Tenemos que darnos cuenta en primer lugar de que la espera es una tensión inmóvil: movemos los pies a la espera del autobús, sin poder ir a su encuentro, so pena de no llegar. La espera tiene algo de mezcla inconfortable de actividad contrariada y de pasividad forzada: ¿es la mejor postura ante la vida para obtener de ella lo que esperamos? La palabra «esperar» puede significar también «exigir». «¡Espero vuestras excusas!» no indica paciencia, sino al contrario... «¿Qué esperas de la vida?»: la pregunta es arriesgada, si entendemos no solo que nos deberían dar todo masticado, sino que podríamos exigir lo que esperamos así. «¡Espero de un buen criado que no cuente sus horas suplementarias!», exclama la baronesa. Sí, pero la vida no es nuestro criado. Obedece a los que se arriesgan, a los que refuerzan su poder añadiendo el suyo.

La expresión «¿Qué te esperabas?» es pertinente en la medida en que denuncia al niño mimado que exige sin buscar, espera sin tender hacia lo que desea. Nos invita finalmente a comprender que no podemos esperar de *la vida más que lo que ella nos ha dado*: la vida ha dado a cada uno un cuerpo para moverse, un corazón para latir y para amar, un aliento para correr, para recobrarlo o exhalarlo... La vida, que es fuerza, crecimiento, dinamismo, es para cada uno un «esfuerzo ofrecido»: es como un fuego que hay que alimentar. Es decir, que lo podemos dejar morir si no tenemos cuidado. Dada totalmente a cada uno de los vivos, la vida no pide finalmente

---

*Pero la vida precede  
a todos estos porqués  
tuyos: ella es el  
porqué primero.*

---

más que una cosa: que sigamos el movimiento de su donación, que acompañemos su impulso. Porque la única manera de recibir los dones de los que nos ha provisto la vida es hacerlos fructificar, no exigir otros.

«¿Qué te esperabas?», esto quiere decir finalmente: todo está aquí, ante tus ojos, en tus músculos, en estas facultades que son ya las tuyas pero que no alcanzarán su excelencia más que si tú pones en ellas tu propio trabajo.

## Un padre a su hijo

Se ha intentado despojar a la expresión «¿Qué te esperabas?» de ese cinismo que, como una combinación ignífuga, nos protegía contra la herida de vivir. Esta cuestión nos hace, por el contrario, más capaces de maravillarnos del don de la vida y de ver lo que podemos esperar a partir de él. Podría ser la firme ternura de un padre que se expresa en ella para poner a su hijo de pie: para traerlo al mundo tal cual es, sin ilusión ni realismo cínico. Tal padre diría a su hijo más o menos esto: «La vida, hijo mío, comienza no por una pregunta, sino por una respuesta. “¿Por qué eres tan dura? ¿Por qué yo? ¿Por qué ahora?”, te preguntas. Pero la vida precede a todos estos *porqués* tuyos: ella es el *porqué* primero. Cuando tú le preguntas *por qué*, solo puede responderte lo que es. ¿Por qué eres tan dura? —Porque. Ella te responde esto sin maldad: “Yo soy la que soy”, te dice. Ella añadiría quizá, para ponerte en guardia: ¿Quién dice mejor? ¿Quién dice mejor que este cuerpo, frágil y que envejece, que yo os he dado; mejor que

esos esfuerzos que hay que hacer para que la maleza no invada el jardín? ¿Quién es el que desea algo mejor de lo que yo soy? Es un hombre peligroso, que no vive esta vida, que no habita esta creación, que, sabio loco u hombre de Estado y de poder, pone al mundo ante el tribunal de su aterradora insatisfacción...»»

El padre tendría para su hijo estas palabras: «Hijo mío, no eres tú el que ha comenzado, la vida existe antes que tú.

La Vida, la gran vida que nos atraviesa a todos, te dará la última palabra, aquella bajo cuya bandera habrás elegido poner tu parte de vida. Pero a ella le pertenece la primera de todas las palabras: ese grito que ella arrancó de tus pulmones, cuando tu no sabías siquiera balbucear. Es, más profundamente todavía, la llamada de los niños a nacer, este hueco en el vientre de las mujeres que grita para acoger la vida. Es finalmente el *Fiat* del Dios del *Génesis*: «¡Que sea así!» Y así fue. Así, y no de otra manera.

Siempre puedes soñar, hijo mío, un mundo en el que no se muera, en el que no se luche, en el que no se corra nunca el riesgo de caer, un mundo sin obstáculo ni prueba. Podrás, cuando la muerte o la herida hagan demasiado daño, gritar “¿Por qué?” Pero no tendrás más respuesta que la que recibió Job cuando Dios opuso a su “¿porqué?” el “porque” primero y deslumbrante: Dios pidió simplemente a Job, que pedía a Dios un sentido a su mal, que volviera su mirada ha-

---

*La plenitud de la vida es acogerlo (el mundo) según las reglas de su juego, con el fin de encontrar en él tu lugar, de alcanzar en él la parte que te corresponde, ejecutar tu partitura con alegría y virtuosismo.*

---

cia el esplendor de la creación, de toda criatura. Le enseñó la belleza de las lluvias que caen sobre los desiertos que nadie habita. Le murmuró que la cierva siente una pena indecible cuando su cervatillo se aleja para no volver más. Le mostró el mar y su inmensidad. Sí, hijo mío, el mundo es la afirmación soberana de él mismo: es como es. La plenitud de la vida es acogerlo según las reglas de su juego con el fin de encontrar en él tu lugar, de alcanzar en él la parte que te corresponde, de ejecutar tu partitura con alegría y virtuosismo.

No esperes más que esta vida, hijo mío, que solo sabe decirte “ámame” cuando tú le preguntas “¿por qué?”

### La ambición de ser un hombre

Cuidado, sin embargo: esperar el todo de la *vida*, para no ser inútilmente herido por ella, debe ser al mismo tiempo esperar el *todo* de la vida. Al subrayar la palabra «todo» quiero decir que aceptar la vida no significa tener deseos tan modestos o tan pequeños que acabemos ocultando la promesa de felicidad de la que se hacen eco. Sí, hay que aprender a no querer de la vida más que lo que es. Pero eso no impide, al contrario, querer de la vida todo lo que es. Esta sería nuestra afirmación: *querer la vida, solo la vida, pero toda la vida.*

¿Qué decir a esto? Solo algo concreto. Yo tengo, por ejemplo, cinco sentidos: la vista, el oído, el olfato, el gusto, el tacto. Querer la vida, nada más que la vida, es exigir para mí mismo que mi vida sea mirada, que mis ojos aprendan a acoger la belleza, a leer el cuadro de un maestro o a descubrir, bajo este modesto regalo, el tímido afecto que se me tiene. Y que mis oídos, por su parte, no se contenten con oír, que se presten a la escucha: sensibles tanto a la confianza

del amigo como a la profundidad de las artes musicales. Que este olfato sea la ocasión, para el mundo, de exhalar su olor. Que mis papilas gustativas se afinen para darme el gusto de todos los alimentos, incluso los más amargos. Que mi piel, en fin, conozca la caricia del viento y la mordedura del mal que se hace a los inocentes. Aunque solo sea por mi cuerpo, yo soy todo un programa, una gran promesa que hay que mantener.

---

*Aunque solo sea  
por mi cuerpo,  
yo soy todo un  
programa, una gran  
promesa que hay  
que mantener.*

---

### Ser víctima y ser una víctima

Cuando el discernimiento se hace posible en la prueba no nos permite saber únicamente lo que se puede esperar de la vida: plantea la cuestión de saber lo que queremos hacer con esta prueba, una vez aparecida. Permite así hacer una distinción, que me parece preciosa, entre el *hecho* de ser víctima y el *estatuto* de víctima. A veces somos víctimas de algo: golpes, insultos, humillación, acoso... El reto, a menudo, es reconocerlo: reconocer que tal persona ha querido dañarme, y que lo ha conseguido. Aceptar decir que somos víctimas del mal hace daño: en una confesión de debilidad que supone una gran valentía, afirmo que un ser malévolo ha conseguido dañarme la vida, ahogar la fuente de mi felicidad.

Sin embargo, si confesarse víctima es de valientes, lo es menos convertirse en «una víctima»: hacer de esta desventura un estatuto, un modo de existencia. ¿Qué es una víctima? Es alguien que solo existe por su mal. Su afirmación, en ge-

neral inconsciente, es la siguiente: «Yo sufro, luego existo». El ser que solo existe en cuanto víctima puede ser de los más agresivos: porque si hay una víctima, hay unos verdugos. «¿Quiénes son?», se pregunta. Seréis vosotros, seré yo: la persona que se comprende a partir del estatuto de víctima hará del que no va en su dirección su verdugo.

Todos conocemos el grito del niño al que se le prohíbe hacer algo (asomarse a la ventana, atiborrarse de bombones veinte minutos antes de cenar...): «Eres malo». ¿Cuántas veces actuamos nosotros como ese niño? Cuántas veces he dicho a la madre de mis hijos, cuando ella cuestionaba una extraña idea que se me había pasado por la cabeza y señalaba la incoherencia de mi conducta: «Tienes mala uva al decirme eso. No sabes que yo he sufrido (quiero decir: en mi infancia, en mi adolescencia y particularmente la última semana, etc.)». Como si yo le dijese: «Debo tener razón, contra toda razón, puesto que lo que me dices me hiera».

Si, como se dice, solo la verdad duele, entonces considerarse *a priori* víctima, rechazar todo lo que hace daño, es lisa y llanamente elegir vivir en la mentira. El otro problema de esa retórica que usa la víctima es que el otro podrá replicar: «¿Yo también he sufrido!» Y se abriría una lucha extraña: los golpes no serán los que se dan, sino los que se dice que el otro nos ha dado. Nos pondríamos entonces a comparar nuestras heridas, no como guerreros, para mostrar el orgullo («Esta cicatriz viene de la guerra contra los Lacedemonios, en 357, en Tracia»), sino como un afán mórbido de emulación que no aporta nada a la resolución razonable del conflicto.

Para esto solo hay un remedio: comprender que si las recibimos sin quererlas, somos sin embargo responsables de lo que hacemos con las heridas. Esta brecha en mi piel es un camino que me llevará a compartir el sufrimiento de los demás,



o algo que me servirá para hacerlos callar. Hace falta mucha humildad para reconocer que hemos sido víctimas del mal. Lo hace falta también para desplegar la historia de esa herida en la dirección de la vida, y no de la muerte. Es probable que la voz de nuestra conciencia nos pregunte, al final de nuestra vida: «¿Qué has hecho con tus talentos? ¿Has hecho fructificar tus dones?» Pero es interesante imaginar que nos diría igualmente: «¿Qué has hecho de tus heridas?» ¿Qué le responderemos?

### El exceso de escucha

Sí, hay un tiempo para la queja y el lamento: ¿cómo reprochar a quien no puede más que no pueda más? Pero hay un tiempo en que la *queja* puede hacerse complacencia, en el que la escucha que presto a los males del amigo, o a los míos propios, puede convertirse en cómplice del mal, en enfermiza. Esto hay que discernirlo también. Nos enseñará lo siguiente: la escucha debe ser en primer lugar, para el ser que sufre, una página en blanco, una tierra de acogida, sin espera ni juicio. Pero la escucha debe también prestar atención al otro: debe captar el momento en que debe cesar, porque ya no aporta nada. Escuchar bien al que sufre es saber cambiar en el momento oportuno a fin de que no se complazca en su papel de víctima: la escucha debe morir a sí misma, hacerse envío al mundo, patada en el trasero. «Tú te escuchas demasiado», decimos a veces, pero se debería decir más bien: «No te escuchas bastante: porque entonces entenderías que la escucha ha durado lo suficiente, que ya no es tiempo de escucharse más. Tú te escuchas demasiado porque tu escucha, ebria de sí misma, no está ya a la escucha de la vida en lucha contra lo que la aplasta».

---

*¿Le interesa  
al hombre que  
sufre que seáis  
misericordiosos?*

---

En esta perspectiva, puede interesarnos la crítica que hace Nietzsche de la compasión. Para el pensador alemán, de la misma manera que hay una escucha cómplice y complaciente, hay una compasión que, al querer evitar a todo hombre cualquier clase de sufrimiento, se convierte en un veneno. En el párrafo 338 de *La gaya ciencia*, Nietzsche nos invita a interrogarnos por nuestra inclinación a lo que en otro tiempo se llamaba «piedad», que hoy llamamos «empatía», y que consiste finalmente en ser impulsado a socorrer al otro por el sentimiento, más o menos fuerte, de tomar parte en su sufrimiento. Nietzsche se atreve entonces con esta pregunta asombrosa: ¿le beneficia al hombre que sufre que seáis misericordiosos?

### **Nietzsche y la crítica de la compasión**

El problema de la compasión, según Nietzsche, es que hace mío el sufrimiento del otro: sufro porque el otro sufre. ¡Lo que produce finalmente dos veces más de sufrimiento! Por esto, añade Nietzsche, los hombres nobles sufren en silencio y en general evitan quejarse. Parando la hemorragia externa de su sufrimiento y aprenden, al contrario, a alegrarse de la felicidad de los demás, aunque ellos estén actualmente privados de tal felicidad.

Más interesante todavía: Nietzsche reprocha al alma compasiva su prontitud a socorrer a su prójimo... a expensas de este último. Sí, el camino de cada uno es sinuoso, rocoso, pendiente:

¿pero cómo podría ser de otra manera? ¿Os gustaría evitar a los que amáis, porque los amáis, toda prueba? Pero entonces los privaríais también de esos paisajes que se aprestaban a descubrir, una vez pasado ese puerto abrupto: «Esta alma compasiva quiere ayudar, pero no se le ocurre que necesitemos esa desdicha, que tú y yo necesitemos los miedos, las necesidades, las pobreza, la oscuridad nocturna del alma, los lances, los riesgos, las caídas, etc., como sucede de igual manera con sus contrarios».

Nietzsche añade: «Dicho en términos místicos, para llegar a nuestro cielo íntimo siempre debemos transitar por el regocijo de nuestro infierno».

En efecto, si se hubiera privado a la Madre Teresa de esa sed de justicia y de amor, de esa sed que le daba a la vez el vértigo frente a la obra que tenía que realizar y la fuerza de levantar cada mañana la capa protectora de su desesperación, sin duda hubiese sido más «feliz». Pero tal felicidad, plana y estéril, no le hubiera permitido ser la mística de la acción que fue, la que decía: «Si construyes algo, cualquiera puede destruirlo en un día. Construye a pesar de todo». Hay que tener una gran hondura para conocer, como la Madre Teresa en lo que se ha llamado «la noche oscura de su alma», los abismos de duda y de tristeza. Las cartas que escribió a su confesor cuentan cuál era su prueba: todos esos pobres que ella acogía, todos esos niños que mutilaban para convertirlos en mendigos, todos esos enfermos que mueren solos, eran, decía ella, como la imagen exterior de lo que ella vivía interiormente. Ella misma tenía la impresión de estar privada de toda alegría, abandonada por todos, pobre en amor. Ella vivía continuamente con la impresión de dar a estos pobres la esperanza que había desertado de su propio corazón.

Pero precisamente esto es lo que le había permitido probar que la esperanza está más allá de la espera. En su seque-

---

*Es el amor el que  
se da por nosotros,  
y no nosotros  
los que damos amor.*

---

dad interior, la Madre Teresa vivía de esta poderosa verdad: es el amor el que se da por nosotros, y no nosotros los que damos amor. Que ese amor, en fin, solo se da plenamente allí donde no se lo espera, allí donde solo está él. La Madre Teresa, en el abismo de su angustia, comprendía poco a poco lo que significa la fidelidad: ¿somos fieles cuando todo es obvio? Por eso, cuando ella confiaba a su director espiritual la terrible desesperación que la atormentaba, este no la invitaba sin embargo nunca a «evadirse», a gozar del «derecho a relajarse», a «simplificarse la vida». Su compasión por ella respetaba su vocación. Sabía que su camino era difícil: ¿hay algo peor para una religiosa al servicio de los demás que perder toda esperanza? Este camino era duro, pero era *su* camino, el suyo propio.

Como escribe Nietzsche: «Si tu amigo sufre, ofrécele un lecho, pero un lecho duro». Dicho de otra manera: acógello, ofrécele tu hospitalidad, pero no esa blanda almohada en la que él se hundirá para llevar una existencia cualquiera de burgués. Si no queréis, insiste Nietzsche, «dejar, aunque solo sea una hora, que vuestro propio sufrimiento repose en vosotros mismos», si experimentáis el sufrimiento y el descontento «como malos, odiosos, dignos de ser suprimidos, en tanto que tara de la existencia», entonces es que vuestra moral de la asistencia al otro, vuestra voluntad de facilitarle la vida, se basa finalmente en una «religión de la comodidad». Por eso él concluye: «¡Cuánto ignoran estas almas cómodas y caritativas de la felicidad del hombre! Porque crecen juntas o son gemelas o, como en el caso de ustedes, siempre son pequeñas, la dicha y la desdicha».

## Discernir los males: el mal que nos causamos y el mal que padecemos

Esta última frase suena como una advertencia: «Dicha y desdicha crecen juntas o son gemelas...»: si queremos asegurar su pleno crecimiento, tanto a una como a otra, a una (la desdicha) con vistas a la otra (la dicha), tenemos que comenzar señalando que quizá el hombre ha temido siempre facilitarse la vida demasiado. Al lado del mal que se sufre, y del que hemos hablado mucho en estas páginas, está en efecto aquel que nos causamos voluntariamente, conscientemente. «Hacerse daño» es, como veremos, toda la epopeya humana. Porque el hombre es ese animal que puso todo su pundonor en no serlo. Se puso a sí mismo varios obstáculos: entre la pulsión de su deseo y el objeto de esta pulsión, entre, por ejemplo, su deseo sexual y la presa de este deseo, puso leyes, reglas, límites o costumbres. Estas leyes salvan así el objeto de la pulsión (la mujer atrayente) de la violencia de un puro y simple consumo.

¿Qué es en efecto una prohibición (*interdit*)? La prohibición es una palabra (un *dicho* (*dit*): «No hagas esto») que se pone «entre» (*inter*) mi deseo y su objeto, con el fin de situar a este por encima de la satisfacción inmediata. El hombre fue inventivo en lo que se refiere a experimentar la impaciencia de nuestra pulsión y hacer de esta progresivamente algo más grande. Entre los guayakís, por ejemplo, entre estos pueblos tribales de América del Sur, está «prohibido» alimentarse con el producto de la propia caza: el padre de familia debe cambiarlo por el de otras familias o clanes. El consumo individual se transforma en vínculo social. No hace aun mucho tiempo, en Europa, las familias pronunciaban, antes de las comidas, una bendición: delante de la sopa cuyo humo trae, en invierno, la promesa de un poco de calor; se dedicaba a

---

*Cuando la pulsión,  
en el estado salvaje,  
parte del hecho de  
que todo es debido,  
el orden de la  
civilización  
recuerda que todo, o  
casi todo, es un don.*

---

veces un tiempo a dar gracias, a pensar en aquellos cuyo trabajo nos permitía alimentarnos hoy. Al hacer esto, los apetitos eran como domesticados: cuando la pulsión, en el estado salvaje, parte del hecho de que todo es debido, el orden de la civilización recuerda que todo, o casi todo, es un don.

Hay algo que llama la atención: el deseo se afina a medida que su satisfacción se retrasa. El caballero de la Edad Media no tenía el derecho de saltar sobre la primera mujer que llegase: según la costumbre del amor cortés, debía componer en primer lugar un poema, que dirigía a la elegida de su corazón. Si —y solo si— obtenía el consentimiento de la dama, el asunto continuaba: debía entonces compartir su lecho, durante una semana, con ella... pero castamente: desnudo al lado de ella, que también lo estaba, separados el uno del otro por una simple espada, símbolo de la prohibición que civiliza. Si su unión era más que carnal, si se mantenían verdaderamente unidos el uno al otro por algo más que por el simple apetito sexual, entonces todo estaba bien: su boda celebraba, después de esta prueba, la victoria del amor sobre la pulsión, o más bien la espiritualización de la pulsión en amor.

Sea por la espada o por la palabra, el hombre es todo rodeos, que son otras tantas pruebas para su impaciencia. «¿Este camino que lleva al ágora es el más corto?, preguntaba Sócrates a Eutímaco. —Este es, respondía este último. —¡Pues bien, tomemos el otro!» Pensad en efecto cuántos rodeos supone el simple hecho de pedir de beber cuando uno

está con otros: el niño en la cantina no tiende el brazo hacia la jarra, mojando su codo en el plato del vecino. Llama, por su nombre si es posible, al compañero que tiene al alcance de la mano (primer desvío), le pide educadamente si quiere pasársela (segundo desvío). ¿Vacía entonces su contenido en la boca para apagar su sed? No: propone servir a los otros (tercer desvío) y echa con aplicación el agua, no en su garganta, sino en los vasos, entre ellos el suyo (cuarto desvío). Cuatro desvíos... para beber. El tenedor a la izquierda del plato recuerda a nuestra humanidad que estamos tanto más cerca del hombre cuanto más alejados estamos del consumo inmediato.

«¡No se engulle!» «¡Se comporta uno bien en la mesa!»: ¡Qué larga es la historia de la hominización del hombre! Qué despiadada debió ser respecto a las inclinaciones del hombre: inclinación a la pereza, a la desmovilización, al agotamiento, a la regresión infantil o bárbara... El hombre es el animal que se tiene de pie, no a cuatro patas. Pertenece a las estrellas, que escruta con sabios instrumentos, no al nivel del suelo. Se despliega cada mañana desdoblándose, como el bailarín en un salto de luna: en lugar de recogerse en torno a su ombligo o a su vientre, es un pecho orgulloso, un corazón que late, una cabeza fresca que se va a presentar al mundo. El cuerpo es una jerarquía visible en la que lo espiritual (cabeza y corazón) domina lo puramente carnal (vientre y bajo vientre).

Tal elevación, según Nietzsche, no tuvo lugar sin riesgo y sin crueldad: la religión es, según él, la que, en todo tiempo, tuvo como tarea dar al hombre las pruebas que civilizan. *Ayuno*, sin el que tendríamos, en lugar del corazón o de la cabeza, un estómago; *abstinencia y pudor*, con el fin de que sean marcados, por el sello de la sacralidad, esos órganos que, sin

---

*El mal que nos  
causamos mediante  
la prueba no  
es accidental  
o secundario:  
es constitutivo de  
nuestra humanidad.*

---

ello, nos llevarían a la orgía y la mediocridad; *oración*, para dirigir nuestros sentidos a un más allá de la sensibilidad, para que aprendan a leer más allá de lo que los halaga; en fin, *estructuración simbólica* del espacio y del tiempo: hay lugares a los que no se va como se es («Venid tal como sois», nos invita

por el contrario una cadena de *fast-food*) de la misma manera que hay un tiempo para cada cosa, para hablar y para callar, para descansar y para bailar, etc. No son los hombres los que han hecho la religión, según Nietzsche, sino la religión la que ha hecho al hombre: sin lo que Nietzsche llama «sistemas de crueldad» (ritos, gimnasia, arte métrica, solfeo...), no habría civilización. No hay humanidad durable sin estos límites que exigen al hombre que sea más que una respuesta-reflejo a las solicitudes de su instinto. Por lo que se ve que el mal que nos causamos mediante la prueba no es accidental o secundario: es constitutivo de nuestra humanidad. Hay que hacerse violencia para hacerse hombre.

### ¿Sufrir o sonreír para estar bella?

También se puede leer en Nietzsche una severa diatriba contra el hedonismo o el utilitarismo, contra estos modos de pensamiento que juzgan el valor de una acción en función tanto del placer que aporta (hedonismo) como de su utilidad (utilitarismo). Para Nietzsche, si el hombre no buscase más



que su «bien-estar», es decir, el confort de una vida fácil, sería menos capaz de grandes cosas. «¡Piedad para vosotros!» exclama a los hedonistas de su tiempo: «Queréis eliminar el dolor en la medida de lo posible, pero esa posibilidad constituye la mayor de las locuras. Nosotros, en cambio, parece que preferimos precisamente lo contrario: que el dolor sea más intenso y peor de lo que nunca ha sido». Porque, insiste, «¿No sabéis que solo la disciplina del dolor, del gran dolor, es lo que ha permitido al hombre elevarse?»

Debe plantearse aquí, sin embargo, una cuestión que requiere todavía nuestro discernimiento: ¿no nos situamos aquí, subrepticamente, del lado del ‘dolorismo’? ¿Afirmar que la prueba tiene su fundamento en la medida en que nosotros le debemos el hombre civilizado, significa que el sufrimiento es bueno? En efecto, hay que discernirlo porque, naturalmente, se puede defender la prueba aprendiendo a leer lo que en ella participa de la exigencia de ser hombre; pero es preciso al mismo tiempo no idolatrar la prueba: esto sería caer en un discurso que minimiza el sufrimiento magnificándolo.

Respecto al pensamiento de Nietzsche, se puede decir sin traicionarlo que es profundamente ‘dolorista’. Porque para él no es un proyecto cualquiera el que da sentido al dolor que va a causar, sino el dolor el que da sentido a tal o cual proyecto. Tal actividad, incluso absurda, merece nuestro interés porque hace daño, y exige que nos entreguemos a ella. Es lo que ocurre con la guerra: «¿Cómo es que decís que una buena causa santifica incluso una guerra?», escribe, «Yo os digo: la buena guerra santifica toda causa». Dicho de otra manera: hay que luchar por una causa noble, o por una causa absurda, solo porque querer pelear, dar y sufrir golpes es bueno en sí. Para retomar lo que citábamos antes: «preferimos que el

---

*Es preciso mantener  
en el espíritu la  
distinción entre dos  
tipos de prueba:  
la que nos causamos,  
porque nos hacer  
crecer; la que  
soportamos  
tontamente.*

---

dolor sea más intenso y peor de lo que nunca ha sido». De todas maneras, sea la causa justa o no, nos dice Nietzsche, saldremos más fuertes de ella...

«¡Más fuertes o más muertos!», me dan ganas de añadir con el fin de criticar el elogio sin medida que Nietzsche hace de la prueba y del dolor. Conocemos su célebre frase: «Lo que no te mata te hace más

fuerte»... ¡sí, pero solo a condición de que no nos mate! Porque no todas las pruebas son lo mismo: ¿de qué sirve sufrir por tener las piernas amputadas a causa de una conducta de riesgo? Mejor hubiera sido ser prudente. Aun más, es preciso mantener en el espíritu la distinción entre dos tipos de prueba: la que nos causamos, porque nos hacer crecer; la que soportamos tontamente. A la primera, consentimos como *de antemano*: sí, hay que sufrir para estar bella. Es lo que saben los pies de una bailarina después de un ballet. Pero este tipo de prueba, querida, elegida, está siempre subordinada a un proyecto que es el único que tiene sentido: es este el que deseamos llevar a cabo, y no la prueba por sí misma. No es el dolor el que da aquí el sentido. No es porque me duelen los pies por lo que yo soy una bailarina... sino que para ser bailarina aguanto ese dolor. Hay que *sonreír* para estar bella, es decir: conocer la belleza de la causa por la que luchamos.

En cuanto al segundo tipo de prueba, tonta y mala, que sufrimos, que nos «cae encima», no puede ser deseable: al no estar vinculada a ningún proyecto, tiene algo irreductiblemente absurdo. Si hay que consentir *de antemano* el mal

que nos causamos por algo grande o bello, solo podemos, por lo que respecta a este segundo tipo de pruebas absurdas y desgarradoras, consentir *a posteriori*. No desearlas como tales, como querría una perspectiva ‘dolorista’ sino, una vez aparecidas en nuestra vida, aprender a amarlas.

De todas maneras, ¿cómo podríamos desear el sufrimiento? La prueba que lo causa no viene nunca de frente, sino al bies, o por detrás. Literalmente, ella nos «sorprende», «se apodera de nosotros en exceso»<sup>1</sup>. «Sufrir —decía Paul Ricoeur—, es siempre sufrir demasiado»: el sufrimiento es *por esencia* indeseable. Por eso cuando se sufre, siempre es demasiado. «Basta», gritamos, y ningún ‘dolorista’ escapa a ello. En tales momentos, pobre del nietzscheano que venga a felicitarnos por habernos hecho más fuertes: nos dan ganas de tirarlo por la ventana. La idea de un «sufrimiento deseado o deseable» es una contradicción: en el momento en que deseo el sufrimiento se lo proporciono a mi deseo y ya no se trata en absoluto de sufrimiento. El sufrimiento elegido, desde que lo elegimos, ya no lo es. La visión ‘dolorista’ de la vida se destruye a sí misma por su absurdo: si el sufrimiento es bueno, es que ya no es, o que no es todavía sufrimiento.

Si no debemos desear un mundo del que esté excluida *a priori* la prueba (lo que se llama «ver la vida de color rosa»), no podemos desear tampoco más sufrimiento en nuestra vida. Hay que luchar contra los encantos de la imaginación: nos imaginamos guerreros o santos; imaginamos hacer, en la prueba, una auténtica experiencia de vida... Pero la prueba que soñamos no tiene nada de común con la que nos oprime

---

<sup>1</sup> El verbo «sorprender» significa «sorprender», pero el autor juega con la palabra y separa el prefijo «sur» del verbo «prender» lo que dar «sur-prender» que el autor traduce por «prender par excés», «apoderarse en exceso» (N.d.T.).

violentemente: tal revolucionario se preparaba para la gloria de los combates en los que se imaginaba mártir, pero su prueba fue sin embargo asistir a su mujer en una larga enfermedad; tal sacerdote se infligía grandes privaciones para alcanzar estados místicos, pero su prueba fue finalmente compartir el día a día de los sencillos aldeanos.

### **Las personas felices tienen una historia**

Esto es lo que nos proporciona el discernimiento antes, durante y después de la prueba: comprender que lo único a lo que nuestro deseo puede entregarse totalmente, en este día feliz en que la vida me permite escribir estas líneas o tener este libro en las manos, solo puede ser la alegría de nuestra vida. Frustrar esta alegría por anticipación o por imaginación, por jugar a los héroes y poner en nuestra vida un poco de picante, es simplemente una lástima. Sin embargo se oye decir a menudo, para denunciar el orden establecido, que sería supuestamente triste, que las «personas felices no tienen historia».

¿Solo tendrían historia entonces aquellos y aquellas que sufren, porque sufren? Reflexionemos un instante: ¿si solo pudiéramos vivir toda nuestra vida colmados de la presencia de aquellos que amamos, saturados de amistades y de horas agradables pasadas al abrigo de las bombas o de las mezquindades, si se nos ahorrasen el desarraigo, la enfermedad, la soledad, el tedio, nos quejaríamos? Las personas felices lo son porque, bajo su mirada alegre, el mundo se abre perpetuamente: ¿cómo creer que no tienen historia? Es verdad que la historia de su felicidad es discreta, hecha de una alegría que es como la base continua de su vida. Las almas impacientes,

aburridas, rebeldes son ciertamente sordas a la felicidad: pero si se escribe sin sudor, sin sangre, sin lágrimas amargas, solamente con la tinta de los días, esta felicidad no es menos real. No hay ninguna necesidad de añadir mal alguno, como se añade pimienta a una vinagreta demasiado sosa.

---

*Si se escribe sin sudor, sin sangre, sin lágrimas amargas, solamente con la tinta de los días, esta felicidad no es menos real.*

---

Por esto tacho sin dudar de falsas las representaciones que hacen del paraíso un lugar de tedio eterno muy poco deseable. Pero la visión de la eternidad, para mí que soy creyente, es la de un amor tan fuerte que no necesitará añadir ningún mal para sentirlo palpitar. Conocemos las palabras de Woody Allen: «La eternidad se hace larga, sobre todo al final». Pero se ignora con ello que saboreamos la eternidad a menudo en nuestra vida: cuando el instante de amistad es plenamente compartido, en el momento de una velada, el tiempo parece haberse abolido. Nos sorprendemos que hayan pasado cinco horas como una sola. Nos maravillamos que solo una fatiga física, o la perspectiva del despertador matinal, obliguen a interrumpir aquí lo que podría durar infinitamente.

No, la eternidad no es larga: lo sería si, a la manera de Rocky Valentine, se tratase de colmar todas las carencias, indefinidamente, temiendo finalmente echar en falta... ¡las carencias! Quiero decir: caer en la lasitud, en el tedio del que no sabe qué más desear. Pero la verdadera eternidad, tan cercana a cada uno de nosotros, es vivir en y del amor. Amar es tener en nosotros mismos, en nuestro corazón, otro distinto de nosotros: amar es darnos una carencia. ¿Cómo

podríamos temer el tedio? ¿Cómo tener miedo de no tener carencias? En el amor, la carencia y el deseo están ya ahí: lejos de ser lo que requiere ser colmado, son la apertura de la alegría que me viene del prójimo, son el espacio para acoger infinitamente al ser encontrado.

Finalmente, una vida humana, incluso muy simple y muy humilde, es ya tan plena que no hay necesidad de añadir nada. En sus amores, es tan vulnerable que no hay necesidad de quitar nada. Esto es lo que plantea un formidable reto literario o cinematográfico: contar la historia feliz de una familia, o de una amistad, en trescientas páginas o dos horas, sin que sea aburrido ni simplón. En lugar de tener a su espectador en vilo, la novela, la película, lo tendrían plenamente en el gran soplo de la vida. Es así como yo he leído con gusto *Llenos de vida*, de John Fante, novela autobiográfica cuyo único drama es la acogida, no solo de los padres del autor, vieja pareja de *ritals*<sup>2</sup> un poco entrometidos, sino sobre todo del primer hijo del novelista. Joyce Fante, la mujer de John, se deja trastornar poco a poco, al hilo de su embarazo, por el amor que ella lleva dentro de sí y que la lleva a ella. Ella, la protestante, normalmente austera y razonable, quiere recibir el bautismo católico... Para disgusto de John Fante, a quien la acogida de sus padres vuelve a zambullir ya en la religión de su infancia: en su piedad popular y su fervor un poco barroco, «a la italiana». Pero no hay nada grave: todo en esta novela tiene la dulzura de una lenta conversión a la vida, a la levedad de ese niño que va a nacer, a la gracia de ese niño pequeño que deja ver finalmente la punta de su carita, totalmente arrugada por

---

<sup>2</sup> El término «rital» es un término del argot popular que define a una persona italiana o de origen italiano. Este término poseía en otros tiempos una connotación peyorativa e insultante, mucho menos pronunciada en nuestros días. (N.d.T.).

su estancia en agua profunda, deslumbrada por una luz que solo había entrevisto filtrada por el seno materno.

A la espera de leer tales obras, tramadas en la luz, a la espera de la eternidad de un amor incesantemente fecundo sin ser repetitivo, debemos admitir de todas formas que cada uno tiene la historia de sus pruebas. Nadie escapa a ello. Las personas felices son simplemente aquellas que, en esta prueba, a veces vivida muy secretamente, no añaden el mal que se busca para sentirse vivos: son los que saben apreciar lo que son, teniendo por esto una sensibilidad y una receptividad tales que no podrían hacer enemigos, guerras, aventuras adúlteras o «accidentes tontos». Su realidad les basta. Esta los colma con su riqueza. Acogen su caricia, acogen su mordisco, gozan de la una y se entretienen en curar al otro. Desde esta óptica es como Roberto Belarmino, un hombre sencillo y profundo del siglo XVII, escribía con discernimiento en la tercera parte de un libro maravillosamente titulado *Libro del gemido de la paloma: esto es del bien y utilidad de las lágrimas*: «El sabio no debe ni buscar acontecimientos prósperos o adversos, riquezas y pobreza, salud y enfermedad, honores y ultrajes, vida y muerte, ni huir de ellos de por sí».

-----

Discernir es desenmarañar lo que está a menudo enredado en la prueba: lo que depende de mí, y lo que no depende; lo que yo puedo exigir a los demás y lo que tengo que asumir solo. O todavía más: la prueba a la que debo de antemano consentir y a la que puedo, *a posteriori*, conceder mi asentimiento. Pero discernir no es todavía comprender: comprender la prueba será intentar captar cuál es el fundamento de su lógica y de su necesidad. Naturalmente, como hemos di-

cho, dar razón de la prueba no es algo que pueda hacerse en primer lugar: querer justificar el escándalo del sufrimiento supondría redoblarlo. Pero esto no significa que no haya que tomar nunca la distancia necesaria: porque, como dice la palabra «comprender», es también «tomar en brazos», abrazar y, en un gesto de reconciliación, otorgar finalmente a la vida el perdón que nos reconcilia con ella.



*El pequeño hombre y la montaña*  
FÁBULA EN CINCO CUADROS

4

...El pequeño hombre ya no es  
tan joven. El continuo  
paso de obstáculos  
lo lleva más cerca de la cima...  
que parece sin embargo alejarse  
a medida que se acerca.  
¿La alcanzará un día?  
Cada mañana, una vez recuperadas  
las fuerzas, reemprende la ruta...



# 5

ACEPTAR LA PRUEBA



## NECESIDAD DE LA PRUEBA

*La admitamos o no, la prueba es,  
o bien lo que abre delante de nosotros ese hoyo  
que podría enterrar todo, o bien  
lo que abre en nosotros el espacio de una acogida más  
amplia y generosa de toda la existencia.*

En el fragor de su irrupción, la prueba nos murmura: en adelante tú podrás amar la vida hasta ahí. La alegría no es la única que dilata el corazón, que amplía sus dimensiones: están también nuestras penas.

---

*La alegría no es la  
única que dilata el  
corazón, que amplía  
sus dimensiones.*

---

Lo que tenemos que soportar amplía nuestra actitud para abarcar el mundo, para acogerlo en sus altibajos, de la misma manera que la gruesa piedra recogida por el niño acaba por deformar, ensanchándolo, el bolsillo de la chaqueta en la que la había escondido.

En un doble sentido la prueba tiene sus propias exigencias: por una parte, en el sentido de que, una vez que se ha hecho presente, tenemos que tomar la firme decisión de afrontarla; por otra parte, en el sentido de que, debido al va-

lor que requiere, hace del hombre un hombre. Si quisiera ocultarla totalmente, el hombre se convertiría o bien en un alma sin cuerpo, o bien en un cuerpo sin alma.

*Alma sin cuerpo*, en primer lugar: es decir, un puro espíritu, un fantasma, una abstracción. La prueba es el retorno saludable a la tierra y a la realidad. Es lo que hace de nosotros, queramos o no, eternos campesinos, encorvados por el *humus* de nuestra humanidad, incapaces, finalmente, de considerarnos ángeles. De ahí la confesión que cierra *Una temporada en el infierno*, de Arthur Rimbaud: «¡Yo! ¡Yo, que me dije mago o ángel, dispensado de toda moral, he sido devuelto al suelo, con un deber por encontrar y con la rugosa realidad por abrazar. ¡Campesino!» El joven Arthur quiso estar durante un tiempo por encima de todo, no obligado por nada ni por nadie, dando vueltas por mundos paradisíacos en fantasías líricas. Pero la realidad tiene más dureza y resistencia que nuestros sueños de éter: «Ociosa juventud / de todo esclava / por delicadeza / he perdido mi vida».

«Por delicadeza»: el burgués rebelado contra la burguesía se presentaba en efecto como el delicado. Aparece sin embargo, al término de su bohemia, convertido en «campesino», es decir, encarnado, invitado finalmente a enfrentarse a lo que él llama con fuerza «la rugosa realidad».

*Alma sin cuerpo*, hemos dicho, o bien *cuerpo sin alma*: si no aceptase la prueba, el hombre sería un robot, una máquina o un zombi. La prueba es esa espina que me revela mi carne. Es la llamada a cuyo sonido mi corazón de carne comienza a latir de nuevo. Quien quiera aliviarnos de la prueba de vivir solo lo podrá hacer si nos convierte en autómatas, quiero decir, en seres liberados de toda atadura carnal. Sin la prueba de amar, de confiar, de hacer sitio a otro distinto de uno mismo, no seríamos más que un espray de existencia,

una sombra de vida, uno de los personajes vacíos y felices del «mundo feliz» de Aldoux Huxley. Si, en esto, la prueba nos despierta: desde que está ahí no tenemos más opción que afrontarla. Cualquier otra postura es una impostura: la dimisión de nuestra propia humanidad.

Así pues la prueba nos hace combativos. Pero, paradójicamente, el primer combate que tenemos que llevar a cabo es en favor nuestro. Para llegar a ser un hombre o seguir siéndolo, hay que hacer la guerra a todas las falsas paces, las que nos prometen un mundo sin prueba.

### Tener cuidado de... abismarse

«Si el grano no muere, no da fruto», es una de la célebres sentencias que Jesús pronunció. Ahora bien, la prueba abre en nuestra alma un surco en el que el grano de nuestra humanidad puede morir y dar su fruto. El filósofo Gustave Thibon (1902-2001) sabía muy bien esto, porque sacaba su pan familiar de la tierra que él cultivaba. Este «filósofo-campesino», como se le llamaba, en cuya voz resonaba el acento de l'Ardèche, conocía la paciencia que hay que tener para que una tierra sea fértil; los inviernos, sequías o lluvias torrenciales que tiene que resistir. Conocía ese arte silencioso gracias al cual la tierra guarda de las intemperies lo que alimentará los granos que encierra. Y qué fuerza les hace falta a esos granos, llegado el momento, para levantar la tierra, enfilear el tallo y captar, por medio de frágiles hojas, la luz del sol.

Enriquecido con este gran saber de cultivador, Gustave Thibon se hace, en una de las páginas de su diario inédito, esta pregunta tan simple: «¿Qué es bueno, qué es malo para el hombre?» La respuesta no es sencilla: «Lo que se llama “el

---

*Nos podemos dormir  
en el confort de  
la virtud.*

---

bien” —señala—, puede ser un mal, y lo que se llama “el mal” puede a veces ser un bien». En efecto, nos podemos dormir en el confort de la virtud como podemos, al contrario, hacer del propio pecado la ocasión de un inmenso perdón. Sin embargo, mantiene Gustave Thibon, hay cosas que no son realmente buenas: por ejemplo, «el rechazo de correr el menor riesgo en cualquier ámbito o, también, ciertas huidas fuera de uno mismo, provocadas por el abuso de distracciones pasivas». Al poner este ejemplo, Gustave Thibon parece descubrir el criterio que busca, el que le permitirá distinguir lo que está bien de lo que está mal: «Es un bien para el hombre todo lo que ‘abre’ al hombre, incluso con el riesgo de romperlo: el esfuerzo, el peligro, la responsabilidad, el sacrificio, el amor, el dolor, hasta el placer y el pecado...»

Añade inmediatamente: «a condición de que sean vividos a fondo, asumidos sin reserva como un alimento o como un veneno, y no dosificados y degustados como especias». El problema, incluso para un cristiano, no es pecar (¿quién se libra de ello?) sino intentar disculpar este pecado que es sin embargo el lugar en que se revela la fuerza del perdón.

«Correlativamente —continúa el filósofo—, es un mal para el hombre todo lo que contribuye a aplanarlo: el exceso de seguridad, la facilidad, la distracción, el automatismo». El automatismo: quien habla así es claramente el agricultor, aquel para quien un gesto, bueno un año, puede ser malo otro, porque las heladas han llegado antes, o la bestia ha soportado mal el calor del verano. La atención a la realidad nos enseña que nada es automático y que, si simplificamos la vida, perdemos su fuerza.



Otra página de su diario, fechada en 1975, define nuestra época en estos términos: «Civilización colocada bajo el signo del amortiguador (confort, seguridad, distracción, uso permanente de analgésicos, ansiolíticos, eutanasia, etc.)». En «amortiguar» está incluida la palabra «muerte»<sup>1</sup>: el amortiguador designa aquí todo lo que, protegiéndonos de la experiencia del mundo, «nos sustrae a los choques vivificantes del destino», nos hace más huecos pero menos abiertos.

---

*Incluso las  
espiritualidades  
más altas pueden  
ser juiciosos  
medios de no  
vivir esta vida.*

---

¿Cuáles son esos amortiguadores? Droga blanda, telerealidad, videojuegos, etc: todas las cosas que liman las aristas de la realidad, o nos proponen vivir una vida sin estar en ella. Observad, sin embargo, que incluso las espiritualidades más altas pueden ser juiciosos medios de no vivir esta vida. Se dice que la meditación zen puede enseñaros a desapegaros tan bien de vuestra vida que planearíais por encima de ella, inalcanzable. La sabiduría budista os enseña que vuestra existencia, como la de los seres que amáis, no es más que una ilusión, de la que hay que aprender a deshacerse. Desapego, una vez más: bonita palabra para denominar el rechazo de la vida. Otro ejemplo: uno de mis amigos cristiano, cuyo hijo seguía un mal camino, me dice: «Desde que tengo fe no me preocupo en absoluto por él», dejándolo encaminarse un poco más hacia su perdición. Otro amigo, musulmán, se alegra de hacer lo que es pre-

---

<sup>1</sup> La relación se ve más claramente en francés: el verbo «a-mort-ir» significa «amortiguar», e incluye la palabra «mort» que significa «muerte». (N.d.T.).

---

*La paz perfecta,  
obtenida desde esta  
vida, se parece  
extrañamente  
a la muerte.*

---

ciso para agradar a Dios: «No me hago más preguntas...», me confiesa, triunfante.

Al hombre cuya fe previene de todos los golpes de la realidad, a aquel al que una postura meditativa ahorra el peso de esta vida, yo preferiré siempre

el individuo que duda, que busca, que llora, que fuma demasiado porque se preocupa por su hijo perdido, que lo pasa mal y lo confiesa. ¡En resumen, que lucha! La paz no es para esta vida: aquí abajo solo conocemos treguas, que son el sabor anticipado de una paz más profunda, escrita en línea de puntos en nuestros momentos de alegría. Pero la paz perfecta, obtenida en esta vida, se parece extrañamente a la muerte.

Así es como podríamos, forzando un poco los rasgos, oponer dos figuras: la del sabio y la del santo. El sabio ha comprendido. Y como sabe, la prueba parece pasar por él como la gota de agua por el plumaje del pato. Los grandes vértigos de la cólera, gritos que se dirigen a Dios, el doloroso deseo de ser amado: todo esto lo deja a los ignorantes. El santo, por su parte, está inquieto: traspasado por la duda y trastornado por el amor, pasa a menudo por un loco. Es Jesús derribando las mesas de los mercaderes del Templo de Jerusalén para echarlos uno a uno. Es Francisco de Asís corriendo desnudo detrás del mendigo que acaba de robarle su túnica, gritándole, con las sandalias en la mano, que las coja: son de buena factura, mientras que su sayal está lleno de pulgas y de agujeros. Es la Madre Teresa que conoció, debido a la gran miseria de los niños que cuidaba, una larga noche oscura del alma que duró cincuenta años. En resumen, mientras que el sabio busca su propia perfección, el santo

se dirige a Dios o a los hombres con todo lo que es: con su cólera, su pobreza, sus dudas.

### «Porque ella ha amado mucho»

En este sentido, el santo no es un hombre en regla, seguro de sus hechos. A aquellos a los que la religión no hace más que confortar en sus convicciones, que obtienen de ella una sabiduría que los sitúa por encima del conjunto de los hombres, a estos habría que oponerles la figura de María Magdalena, esa mujer de mala vida, quizá una prostituta que, haciendo irrupción en el momento de una comida en casa de Simón, un hombre recto, un fariseo, se echó a los pies de Jesús, derramó perfume sobre ellos, los regó con sus lágrimas, los enjugó finalmente con sus largos cabellos. Por todos estos gestos demostrativos, casi eróticos, en todo caso fuera de lugar (una judía no podía soltarse así los cabellos en público, y menos servirse de ellos para secar los pies de un hombre), María Magdalena escandaliza. Simón piensa también que Jesús no debe ser un profeta, por dejar que se acerque a él esa mujer e ignorar lo que sin embargo sabía toda la ciudad: que era una gran pecadora.

Ahora bien, Jesús conoce a María Magdalena mejor de lo que Simón cree: no la conoce de oídas, por lo que se dice de ella, desde el exterior, con miedo de ser visto con ella; la conoce según el deseo que habita en su corazón. La conoce *de corazón*: por su corazón de mujer perdida que, en los placeres y en los encuentros amorosos buscaba errónea, pero ardentemente, el amor que colma verdaderamente. La recibe como este corazón que, al ver a Jesús, comprende de golpe que el amor que ella busca no está en las cosas y los seres consumidos, sino en el don perfecto de lo que se es, en el hecho de

---

*El don perfecto  
de lo que se es, en el  
hecho de exponerse  
totalmente.*

---

exponerse totalmente a la mirada benévola de aquel que, dirigiéndose a Simón, pronuncia estas palabras: «Se le perdonan sus muchos pecados, porque ha amado mucho».

«Amado mucho», cuantitativamente, y no «bien», «correctamente», «como es preciso»: Simón, en cuanto hombre recto, se preocupa de la ley y Jesús va a cenar voluntariamente a casa de este hombre de buena voluntad. Pero la voluntad recta no puede, debido a su rectitud, cerrar el camino a aquella o a aquel que está encorvado por el peso de los pecados y de su deseo de amar: el corazón desbordante de María Magdalena vence sus faltas. Hay que señalar, por otra parte, que aquellos que nosotros denominamos santos fueron a menudo grandes pecadores, habiendo experimentado por ello grandes conversiones: volvieron a caer a menudo pero nunca olvidaron hacer de sus faltas y de sus excesos otros tantos capítulos de una historia de amor entre su Dios y ellos. Como si lo peor no fuera amar mal (¿quién puede jactarse de saber amar?) sino no amar bastante, poniendo como pretexto las costumbres, en nombre de una cierta sabiduría.

### **Cómo se «hace» la paz: el tribunal**

Por encima de todo, el santo acepta ser traspasado por mil conflictos mientras que al sabio le gustaría que su justa disciplina le colocara por encima de los combates de la vida. Pero la paz verdadera no se consigue fuera de la prueba del con-

flicto. Se habla a veces de «conflicto abierto»: esa apertura es también a la paz. No importa qué paz, es verdad: hay dos tipos de paz, la que hacemos, y aquella por la que queremos que nos dejen tranquilos. «Haced la paz»: el imperativo dice ya de qué conflicto interior tenemos que salir vencedores para que sea la mano abierta y

no el puño cerrado lo que mostremos al oponente. Toda paz verdadera es una guerra pacientemente superada. «¡Déjame en paz!» decimos, al contrario, para su tranquilidad. Esta paz, que consiste en querer que nos dejen tranquilos, porque no se ancla en el conflicto asumido, sino en la espalda vuelta, es la menos profundamente enraizada.

El tribunal es la mejor prueba de esto. En un proceso, la violencia no está excluida, al contrario: mediante el testimonio público del mal que ha hecho el criminal, la sociedad se enfrenta a la violencia que ha generado. El criminal, por su parte, obligado a entender el sufrimiento de sus víctimas, toma nota de ese mal. Los ladrones, que se imaginan que quizá no han robado más que bienes materiales, sabrán finalmente el dolor que causan: esas joyas, vendidas con rapidez, tres veces más baratas, tenían para esa viuda un valor afectivo, fuera de todo precio.

El tribunal no solo no excluye la violencia, sino que la asume: en un proceso, *el conflicto tiene finalmente lugar*. ¿Qué tenemos que decir a esto? Ser agredido es sufrir la violencia sin poder hacer nada a menudo, sin tener siquiera el tiempo de replicar o contraatacar. Dar a la víctima la posibilidad de

---

*Como si lo peor no  
fuera amar mal  
sino, poniendo  
como pretexto  
las costumbres,  
en nombre de una  
cierta sabiduría,  
no amar bastante.*

---

denunciar, y después, a lo largo del proceso, dar testimonio del mal padecido, es hacer que la violencia, unilateral, ciega y sorda, sea finalmente una guerra declarada. El culpable, una vez declarado tal, no puede librarse cobardemente de la consecuencia de sus golpes. La salida del conflicto es, esta vez, por la fuerza de las instituciones, favorable a la víctima. La justicia no es, como se cree, lo contrario de la venganza. O más bien, si lo es, lo es en tanto que ella asume la venganza para superarla: *es una venganza instituida*. Y precisamente porque el derecho asume el conflicto es por lo que permite salir de él: no es haciendo abstracción de la violencia como se llega a la paz, sino oponiendo la violencia a sí misma, ante un juez imparcial cuya espada, que tiene el peso de la policía y de la ley, cae finalmente para decidir con rectitud.

El proceso mismo es una puesta en escena del conflicto que se trata de discernir: como se ha dicho, un proceso no solo vuelve a representar, acto tras acto, la escena de la ofensa con una fidelidad escrupulosa, sino que al hacerlo opone dos partes, armadas de dos abogados. En el «juicio oral» en el que las partes se enfrentan, los abogados no dudan en demonizar a su adversario, en exagerar tal o cual rasgo. Si el falso testimonio está prohibido, la mala fe en la interpretación de los hechos forma parte de su arte. El culpable, una vez reconocido como tal y juzgado, aceptará tanto mejor su condena cuanto más defendido haya sido. Y la víctima, cuyo dolor alguien será encargado de expresar, podrá pasar así página más fácilmente.

Solo se sale pues de la violencia pasando por ella, de una forma u otra: «quien quiere hacer el ángel, hace la bestia», decía Blaise Pascal. Quien, por el contrario, asume la bestia, le da voz y voto, acaba por domesticarla, por humanizarla. Para escapar al ‘angelismo’, hay que situarse en el corazón de

la violencia, pero para salir de ella. Esquivar el conflicto, por el contrario, es alimentarlo.

**El perdón, el olvido,  
la excusa**

---

*Para escapar al  
'angelismo', hay  
que situarse en  
el corazón de la  
violencia, pero  
para salir de ella.*

---

Vencer el mal no es ignorarlo. Hacer como si nada es incluso a veces más cansado que tomar nota del fracaso, del dolor, de la ofensa sufrida o cometida. Hace falta ser valiente para confesarse vencido, herido o culpable. Pero preferimos confundir el olvido, que pasa la esponja por encima, y el perdón que va más allá, que habiendo constatado la prueba, la supera. Perdonar no es olvidar. Es recibir la ofensa e inscribirla, si el ofensor lo desea, en una historia tanto más fuerte cuanto que ella habrá hecho de esta crisis uno de sus capítulos.

Así cada uno sabe cuánto amor y cuánta victoria sobre el odio hacen falta para pronunciar esta frase, de la que nadie se engaña: «¡No te preocupes, no es nada!» Esto significa también «absolver», es decir, liberar a la persona del mal que nos ha hecho. Es una forma púdica de conceder el perdón. Porque de esa forma, no se dice: «La ofensa no ha tenido lugar. No existe para mí». Cuando intentamos poner cara de que no ha pasado nada, negamos al ofensor, creyendo respetarlo: cuántos niños se esfuerzan en hacer tonterías, llamando la atención, para entrar por fin en contacto con padres distraídos. Pasar la esponja sobre esos dibujos en la pared es, para tales padres, la solución más fácil: es pasar al lado de lo que se quiere escribir, gritar, y que se queda en letra muerta. No: es preciso un castigo, un reproche y las lágrimas cálidas del

perdón que se pide, y el abrazo materno o paterno que consuela. Además, cuando se perdona diciendo: «no es nada», lo que en realidad se dice es eso: «La herida infligida no será envenenada por mi propio rencor. Te perdono: la ofensa no es ya nada entre nosotros». Tomando realmente nota del mal que se hizo, se escribe por él, a partir de él, la historia de una amistad más fuerte.

Por lo cual vemos lo que distingue al perdón, no solo del olvido sino de la excusa: «nos excusamos», o «presentamos nuestras excusas», que son admitidas cuando son buenas. ¿Podía yo llegar a la hora cuando mi autobús se avería en el desvío de un trayecto del campo? No: yo estoy «*ex causa*», no es culpa mía, estoy excusado. Pero excusarse de un retraso argumentando que la partida del videojuego no había acabado, es negarse a ser la causa libre de la ofensa cometida. Haremos bien en no excusar al ofensor que debería pedir perdón, que convierte su responsabilidad en excusas. «Pedir perdón», dice la expresión: al reconocer que estaba libre de la ofensa, libera al otro de tener que perdonarla. «Te pido perdón»: la falta, una vez confesada, es, como se dice, perdonada a medias. Porque cuando alguien admite su falta como propia («yo soy inexcusable», repite), se presenta como un agente libre, en el que se puede confiar. Mientras que el que relativiza su responsabilidad hasta el punto de «encontrar excusas», mil circunstancias que vienen a atenuar su libertad, plantea una dificultad: ¿si no está libre de lo que hace, qué hacer de él?

«Sí, dice el joven, te he engañado con tu mejor amiga. Pero en primer lugar, ha sido ella la que ha venido a buscarme. Y además yo estaba borracho. Y tú conoces la historia de mi infancia, el divorcio de mis padres. ¿Me excusas?»

Lo que la joven tiene que hacer es excusarlo y dejarlo lo más rápidamente posible: aquel al que circunstancias exter-



nas determinan a actuar de esta forma y no de otra, está sometido al más estricto determinismo: cuando se den las mismas condiciones (alcohol, juego de seducción, infancia infeliz), no podrá actuar más que como ha actuado, como un mecanismo demasiado bien regulado. Mientras que si el joven, al afrontar el mal que ha hecho, pronuncia estas palabras: «Es cierto que yo estaba borracho y ella saltó encima de mí... Pero qué importa: no hay excusa. Te pido perdón», su compañera, herida, entiende la promesa que puede romper la cadena de causas que lo han llevado a caer. Las cartas están en sus manos.

---

*No podríamos librarnos de la prueba de la libertad sin daño.*

---

No podemos negar nuestra responsabilidad sin negarnos a nosotros mismos: no podríamos librarnos de la prueba de la libertad sin daño.

## El repudio de José

El conflicto abierto es la apertura por medio del conflicto a una mayor disponibilidad a la vida. Esto es lo que cuenta la historia de José, en la medida en que este último no tuvo miedo de nombrar el mal sufrido, y pudo así superarlo. Pienso en el José del Nuevo Testamento, al que se llama el «padre» de Jesús.

La Biblia no dice nada, o casi, de este personaje discreto, al que se le considera «taciturno». La imagen que tenemos de él se apoya en pocos datos. Solo sabemos que, obedeciendo al mandato del ángel, aceptó recibir a María en su casa, cuando esta llevaba en su vientre al hijo de otro, y de qué otro:

Dios, el Totalmente Otro. Por eso nos hacemos de José una imagen amable, la del padre fiel y, en segundo plano, bello ejemplo de humildad. Pero se omite ese pequeño detalle que tiene su importancia: al saber que María estaba embarazada antes del matrimonio, José piensa repudiarla. Dulcemente, es cierto: no es un repudio público, para que María no sufra la suerte severa que se reservaba a las mujeres adúlteras. Pero a pesar de todo: él aplica la ley judía al pie de la letra.

¿Era José un hombre sujeto a las leyes de su tiempo? Al hombre moderno que somos le hubiera gustado sin duda que hubiera aceptado a María, por «amor» o, como se ha dicho muy rápidamente, «por tolerancia». Porque en el fondo, ¿es tan grave? Es cierto que María está embarazada de otro: ¿pero para qué atenerse a los grandes principios que nunca despliegan sus estrictas consecuencias en este mundo? ¿Del ideal a su encarnación, no estamos, de todas formas, equivocados? En una palabra: ¡relativicemos!

Contra todo relativismo, José toma nota de lo que él considera un mal. Se confiesa herido. Es precisamente en este momento cuando el ángel se le aparece para revelarle la inocencia de María y exhortarlo a la confianza: María no ha tenido amante, está embarazada por la acción del Espíritu Santo, porque «para Dios no hay nada imposible». Se podría haber imaginado que el ángel reprochara a José su falta de corazón: en absoluto. El ángel se le apareció a José «en sueños», dice el texto. Ahora bien, el sueño simboliza, en la tradición bíblica, un momento de plena disponibilidad. Así pues, el hecho de que José tome nota de la prueba que es la suya (el presunto adulterio de María), lejos de encerrarlo en sí mismo, ha hecho posible que reciba la revelación del ángel.

Si, por el contrario, José hubiera aceptado el embarazo de María por «tolerancia», por lasitud, o por indiferencia,

porque, como se debía decir ya en la época, «todas las mujeres son frívolas», no hubiera tenido sin duda esa disponibilidad, esa apertura de corazón que el ángel aprovecha para hacerse presente. Esta disponibilidad estaba preparada por la prueba

---

*Cuando somos  
pobres, cuando no  
tenemos nada,  
nos enriquecemos  
con lo que damos.*

---

que José sufría, a la que había tenido *el valor* de no sustraerse. Valor, sí, porque al repudiar a María, José no solo la perdía sino que, al renunciar a condenarla públicamente, al negarse a hacerla soportar el oprobio de un escándalo, perdía también su honor de hombre. Cuando somos pobres, cuando no tenemos nada, nos enriquecemos con lo que damos.

### La consolación y la compensación

Se plantea en efecto una cuestión: ¿si José hubiera recibido tranquilamente la prueba del embarazo de María, si no hubiera tenido necesidad del consuelo del ángel, hubiera recibido sin más esta consolación? A veces tenemos que ser heridos para que pase por nosotros un poco de luz: *to bless*, que en francés es «herida», significa en inglés «bendecir». Sustraerse a la prueba, o prohibir a otro sufrir como sufre, es quizá impedir todo crecimiento futuro. La prueba de José tuvo un feliz desenlace: pero fue porque no negó la pena que sentía ni relativizó el mal que creía que se le hacía. Por el gran ideal que tenía, para María y para él, su terrible decepción debía llevarlo nada menos que a ser el padre adoptivo del Hijo de Dios.

Los grandes desenlaces son para aquellos que los necesitan. A los demás les corresponde lo que se llaman «compen-

saciones»: una vuelta al equilibrio, es decir, finalmente, a lo mismo. En la compensación, la prueba se anula: contador a cero. En la consolación, por el contrario, la prueba conoce su reparación, pero esta es además el lugar de una prueba de amor más franca y más fuerte. Huyamos de las compensaciones, de la simple conservación de nuestras ventajas adquiridas: los golpes de la suerte son como los del pie en nuestros traseros bien sentados, nos ponen en camino. Así es como José, embarcado en esta historia que no era la suya, acabó por aceptar la plena responsabilidad: protegiendo al niño y a la madre, parte de un tiempo en Egipto, tal como el ángel le había pedido. Por ello, representa de nuevo la historia del pueblo judío, su pueblo, pasa por las etapas de su largo itinerario: primero exilio en Egipto, tierra de esclavitud, después el éxodo y el retorno a la Tierra Prometida. Salvo que esta promesa no es ya para José una tierra en la que instalarse: está en la mirada de este bebé que él lleva cada tarde en sus brazos, mientras María, su mujer, descansa.

### Paso obligado

¿Habría que decir que la prueba es un paso obligado hacia lo mejor que hay en nosotros? «Paso obligado»: la expresión es extraña. Un paso debería denominarse «obligatorio»; es el que debe franquearlo el que está «obligado». Los niños cometen faltas frecuentemente: «¿Es obligado?» preguntan, en lugar de «¿Es obligatorio?» Habrá que corregir: «Estás obligado a ir a la escuela; por tanto la escuela es obligatoria...» Sin embargo la expresión «paso obligado», en su incorrección, conviene a lo que yo querría expresar aquí: el paso por la prueba no es «obligatorio», como una

regla exterior que se nos impone a nosotros, sino «obligado» en cuanto que la realidad del hombre está constituida por tal paso. En efecto, la prueba es el momento necesario por el que las cosas que más nos interesan acceden a su propia verdad.

---

*Dependerá de su  
voluntad hacer todo  
el bien que puede  
como hacerse  
el mal que quiere.*

---

Pensemos en la confianza: esta debe pasar por la prueba de su pérdida para llegar a lo más alto y bello que hay en ella. Mientras que yo sé que mi hijo, pautado como papel de música, volverá de la escuela a la hora en punto de la merienda, tengo confianza en él. Pero esta confianza que *tengo*, no es la confianza superior que estoy llamado a *darle*. Esta última solo se adquiere por la prueba de la decepción, de la pérdida de la confianza primera.

Imaginad: un día mi hijo, en quien tengo confianza, entra no a las cuatro en punto, sino a las cinco. En lugar del beso filial, se va directamente a su habitación. Con razón: huele a tabaco. He perdido la confianza que tenía. ¿Qué es lo que he perdido en concreto? Ese sentimiento más o menos confuso, más o menos consciente de que mi hijo actuará siempre como yo deseo que actúe. Esta pérdida es dolorosa. «¡Yo que tenía confianza en ti!» De ahora en adelante, iré a buscarlo a la salida de la escuela, para cruzar con la mirada a esos pequeños chavales de 5º de educación primaria que pervierten a mi hijo.

Sin embargo, no puedo estar vigilando a mi hijo hasta el bachillerato: al crecer, dependerá de su voluntad, no de la mía, hacer todo el bien que puede como hacerse el mal que quiere. No puedo estar siempre detrás de él. Además voy a

---

*«La confianza  
que se ofrece»  
es el acto por el cual  
se pone al ser amado  
frente a sus  
responsabilidades.*

---

mirarlo cara a cara y decirle: «Oye, si quieres realmente, desde hoy, puedes escapar a mi vigilancia y ponerte a fumar. Tú puedes, ¿pero lo quieres verdaderamente? Así pues vamos a hacer lo siguiente: mañana no iré a buscarte a la escuela. Pero tengo confianza en ti: aprende

a decir no a esos chicos mayores que confunden el valor y la audacia y no ven más lejos que la punta de sus narices ahumadas».

Esta es la confianza que se *ofrece*, quiero decir que se construye, que se edifica entre ambos. Es el sentido fuerte de la confianza, que supone en efecto la prueba de una pérdida: la de la confianza que se tenía, este sentimiento confuso de seguridad que no era todavía un acto. «La confianza que se ofrece» es el acto por el cual se pone al ser amado frente a sus responsabilidades. Es relacional, mientras que «la confianza que se tiene» no ha accedido todavía a la libertad del otro: «Tengo confianza: él actúa siempre como yo preveo». Relacional, la confianza que se ofrece conlleva pues un desenlace por lo alto, aunque nunca cierto: ya no voy a buscarlo a la escuela, debido a la confianza que le ofrezco, sin seguridad, en virtud mismo de esta incertidumbre mi hijo rechazará el cigarro que se le tiende. La promesa que me ha hecho no es casi nada: no es más que una palabra, un fino silbido. Romper esta palabra es muy fácil. Precisamente: demasiado fácil para este joven que, ocupándose del frágil vínculo que une a los seres, aprende así, poco a poco, a obedecer a algo distinto de las tentaciones que lo acechan.

## El sufrimiento de amar como prueba de amor

La confianza que se ofrece tiene el valor de no saber: no sé de antemano si la apuesta que hago por el otro, y que él acepta al comprometerse, se mantendrá. Habrá que recomenzar quizá: enfadarse, ponerse en cuestión, perdonar, después rebatir. Porque ofrecer confianza no es tender una trampa al otro: no es pedirle más de lo que puede a fin de reprocharle después sus incumplimientos. Ofrecer confianza es un juramento de fidelidad: la confianza es paciencia, permanecer al lado del otro, incluso y sobre todo cuando cae. No se indigna, no infunde temor: mantiene el esfuerzo y conoce la dificultad. El hombre que cae por décima vez no podría decepcionar una confianza verdaderamente dada, porque este hombre ¿no se ha levantado nueve veces?

La confianza ofrecida así deja tras ella los ideales y los sueños: no cree que los niños se mantengan perpetuamente inocentes o que el amor suprima todos los defectos y todas las tentaciones. Pero en lugar de extraer algunas lecciones de desesperanza, hace de la debilidad de los hombres la ocasión de un amor tanto más fuerte cuanto menos idealista. La prueba es, en este sentido, un paso posible hacia un amor más sólido, por estar más enraizado en la franca verdad de nuestra humanidad.

Así pues, por su prueba, la confianza revela lo que hay en ella de amor. ¿Por qué, en efecto, hace daño el amor? ¿Por qué esta fuerza de la que cada uno vive (porque ¿quién puede vivir sin amor?), es también la más terrible prueba? Porque en el amor actúa, más que en cualquier otra cosa quizá, esa lógica de los brazos abiertos que solo acogen plenamente a condición de perder en primer lugar. Toda historia de amor

---

*Todo amor  
comienza en la  
fusión y en los celos  
—y ningún amor  
podría quedarse  
en ellos: he ahí  
el drama.*

---

tiene la prueba como trama: es la prueba la que le da su dimensión, su profundidad, su intensidad. Todo amor comienza en la fusión y en los celos, y ningún amor podría quedarse en ellos: he ahí el drama.

Amar es necesariamente, en primer lugar, querer ser amado por sí mismo: es *mi* hijo, es *mi*

marido, *mi* amante, decimos. Pero si el amor no muere a lo que es en primer lugar, es decir, a una atadura posesiva, acaba muriendo sin más. Así leemos cada año en la prensa local, en la rúbrica «Sucesos»: «La ha matado, por amor, para que no se le escape más». El amor, si no pasa por la prueba de su negación, como la confianza pasa por la prueba de la desconfianza, acaba negando en el ser amado lo que hay en él de alteridad: la envidia mala es querer poseer al otro hasta en sus pensamientos. «¿En qué piensas, querida? —En nada. —No es posible pensar en nada. Pensar es pensar en algo o en alguien... —No sé, querido, mi espíritu vagaba... —Cómo que no sabes: ¡acabo de preguntártelo! Tú me escondes algo: ¿en *quién* pensabas? Así que es eso, tú me engañabas con el pensamiento...» El asesinato no está lejos: el amor, si permanece en su estado primero de fusión, acaba transformando al otro en una cosa sin interioridad, sin repliegue, sin intimidad ni misterio. Un cadáver, en suma.

Tal amor, de fusión, es una contradicción vivida, es decir, un infierno: porque por amor al otro se le niega el derecho de ser otro. Llegado a este punto, el amor debe morir a sí mismo para curarse de sí mismo: exige esa prueba que separa a los seres que se aman, con el fin de que puedan juntarse mejor.



La prueba del amor es que él debe negar lo que, en él, es negación de la alteridad del otro, con el fin de llegar a ser alegría del otro, en cuanto otro. Así la madre debe dejar partir al hijo que sin embargo ama, porque lo ama: por amor ella se negaba a que fuera a hacer sus estudios fuera del pueblo; por amor más doloroso, más probado, pero también más profundo, lo anima finalmente a dejar el nido familiar.

Vemos que el sufrimiento es aquí auténtica prueba de amor: porque te amo, quiero que seas feliz, aunque sea lejos de mí. Estoy contento por ti, estoy contento de ti, estoy contento en ti: estoy por ello liberado de una atadura que mantenía cautivos a aquella o a aquel que mi corazón ha elegido.

Naturalmente, este alejamiento no podría ser total en lo concerniente al amor con el que se ama a aquella, a aquel, con quien se forma pareja: no hay pareja «libre» en el sentido en que, sin una parte irreductible de celos, de posesividad, la pareja no sería más que una relación sexual, vedada a toda fecundidad. Si en un momento dado tenemos que aceptar la prueba de la separación, tenemos que aceptar en primer lugar la de la fusión: así lo exige la paciencia amorosa. Porque si yo comenzara liberando al otro de mi amor, no podría siquiera escribir con él nuestra historia. No hay amor sin atadura: excluir del amor toda pasión, toda violencia incluso, solo es amar con la punta de su ser, y nunca totalmente.

Amar amorosamente es darse al otro plenamente, y desear ardientemente que el otro haga lo mismo: es perderse a

---

*El amor,  
si permanece en su  
estado primero  
de fusión, acaba  
transformando  
al otro en una cosa  
sin interioridad,  
sin repliegue, sin  
intimidad  
ni misterio.*

---

---

*Si en un momento  
dado tenemos que  
aceptar la prueba  
de la separación,  
tenemos que aceptar  
en primer lugar  
la de la fusión.*

---

sí mismo para encontrarse en el don recíproco que el otro hace de su propia persona. Solo así, empobreciéndonos personalmente, nos enriquecemos del otro. La unión carnal recuerda este abandono confiado en los brazos del otro, este desposeimiento de uno mismo que culmina en una posesión recí-

proca. Quien no consiente pasar por ahí, por este don total de sí mismo que espera, o más bien que *exige* un retorno, rechaza el riesgo del amor: a menudo el no querer darnos plenamente al otro implica que aceptemos de él un medio-compromiso. Le concedemos el derecho que nos damos en primer lugar a nosotros mismos: el de disponer de nosotros mismos a nuestro antojo, derecho del que, rápidamente, surgirá la posibilidad de la infidelidad, después la efectividad de la ruptura. Hasta el día en que se comprenda que no se dura en el tiempo más que reteniendo al otro celosamente, y que este celo me obliga tanto, sino más, que a la persona que amamos. Hasta el día en que se comprenda que, en la vida como en el amor, no hay compromisos tibios.

### Te amo en tus defectos

Sin embargo, lo que debe darse en la historia de esta posesión recíproca, con el fin de que no ahogue su propio fruto, en una estrechez sin espacio, sin margen para mantener las páginas, lo que debe darse en toda pareja, por muy unida que esté, es la latencia que concedo al otro: la atención que pres-

to a aquella que me gusta que me sorprenda, no llegando o yendo más allá de la imagen que, en mi locura de amor, me he hecho de ella. Lo que debe darse en el amor es esta bella promesa de seguir a la persona amada hasta en sus recovecos, en sus rarezas, incluso y sobre todo en los rasgos de su ser que me la hacen tan extraña. Así se podría afirmar, aunque esto parezca paradójico, que se ama verdaderamente no 'a pesar de', sino 'gracias a' los defectos del ser amado. ¿Por qué?

Reflexionemos: si yo no amo al otro más que por sus cualidades (humor, belleza, sociabilidad...), no lo amo todavía. «Si se me ama por mi juicio, por mi memoria, ¿se me ama a mí? No, porque yo puedo perder esas cualidades sin perderme a mí mismo», nos recuerda Blaise Pascal en los *Pensamientos*. La enfermedad grave, o más simplemente la vejez, se llevarán efectivamente la belleza, la inteligencia, el humor jovial sin quitarnos en primer lugar al ser amado. También Blaise Pascal concluyó, con el pesimismo que se le conoce, que «no se ama a nadie sino por sus cualidades prestadas», por esas cualidades que no son las que componen el yo, puesto que no son solo mías y las encontramos en otros: ¿soy en efecto el único hombre que combina profundidad y humor, virilidad y ternura, inteligencia y belleza? ¿Soy todos los días esta feliz combinación? No amamos nunca a nadie sino por sus cualidades «prestadas», nos dice Pascal: ¿no he dado la impresión, para seducir a la mujer que amo, de tener estas cualidades en mayor cantidad que los demás hombres, hasta que un día desaparezcan por debilidad, por cansancio o por vejez, desvelando al impostor que yo era? ¿Entonces el amor no es más que una ilusión? ¿La prueba que disipa el sueño es su verdad?

En un sentido, sí. Pero no en el sentido en que la prueba, al disipar el sueño, volatiliza el amor: al contrario, cuanto

---

*Cuanto menos  
me sueña el otro,  
más capacidad  
tiene de amarme  
realmente.*

---

menos me sueña el otro, más capacidad tiene de amarme realmente. «Entre los seres humanos —escribía Simone Weil—, solo se reconoce plenamente la existencia de los que se ama». Dicho de otra manera, estas personas conocidas que he apreciado solo por sus cualidades no existen todavía plenamente para mí: yo solo amo el encanto que me producen. Pero una vez que sus cualidades dejan de tener sobre mí su efecto dulce, estas personas conocidas son conocidas por sí mismas, encontradas en una parte de su verdad. En este sentido, amar verdaderamente, por las buenas, es no haber comenzado todavía a amar: es amar después de que el amor ha muerto, cuando desaparece una cualidad en la que yo tenía interés, en la que yo me reencontraba.

Por eso la fidelidad no es algo opcional en el amor: si no amo a mi mujer más que cuando me es agradable, no la amo a ella, sino el efecto que produce en mí. Separarme de ella por haber visto sus defectos, bajo la luz rutinaria de la costumbre, es confesar que, desde el comienzo, no quería más que amarme a mí mismo. Si no vivo la promesa de amar a mi mujer hasta en ese día en que sus defectos me parecen superiores a la suma de sus cualidades, no es a ella, sino a la sensación agradable que me procuraba, a la que yo estaba unido. Amar y ser fiel es lo mismo: porque amando a mi mujer en sus defectos, por encima de la decepción, la amo en fin como otra distinta de mí. Me encuentro finalmente con ella en lo que tiene de irreductible a mí.

## ¿Amar más allá de las cualidades?

Amamos pues al prójimo no *a pesar de* sus defectos (porque entonces son sus cualidades las que amamos) sino *en* estos defectos y *por* ellos: son la prueba de amor verdadero, el indicio de que, por ellos, no nos amamos solo a nosotros. El encuentro del otro solo tiene lugar gracias a una prueba (disputa, decepción, malentendido...) en la que se nos presenta como otro (y no como el eco esperado de nuestro propio ser). Solo el útil que funciona tiene la ventaja de no ofrecernos ninguna resistencia. No lo echamos en falta. Pero nuestras mujeres, rebeldes a toda función, nos brindan la posibilidad de chocar con la realidad que ellas son: ¿podríamos reconocer en esta resistencia otro golpe, flechazo este, que un día hizo que nos entregáramos a ellas?

Yo no amo al otro más que en sus defectos: sí, la idea se os resiste, imaginaos lo contrario. Imaginaos lo que es amar a alguien por sus cualidades solo. Cerrad los ojos: Brigitte Bardot está ahí, cuando era joven naturalmente, tumbada sobre una cama deshecha, haciéndoos esta pregunta casi provocadora: «¿Ves mis pies en el espejo? ¿Los encuentras bonitos?» Pies de un encanto asombroso: ¿cómo no encontrarlos «bonitos»? «¿Te gustan mis tobillos?» ¿Sería posible lo contrario? «¿Y mis muslos?» ¡Por supuesto! «¿Te gustan mis senos? ¿Qué es lo que prefieres, mis senos o la punta de mis senos?» Los dos, responderías, si fueras su hombre. «¿Y mi cara?» Sí, todo en esta cara: boca, nariz, orejas... «Así pues —concluye Brigitte Bardot—, ¿me amas totalmente?»

Esta escena es la que abre la película *Le Mépris* de Jean-Luc Godard. Michel Piccoli hace el papel de Paul, el hombre que acaba de estrechar este espléndido cuerpo y al que se le hacen todas estas preguntas. A la última de la serie («¿Así

pues, me amas totalmente?»), el hombre responde: «Sí, te amo totalmente, tiernamente, trágicamente». Trágicamente... porque totalmente: ¿es cierto, en efecto, que amamos a un ser cuando amamos cada una de las partes que lo componen? ¿Amar a alguien enteramente, hasta el final, es amar la suma de sus cualidades?

Comparemos esta pareja (cuyo destino será, en efecto, trágico) con aquella, más corriente, de unas personas mayores. «Dime, amor mío —pregunta ella—, ¿amas todavía mi pobre cuerpo? —Ha llevado a nuestros hijos, ¿cómo podría no amarlo? —¡Gracias por la respuesta! ¿Amas al menos, no sé, mi alma? —¿Tu alma? —Quiero decir mi inteligencia. —Eso no es el alma, querida... Y además, tú no eres premio Nobel de Física. —¡Pero entonces, qué, si no es por mi físico, ni por mi inteligencia, no me amas! —Claro que sí, te amo, más de lo que tú imaginas...»

¿Es sincero este hombre? Encuentra sin duda el cuerpo que Brigitte Bardot exhibe en *Le Mépris* de una perfección sin tacha. Se sorprende a menudo de la lógica extraña que preside las decisiones de su mujer. Ignora a veces por qué razones está unido a ella mientras que, en el bar con los viejos amigos, se ríe de los defectos de su compañera. Pero la ama. Y amándola le permite revelar lo que en ella es tan precioso, lo que la hace única, y de lo que se sabe depositario. Si llega a desaparecer, este tendrá de ella lo que nadie posee: la memoria íntima, el hecho de haber entrevistado, varias veces a lo largo de su vida, algo de su alma, del latido secreto de su ser.

-----

Por tanto, si tenemos siempre razón para amar, raras veces tenemos razones para amar. Amar es forzosamente amar

con locura: un día tendremos que traspasar las apariencias engañosas de la persona amada, tendremos que verla desnuda, cada vez más despojada de sus bellos atributos, cada vez más frágil y por eso más perfectamente confiada a nuestra ternura. Pero entonces lo que recibiremos de ella es el misterio directo de su presencia. Esto será, más allá del interés que me procuraba su compañía, la sorpresa plena de gratitud por este ser, por este otro distinto de mí que se ha unido a mí pero que sigue siendo, en ese mismo vínculo, inapropiable.

---

*Por tanto, si tenemos siempre razón para amar, raras veces tenemos razones para amar. Amar es forzosamente amar con locura.*

---





*El pequeño hombre y la montaña*  
FÁBULA EN CINCO CUADROS

5

...El pequeño hombre, agotado, cae  
rostro a tierra. Sabe que esta  
vez no se levantará.

Una voz, que viene de la roca,  
parece murmurarle:

*«Pequeño hombre, has recorrido  
mis laderas, has acariciado mis espaldas,  
te has golpeado contra mis pendientes.*

*Has descansado en mis grutas.*

*Tienes que morir hoy,  
sin haber alcanzado mi cima.*

*¡Pero feliz eres tú, que te has preocupado  
de mirar los paisajes!»*



# Conclusión

EL AZUL DE LA MIRADA



## ¿QUÉ MIRADA PARA LA VIDA?

*Había una vez, en mi Lorena natal,  
un pueblo muy pobre. Sin embargo, se decía  
que los niños de este pueblo eran  
los más guapos de todo el valle.*

Al tener muy pocas cosas, los habitantes del pueblo no tenían siquiera un espejo en el que mirarse. Los niños se alegraban de descubrir cómo habían crecido mirándose en el azul de los ojos de su madre, y solo en ellos.

¡Ay, si tuviésemos para nuestra vida la ternura de tal mirada! Quedaría transfigurada: su figura sería la misma, pero aparecería bajo otra luz totalmente distinta debido a la mirada echada sobre ella.

En general, a causa de la prueba vemos la vida de color negro. Lo contrario, sin embargo, sería más acertado: debido a que la vida conocerá la prueba, tenemos que tener para ella, como una madre para sus hijos, los ojos más dulces.

---

*Debido a que la vida  
conocerá la prueba,  
tenemos que tener  
para ella, como  
una madre para  
sus hijos, los ojos  
más dulces.*

---

«¿Por qué el tiempo de nuestra infancia se nos aparece tan dulce, tan esplendoroso?», preguntaba Georges Bernanos en el *Diario de un cura rural*. Porque, señala él, «¡un chiquillo tiene penas como todo el mundo y se halla además completamente desarmado contra el dolor y la enfermedad!» En razón de su debilidad desarmada, «la infancia y la extrema vejez deberían ser las dos grandes pruebas del hombre». ¿Pero de dónde viene entonces la dulce nostalgia de nuestra infancia? He aquí la respuesta del novelista francés: «Pero el niño extrae humildemente el principio mismo de su alegría del sentimiento de su propia impotencia. Confía en su madre, ¿comprendes? Presente, pasado, futuro, toda su vida, la vida entera, se encierra en una sola mirada y esa mirada es una sonrisa».

Quisiera acabar nuestro itinerario a través de la prueba con esto. Con esta idea de que nuestra mirada no es simplemente algo que fijamos sobre las cosas: si tenemos cuidado de fijarla, la mirada se convierte en una forma de «mirar por» (*re-garder*)<sup>1</sup>, es decir, de convertirse en el guardián de aquello en lo que ella se fija. Toda nuestra vida debería desplegarse así en el azul de los ojos de una madre amorosa. Mirada que tenemos sobre nosotros mismos y sobre los demás, a fin de vivir en la confianza. Mirada que dejamos posar sobre nosotros mismos, amando humildemente a aquellas y aquellos que nos quieren bien: bajo esta mirada, los acontecimientos, alegres o dolorosos, se perfilarán bajo un cielo clemente, en lugar de esa grisalla que aplasta los colores y hace más pesadas todas las cosas, en lugar de esta negrura que arruina la alegría y redobla los males.

---

<sup>1</sup> El texto original francés utiliza aquí el verbo «re-garder», separando el prefijo «re» de «garder». «Regarder» significa «mirar», mientras que «garder» significa «guardar». Para mejor traducir el sentido del párrafo hemos traducido «re-garder» por «mirar por». (N.d.T.).

## El azul de Asís

He visto una vez este azul cuyo telón de fondo deja que aparezca la gran belleza de la vida. ¿Dónde? ¿Bajo el cielo de qué país? Fue en Italia. Pero no fue al aire libre. Fue al entrar en la basílica de Asís cuando fui de súbito envuelto en un azul perfecto. Envuelto, sí, como en un manto cuyo color mismo era sedoso. Fue el gran pintor florentino Giotto el que usó, para esta basílica, el azul que precisamente se reservaba desde el siglo VI o VII para el manto de María. Así, envuelto súbitamente por esta sedosa luminosidad, me pareció que me exponía a la dulce mirada de la que habla Bernanos, a esa sonrisa materna bajo la que es tan agradable crecer.

Pero si la basílica está revestida de azul es, en primer lugar, porque conserva los frescos de la vida de san Francisco: son esos frescos, que cubren los muros de la nave de la iglesia superior, los que dan al templo su luminosidad. ¿Por qué Giotto, cuando se le pidió en 1290 que pintara los grandes episodios de la vida de Francisco, eligió el azul como telón de fondo? Para el *poverello*, como se llamaba a Francisco, para el amigo de las flores y de los animales salvajes, que cuidaba a los leprosos y mendigaba un alimento que redistribuía a los más pobres que él, Giotto eligió el color del que se revestían los príncipes de entonces. ¿Por qué? ¿Por qué se sirvió Giotto, para contar la vida del santo, de los más bellos colores del cielo matinal de Asís, uniforme y sin una nube, y del resplandor de los abismos del mar sereno?

Al final de ese libro tenemos la respuesta: la genialidad de Giotto fue ver la vida de Francisco de color azul. Francisco no se sustrajo ni al desprecio que su raro aspecto de monje mendicante suscitaba, ni a las lágrimas que el mal infligido al hombre por el hombre hacía salir de sus ojos. Se dio entera-

mente a su pasión: amar a cada ser con el que se encontraba. Al darse cuenta de que había una cierta aversión por los leprosos, un miedo a veces irracional al contagio, Francisco va hacia uno de ellos, lo abraza y lo estrecha, como para decir: «¡Ved lo que he hecho! ¡Si tengo que estar enfermo, lo estaré!» Pudo después hacerse cercano a esas mujeres y a esos hombres cuya enfermedad excluía de la vida social.

Este leproso que Francisco toma en sus brazos es toda la vida. Es esta «realidad rugosa por abrazar» de la que habla Arthur Rimbaud pero que, una vez abrazada, abre nuestra existencia a la aventura del amor. En los frescos de Asís, tanto el más pequeño detalle (el gesto del padre de Francisco, cuando este renuncia a las riquezas familiares) como la escena más humilde (la procesión de los pobres) aparecen también en el dulce resplandor de este azul. Ver la vida de color azul es poner sobre los rostros de estas figuras una luz que no hace resaltar los contornos, que no subraya los defectos: Giotto despliega sobre los muros de la basílica de Asís ese azul cuya dulzura, como el cielo que cada uno lleva en sí mismo, permite a cada acontecimiento, incluso al más ínfimo, aparecer en su belleza más simple. La delicadeza de este azul es la de la mirada del santo de Asís, de su ternura por cada criatura: pensemos en el lobo al que amansa llamándolo «*frate lupo*», en los pájaros que se reúnen para escucharlo, pensemos finalmente en los gusanos de tierra a los que, como a los leprosos, nadie, excepto Francisco, se atrevería a mostrar afecto.

Francisco expresa, sobre todo con su vida, lo que este libro ha intentado decir con sus palabras: hay que amar en primer lugar, antes de toda razón.

¿Os habéis dado cuenta? No se buscan razones más que para odiar: nos gustaría encontrar algo por lo que despreciar



a ese vecino o a ese primo con el que no sintonizamos. Pero el amor, por su parte, brilla con luz propia: no hay que buscar ocasión favorable, ni excusa. Para darse, no exige condiciones particulares, ni espera que estas se den. El amor, que se da por medio de nosotros, pone en evidencia algo a lo que tendremos que rendirnos: hemos nacido para irradiar.



## POSDATA

*¿Qué significaba esta fábula, intercalada en los capítulos? ¿Qué quería decirnos?*

Toda nuestra vida es una ascensión a la montaña: es una pena que haya picos abruptos, pero es señal de que estamos en camino. Preferiríamos un descenso perpetuo... Sin embargo, solo los momentos de caída dan la impresión, primera pero engañosa, de ligereza: ceder a la facilidad, al alcohol, a la banalidad, a la mentira, al fatalismo, es ser libre solo superficialmente. Se diga lo que se diga, no hay «caída libre»: la difícil pendiente que se remonta es la que supera la adversidad, la contrariedad, el repliegue sobre uno mismo y el miedo, solo ella es la que nos hace libres.

Esto no quiere decir que solo tengamos que contar con nosotros mismos y con nuestras propias fuerzas. Acordaos de ese pequeño sastre, recordad el desafío que lanza al ogro que amenazaba con devorar a los niños del pueblo, para que consintiese partir: «¿Quién de nosotros lanzará el objeto que caiga más lento?» El ogro, riéndose, lanzó una pesada piedra que tardó más de cien segundos en caer. El sastre, por su parte, abrió la mano, de la que escapó un pajarillo.

Este pajarillo es aquel cuyo vuelo contempla el pequeño hombre, en el tercer interludio, para darse valor: no solo hace falta

alzarse, mediante el sudor de la frente, sino unir el alma a lo que es ligero, a lo que tiene alas. La oración, el canto o la contemplación de un cuadro de Bouguereau son los que me ayudan a atravesar la prueba, mucho más que mi estrés, por muy «positivo» que sea.

En un primer momento, el final de esta fábula puede parecer duro: el joven muere en el camino. Observad, todos morimos en el camino: incluso los viejos, bastante maduros para ser recolectados, tienen todavía un proyecto (reconciliarse con la vecina, con su pasado...), una preocupación (que su nieto apruebe el bachillerato y deje de fumar), etc. Vivir es tener un proyecto, estar gestándose a uno mismo, hasta el final: por esto es por lo que la muerte nos coge siempre «en marcha».

¿Es triste? Observad que la montaña, cuando se dirige al pequeño hombre, no dice: «¡Feliz eres tú, que has alcanzado la cima!» Porque si morimos todos en el camino, si la cima se aleja a medida que avanzamos, este camino, sin embargo, nos permite contemplar un paisaje cada vez más despejado: el único mal sería no prestar atención. No tomar nunca el tiempo de ser: de ver por ver, de vivir por vivir, re-cogerse, como se coge una flor, por el único placer de olerla.

Esta fábula tiene también el mérito de mantener unidas dos cosas que se oponen a menudo. Nos dice al mismo tiempo *¡Escalad!* y *¡Mirad!*

«¡Escalad!»: frente a todos aquellos que os dicen «aprovechad la vida», gozad sin cesar, consumid el mundo, y omiten con ello honrar la seriedad que requiere nuestra estancia entre los hombres, entre los demás.

«¡Mirad!»: frente a todos los que no ven más que el lado voluntarista, conquistador, de la existencia, como si el Juicio Final estuviera constituido por un jurado de concursos y organizado por la Dirección de Recursos Humanos de una empresa competitiva.

Se necesitan las dos: la acción y la contemplación, la contemplación en la acción, la acción procedente del recogimiento. Hacen falta las dos cosas, escalar y mirar, porque cuanto más escala el pequeño hombre, poniendo en la vida sus mejores fuerzas, más se muestra ante él el paisaje en su amplitud y belleza. ¿Cuántos se arriesgan por vivir? ¿Y cuántos, habiéndose arriesgado, se olvidan de sacar gusto a la vida?

Filosóficamente, esto nos acerca a la concepción aristotélica de la felicidad, retomada después por santo Tomás de Aquino: la felicidad, nos dice Aristóteles, no es un bien entre otros, que se añadiría, por ejemplo, a la salud, a la riqueza, al amor. La felicidad es más bien lo que hace de todos los bienes (salud, riqueza, amor...) auténticos bienes: es lo que les da la posibilidad de dar su sabor. ¿De qué me sirve ser rico, tener buena salud, ser amado, si no soy feliz? La felicidad no está al final del camino. No está propiamente hablando ni siquiera en el camino mismo, como si todos los caminos, ascendentes o descendentes, viniesen a ser lo mismo. La felicidad es la marcha misma, la alegría de vivir lo que se debe vivir. Ser feliz es, en esta ascensión que honra a nuestra humanidad, acoger todas las cosas: los picos y los acantilados, los montes y los valles, los paisajes y la sombra de los bosques.

Por tanto, más que querer ser felices tenemos que comenzar a serlo, día a día y paso a paso.



Algunas pistas para  
proseguir la reflexión





— Alain, *Propos sur le bonheur*, Folio essais, 1985 (Trad. esp., Alain, *Mira a lo lejos. 66 escritos sobre la felicidad*, RBA, Barcelona 2003).

Llora un bebé... En lugar de regañarlo, y acrecentar en vano la intensidad de sus gritos, buscad más bien el alfiler de nodriza que le pincha las nalgas. Igualmente, si vuestra vida es un mar de lágrimas, en lugar de criticarla, buscad con paciencia y benevolencia lo que le hace tanto daño.

— Maurice Bellet, *La Traversée de l'en-bas*, Bayard 2013.

«Abajo», es todo aquello en lo que nos debatimos sin poder salir (culpabilidad, obsesión, rencor del que no nos comprendemos...) En estas tinieblas, solo hay una vía: atravesar. Una obra de arte de la literatura del combate íntimo.

— Rémi Brague, *Les Ancres dans le ciel*, Champs-Flammarion 2013.

A los hombres les gusta tanto vivir como para no suprimirse a sí mismos. Pero que a uno le guste vivir, no significa exactamente amar la vida, es decir, amarla en todas sus circunstancias, hasta el punto de desear darla a otros. Este ensayo plantea con fuerza la cuestión del futuro de la humanidad cuando esta no cree ya que vivir es, en sí, una buena nueva.

— Gilbert-Keith Chesterton, *Hérétiques y Orthodoxie*, Climats 2010. (Trad. esp., Gilbert-Keith Chesterton, *Heresjes*, Acantilado, Barcelona 2007; *Orthodoxia*, Acantilado, Barcelona 2013).

¿Qué es ser ortodoxo para Chesterton? Es tener una experiencia tan fuerte del mundo que llegue a convertirnos a lo esencial. Es saber que en la vida cotidiana hay más cosas extraordinarias de las que nos atrevemos a imaginar. Por el

contrario, ¿qué es ser herético? Es no ver las cosas más allá de las propias narices. Es, por cinismo, utilitarismo o desconocimiento, no honrar la realidad en su sobreabundancia. Dos libros llenos del espíritu de infancia que exigen nuestras pruebas.

— Léon Chestov, *Athènes et Jérusalem*, Le Bruit du temps, 2011

El alma, sobreexcitada —rusa finalmente...— de Léon Chestov nos exhorta a oponer frontalmente las dos ciudades, Atenas y Jerusalén, como dos formas contrarias de vivir la prueba: cuando Atenas, la filósofa, quiere comprender, Jerusalén, la creyente, dirige a Dios su queja desgarradora. El tratado de la sabiduría de una se opone al salmo del dolor de la otra. Y cuando, en la prueba, Atenas se somete a la razón, ese maestro impersonal e inflexible, Jerusalén busca con sus gritos enternecer a un Dios del que sabe que ninguna ley, ni siquiera racional, restringe el poder.

— Chantal Delsol, *L'Âge du renoncement*, Cerf, 2011.

La intelectual francesa intenta leer aquí los signos de los tiempos: a la ambición cristiana, después moderna, de asumir el mundo hasta en sus aspectos más trágicos, se sustituyen poco a poco otras sabidurías «renunciantes», inspiradas en la filosofía antigua (estoica sobre todo), cuya palabra de orden es hoy «dejarlo pasar» (y no la franca voluntad de afrontarlo).

— Éloi Leclerc, *Le Royaume caché, Sagesse d'un pauvre*, Desclée de Brouwer 2007. (Trad. esp., Éloi Leclerc, *El Reino escondido*, Sal Terrae, Santander 1999; *Sabiduría de un pobre*, Ed. Encuentro, Madrid 2007).

En *El Reino escondido*, Éloi Leclerc cuenta la prueba de la deportación. De esta extraerá un arte de leer la prueba de los demás: *Sabiduría de un pobre* cuenta así cuál fue la de su maestro espiritual, Francisco de Asís, al final de su vida, y cómo, por una extraordinaria pirueta interior, él se elevó hacia el Altísimo...

— Marc-Aurèle, *Pensées*, Épictète, *Manuel*, Folio plus philosophie, textos presentados por P. Dulau, 2008 y 2009. (Trad. esp., Marco Aurelio, *Pensamientos*, Losada, Madrid 2007; Epicteto, *Manual*, Ed. Gredos, Madrid 2001).

Epicteto, Marco Aurelio, dos estoicos cuyo arte de «hacer con» encontramos aquí, en un cruce más que intrigante: cuando el emperador Marco Aurelio se hace esclavo de la necesidad, con el fin de aprender a manejarla, Epicteto, antiguo esclavo liberado, se convierte por el contrario, mediante su virtud, en el maestro de su vida.

— Nietzsche, *La Naissance de la tragédie*, Folio essais 1989. (Trad. esp., F. Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*, Alianza Editorial, Madrid 2000).

Nietzsche sigue siendo indiscutiblemente el que, después de la era cristiana, ha dado a la prueba y al sufrimiento las cartas de su nobleza: solo hay un mal, según él: son nuestros pobres consuelos, que él denuncia bajo el término de optimismo socrático.

— Didier Rance, *John Bradburne, le vagabond de Dieu*, Salvator 2012.

John Bradburne es un hombre del siglo XX que durante su vida nunca ha rehusado la prueba. Soldado, héroe, apicultor, después poeta, místico, defensor de los leprosos, este

caballero «saltarín», este acróbata del día a día, solo conoció un miedo: no haberse dejado abrasar bastante por este amor que habita el corazón de cada uno de nosotros. Su figura hay que acercarla a la de otro «marginal», perdido de amor como él: Benoit Joseph Labre, cuya vida ha sido tan bien contada por el novelista André Dhôtel.

— Bertrand Vergely, *La Souffrance, Recherche du sens perdu*, Folio essais 1997.

Bertrand Vergely es un pensador tan vigoroso como riguroso, que se dedica aquí a desbaratar las trampas que tienen, sin darse cuenta, los discursos demasiado abstractos o teóricos sobre el sufrimiento.

— Simone Weil, *L'Amour de Dieu et le Malheur*, en *Oeuvres*, Quarto Gallimard 1999. (*El amor de Dios y la desgracia*. Este texto se encuentra publicado en Weil, Simone, *Pensamientos desordenados*, Editorial Trotta, Madrid, 1995. pp. 85-105, y en Weil, Simone. *A la espera de Dios*, Editorial Trotta, Madrid, 1993. pp. 98-121).

En un estilo depurado y profundo, la filósofa nos enseña a leer. ¿Cómo? Se trata de descifrar, detrás del mal que nos sacude, el amor de Dios por sus criaturas. Esta lectura requiere de nosotros un cambio de perspectiva, una conversión de todo el ser: el sufrimiento aparecerá entonces como el abrazo viril de un amigo que no habíamos visto desde hacía tiempo y nos aprieta muy fuertemente en sus brazos.

— Samuel Wells, *Improvisation, The Drama of Christian Ethics*, SPCK Publishing 2004.

Este sacerdote inglés, especialista en la práctica teatral, nos invita a leer nuestra vida como el capítulo de un relato

más amplio, más englobante, que da a nuestras pruebas un sentido: un sentido escondido por el momento, pero que revela poco a poco el arte de improvisar, es decir, de inscribir un acontecimiento cualquiera en una perspectiva más amplia.



EDICIONES CRISTIANDAD, S. A.  
José Ortega y Gasset 40 — 7. izq.  
28006 Madrid

Teléfono: 91 781 99 70  
Fax: 91 781 99 77  
[www.edicionescristiandad.es](http://www.edicionescristiandad.es)  
[info@edicionescristiandad.es](mailto:info@edicionescristiandad.es)

